

# I RESEÑAS IBEROAMERICANAS

## I IBEROAMERICAN REVIEWS

AMELINA CORREA RAMÓN / JÉROMINE FRANÇOIS / JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA / PABLO ROJAS / VOLKER JAECKEL / MANFRED ENGELBERT / THOMAS SCHMIDTGALL / FERNANDO RODRÍGUEZ MANSILLA / ENA MERCEDES MATIENZO LEÓN / PABLO CONTURSI / JOSEFINA IRURZUN / GABRIEL INZAURRALDE / FELIPE MARTÍNEZ-PINZÓN / INEKE PHAF-RHEINBERGER / ANTONIO VILLARRUEL / MIGUEL GONZÁLEZ-ABELLÁS / GRISELDA CORDOVA ROMERO / BERNHARD CHAPPUZEAU / CARLOS LARRINAGA / DAVID MARTÍNEZ FÍOL / JUAN PAN-MONTOJO / ANTONIO RIVERA BLANCO / IRENE MENDOZA MARTÍN / JOSEP SÁNCHEZ CERVELLÓ / LASSE HÖLCK / ROSARIO NAVARRO GALA / RAQUEL BRESSAN / ÓSCAR DANIEL HERNÁNDEZ QUIÑONES / AGUSTINA CARRIZO DE REIMANN / LAURIN BLECHA / DÉBORA AMARAL DA COSTA / CHRISTIAN BÜSCHGES / HÉCTOR GHIRETTI / MAGDALENA LÓPEZ / PETER IMBUSCH / JULIO PEÑATE RIVERO / FÉLIX JIMÉNEZ RAMÍREZ / ALBERTO ANTONIO BERÓN OSPINA

### 1. LITERATURAS IBÉRICAS: HISTORIA Y CRÍTICA

**Joaquín Álvarez Barrientos 2019: *El actor borbónico (1700-1831)*. Madrid: Asociación de Directores de Escena de España. 506 páginas con ilustraciones.**

“Salicio usaba tañer/ La zampoña todo el año, /Y por oírle el rebaño, /Se olvidaba de pacer. /Mejor sería romper/ La zampoña al tal Salicio;/// Porque si causa perjuicio,/ En lugar de utilidad,/ La mayor habilidad,/ En vez de virtud, es vicio”. Cuando en 1784 Félix María Samaniego introduce esta espinela en el segundo volumen de sus *Fábulas en verso castellano para uso del Real Seminario Bascongado*, pretende transmitir pedagógicamente una de las consignas máximas del Siglo de las Luces. Para ello introduce en su fábula de inspiración garcilasiana un quiebro humorístico que le servirá para formular su moraleja inequívocamente ilustrada, como es la de la absoluta pre-

ferencia de la utilidad sobre la belleza, del pragmatismo sobre el idealismo. A la postre, Samaniego, si bien cuasi rebajado posteriormente a la etiqueta de autor de textos infantiles y juveniles, no era otra cosa que un prototípico hombre de la Ilustración, y como tal, el propósito último que perseguía no era otro que el de formar buenos ciudadanos.

Un propósito similar guiará cuantas propuestas, reformas y proyectos de cambio surgirán a lo largo del siglo XVIII en torno al complejo y poliédrico ámbito de la escena, como magistralmente pone de relieve el estudio monográfico *El actor borbónico (1700- 1831)*, publicado por Joaquín Álvarez Barrientos, especializado en historia cultural de los siglos XVIII y XIX; y muy en particular, en el teatro dieciochesco y en el ámbito del libro y el mundo editorial (con no escasa frecuencia interconectados).

Y precisamente al testimonio del propio Samaniego recurrirá en diversos capítulos del muy documentado volumen, puesto que –constata– “El sentido del teatro, para el fabulista, es educar en el patriotismo” (p. 75), una virtud de contenido y enfoque igualmente reactualizados en el Siglo de las Luces. Félix María Samaniego va a aparecer, en efecto, en diversos capítulos de dos de las tres partes que componen este volumen monográfico, en concreto en la primera, “Público y actor en la sociedad del espectáculo”, y en la tercera, “El trabajo del actor”, aunque está ausente en la segunda, “El actor como figura pública. La batalla por su integración”.

Aunque sea el actor el protagonista central, denominador común en los tres epígrafes, así como en el título global del libro, lo cierto es que este atiende a los más diversos y complejos elementos que intervienen en el hecho teatral, desde las consideraciones acerca del propio edificio (aun con la conclusión de que “El debate sobre los modelos teatrales en España se mantuvo solo entre teóricos y, salvo en los edificios construidos en los Sitios Reales, no hubo realizaciones prácticas, no se levantaron coliseos modernos” p. 30); el público, grosero, ruidoso y malacostumbrado, aunque, tras numerosos debates, se acabe en buena medida disculpándolo, juzgándosele víctima “de la desidia o de la inoperancia de las autoridades” (p. 74); la importancia de la crítica teatral, que interconecta fecundamente prensa y teatro, y que sobre todo “desde los años sesenta del XVIII [...] cobra mucha importancia” (p. 93); o elementos de tipo gráfico, como pueden ser el cartel –inicialmente manuscrito, y luego impreso– o los retratos de

actores y actrices (muchos de ellos pictóricos, pero sin descuidar la presencia de los literarios), que testimoniaban, al tiempo que contribuían a difundir, la celebridad de algunos artistas destacados. No obstante, y como demuestra elocuentemente la Figura 13 (p. 469) del interesantísimo apéndice final de ilustraciones con que Joaquín Álvarez Barrientos ha enriquecido su estudio, el retrato constituía, al fin y a la postre, un arma de doble filo, pues es bien conocida la capacidad de las muchedumbres de tornar amor en odio, y de trocar en hiriente desdén la antigua admiración por el ídolo derrumbado de su pedestal. Dicha figura nos muestra una burlona caricatura de la actriz Rita Luna, quien, tras cosechar innumerables éxitos que le merecieron reconocimientos y homenajes (pp. 119-124), fracasó estrepitosamente con el estreno de la comedia *La conquista de Barcelona por Ludovico Pío*. Lo efímero de la gloria humana que evocara con metáforas florales Luis de Góngora en el XVII (“Aprended, flores, de mí/ lo que va de ayer a hoy,/ que ayer maravilla fui,/ y hoy sombra mía aun no soy”) se transforma ahora paródica y burlescamente –en una clara estructura paralelística que respeta incluso en su integridad el segundo verso gongorino– en la constatación de la caducidad de la gloria del artista, un día aclamado entre aplausos, y al siguiente denostado entre chanzas y reprobaciones: “Aprended, Farsa, de mí/ lo que va de ayer a hoy,/ que en *la Esclava* asombro fui/ y en esta apestando estoy” (p. 124).

Si bien objeto de burla o ridiculizado en ocasiones concretas –por desafecto del público o fracaso de la obra dramática–, el comediante va a ver incrementado su prestigio paulatinamente en el curso de

estas décadas que abarcan desde comienzos del siglo XVIII hasta la tercera década del siglo XIX, que corresponde al periodo temporal acotado para este estudio. Así, si los prejuicios contra el “mundo de la farándula” venían de antiguo, la figura del actor/actriz se dignificará en el curso de un laborioso proceso, que implicará también, por otra parte, una considerable profesionalización de la misma, teniendo la vista puesta en Francia como referente principal (aunque sin descuidar la nacionalización del teatro español). Así, en un momento histórico en que “se institucionalizó la enseñanza y la ciencia mediante la creación de centros, academias, gabinetes y museos, se creó un público para ellos y se reglamentó la educación que se recibía” (p. 316), se planteaba la necesidad de amparar a los cómicos bajo un mismo paradigma educativo, puesto que “a la altura de 1784 todavía se los retrataba sin educación, con mala presencia y sin saber hablar” (p. 316). Por tanto, la conclusión era clara: “Urgía una escuela” (p. 316), a fin de institucionalizar la profesión del cómico. Sin embargo, a pesar de que numerosas voces autorizadas, como la de Pablo de Olavide, o la de Gaspar Melchor de Jovellanos, se levantaron firmemente en este sentido, buena parte de los intérpretes se mostrarán contrarios, defendiendo la escuela natural de la experiencia y el talento innato, frente a la institucionalización. Pero la suerte estaba ya echada, y así, Álvarez Barrientos documenta minuciosamente el camino seguido, desde la primera escuela (que se había de fundar en 1768 a cargo del propio Olavide en la ciudad de Sevilla, donde era en esos momentos asistente –equivalente a correjidor–, cuna de su abuelo materno y en

la que desempeñaría un papel esencial), hasta que por fin –tras debates, rechazos, propuestas, idas y venidas tanto legales como intelectuales– en 1830 “se funda el Real Conservatorio de Música de María Cristina y al año siguiente, dentro de él, la Escuela de Declamación” (p. 346). Dicho establecimiento supondrá, sin duda, un importante paso para la dignificación de una profesión tan polarizada en sus valoraciones como la de los comediantes, que a partir de entonces sería “apoyada y protegida por los reyes” (p. 346).

*El actor borbónico (1700-1831)* se ocupa de un periodo crucial para entender el posterior desarrollo y auge del teatro decimonónico, tan presente en los epistolarios, autobiografías y libros de memoria de escritores de la época, como prueba de la consistente imbricación social que alcanzaría. Un periodo –el que alumbra el paso del siglo XVIII al XIX– en que claramente se evidencia un cambio en los gustos del público, las modas, la preferencia teatral e incluso, en la manera de representar y de declamar los textos dramáticos. En que a una mayor profesionalización de los actores corresponde el cambio del propio público, que cambia de ese vulgo ruidoso y desordenado, a unos espectadores más silentes y que aprenden por fin a presenciar con decoro el espectáculo. Todo ello es analizado y diseccionado convenientemente por Joaquín Álvarez Barrientos, quien, para concluir, constata, que, por tanto, “La historia del actor en este periodo, más que la de cómo cambia su práctica, es la del modo en que lo hace el pensamiento acerca de ella, cuestionando todo lo que se percibe como resto del tiempo viejo” (p. 419).

Una completísima bibliografía, que ocupa nada menos que treinta y cinco

páginas, el ya comentado apéndice de “Ilustraciones”, que contiene hallazgos más que notables, y un muy útil índice onomástico vienen a completar un volumen ya de por sí muy completo y rigurosamente documentado.

AMELINA CORREA RAMÓN  
(UNIVERSIDAD DE GRANADA)

**Pilar Vega Rodríguez y Belén Mainer Blanco (coords.): *Lecturas del pasado. Poética y usos culturales de la leyenda literaria*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2019. 236 páginas.**

El estudio de la leyenda, como modalidad literaria histórico-fantástica de origen oral que conoció un esplendor especial con el Romanticismo, se asienta en una larga tradición de trabajos críticos. Las autoras que colaboraron en *Lecturas del pasado. Poética y usos culturales de la leyenda literaria* prolongan esta veta de la investigación a través de un libro colectivo concebido para presentar reflexiones surgidas a raíz del proyecto “Diseño de un legendario literario hispánico del siglo XIX accesible online”,<sup>1</sup> un proyecto cuyo impresionante resultado es el legendario virtual de acceso gratuito [www.descubreleyendas.es](http://www.descubreleyendas.es). Amén de trazar de forma precisa las señas de identidad, así como los recorridos históricos (del siglo XIX a nuestros días) y geográficos (de las diferentes regiones españolas a Hispanoamérica, pasando por Francia) de la leyenda, *Lecturas del pasado* demues-

tra el carácter plástico de dicho género. Tal plasticidad no se debe solo a la capacidad de adaptación de la leyenda a nuevos contextos de producción y recepción, sino también a la diversidad de sus funciones en usos literarios (en legendarios, novelas, libros de viajes) y extraliterarios (en el ámbito de la publicidad, de la enseñanza, de las tecnologías de la información y de la comunicación, o de los videojuegos).

Se puede dividir el volumen en dos partes en función del objetivo perseguido. Las dos primeras contribuciones, fruto del trabajo de Pilar Vega Rodríguez, se centran en la “poética” de las leyendas, mientras que los demás capítulos examinan más bien los diversos “usos culturales” que se han hecho de la leyenda desde el siglo XIX. En “La leyenda literaria en el siglo XIX. Poética y lectura del pasado”, Vega Rodríguez ofrece un estado de la cuestión pormenorizado sobre la noción de leyenda al cotejar sus variaciones lexicográficas. También delimita las fronteras que separan la leyenda de otras formas narrativas breves afines como el *exemplum*, el cuento o el relato fantástico, antes de evocar los parentescos temáticos y formales que unen la leyenda con el poema épico (p. 32) o con el discurso de la historia (p. 40). Al poetizar fragmentos históricos significativos dentro de una comunidad dada, la leyenda representaría un verdadero “lugar de memoria” (*lieu de mémoire*, en el sentido definido por Pierre Nora). La definición final de un *ethos* legendario, a la vez nacionalista y melancólico, resulta particularmente sugerente (p. 45). A través de “Poética de la leyenda literaria en el siglo XIX”, la autora pasa revista a las características (estilo, temáticas, estructura, cronotopo, personajes) más frecuentes en las

<sup>1</sup> Proyecto DLLHO 19, aprobado por el Ministerio de Economía y Competitividad con referencia FFI2013-43241-R.

leyendas literarias y analiza múltiples textos que esbozan toda una tipología legendaria (*leyendas cultas / populares, profanas / religiosas, urbanas*). Las leyendas aducidas conforman una nómina de autores que, lejos de limitarse a los consagrados Bécquer y Zorrilla, traza un panorama variopinto e insospechado y rescata a muchos creadores que, aunque presentan una calidad de escritura desigual, dan muestra de la vigencia popular del género y de la coherencia de sus estrategias narrativas. En este trabajo panorámico, la estudiosa relaciona sistemáticamente, de forma atinada, los dispositivos formales de la leyenda con los de otras tradiciones, sea la épica (p. 83) o, incluso, el teatro (p. 67), evidenciando así los diálogos architextuales del legendario.

Si la leyenda del siglo XIX constituye, de este modo, un interesantísimo objeto de estudio *per se*, sus continuidades posteriores también pueden investigarse en cuanto ejemplos llamativos de la instrumentalización de la literatura patrimonial en varios ámbitos culturales. Es lo que demuestran las autoras de los capítulos siguientes. Con “Leyendas españolas en libros de viajes franceses y españoles durante el siglo XIX”, M<sup>a</sup> del Rosario Álvarez Rubio estudia los libros de viajes como otro canal de transmisión de las leyendas. Los viajes de francófonos y españoles por la península ibérica dieron lugar a relatos en los cuales las tradiciones se convocan como catálogos de estereotipos (es, por ejemplo, frecuente la *espagnolade*) o, al contrario, permiten ofrecer una revisión y hasta una revalorización de la imagen de España, de sus costumbres y de su historia, entre sus contemporáneos (p. 96). El uso de la leyenda evoluciona, además, en función del perfil del viajero y de su interés por as-

pectos políticos, económicos o sociales. A través de los muchos ejemplos aducidos, se desprende una estética oscilante de la leyenda intercalada, entre verosimilitud y dramatismo, que también encontramos en la leyenda que circula fuera de los libros de viajes. Por tanto, aparte del toque pintoresco y de que su presencia en los relatos de expediciones permite enganchar al lector, prototurista, ¿cuáles son las funciones específicas de los fragmentos legendarios introducidos en estos libros? Quizá falte una tipología funcional más explícita de los papeles desempeñados por la leyenda en la economía narrativa del libro de viajes. Como anuncia la autora al final de su trabajo, el campo de análisis sigue abierto puesto que, hasta la fecha, este corpus ha sido “apenas tratado a la luz de la transmisión del legendario español” (p. 128).

A partir del cuarto capítulo, el volumen aborda continuidades más actuales de la leyenda como las que podemos encontrar en las estrategias publicitarias turísticas: en “La leyenda como género promocional de las rutas turísticas: el nuevo uso de lo legendario”, Christelle Schreiber-Di Cesare investiga así la instrumentalización de la leyenda en la reconfiguración del modelo turístico español de los últimos años, mediante la creación de rutas en las que los viajeros pueden experimentar de forma interactiva los misterios relacionados con la historia de los pueblos o su patrimonio arquitectónico. En este contexto, la teatralización callejera de las leyendas españolas parece reactualizar la dimensión dramática del género evidenciada en los primeros capítulos del volumen. Por sus fines económicos, la retórica publicitaria tiende desde luego a tipificar los relatos legendarios y a neutralizar el sentido de la

palabra *leyenda*, ahora mero sinónimo de *digno de atención*. Sin embargo, este fenómeno sigue participando en la dinámica de transmisión popular y en el interés por el patrimonio nacional que siempre caracterizaron el género legendario.

Las cualidades didácticas de la leyenda decimonónica señaladas por Vega Rodríguez parecen también dar cabida a otros usos culturales específicos de las últimas décadas. Carmen Cazorla Vivas y Lorena Valera Villalba analizan los materiales pedagógicos (manuales y libros de textos de diferentes editoriales), así como los decretos educativos que transforman la leyenda en soporte de lecciones, sea, respectivamente, en el marco de clases de español como lengua extranjera, o para cursos de lengua castellana y literatura de la ESO. Las dos autoras proponen a partir de allí algunos dispositivos didácticos muy concretos, adaptados a la realidad del terreno de la enseñanza y tomando en cuenta las pautas establecidas por la legislación nacional, los decretos autonómicos y otros documentos de referencia como el Marco Común Europeo de Referencia o el Plan Curricular del Instituto Cervantes. Estas propuestas didácticas hacen de la leyenda, a través de la base de datos *descubreleyendas.es*, una herramienta eficaz y moldeable para trabajar todas las destrezas comunicativas más allá de la mera comprensión lectora, iniciarse al análisis literario e intertextual, favorecer descubrimientos culturales sobre la historia y la variedad lingüística del país, e incluso incitar las capacidades creativas del estudiante.

Aprovechándose también de este potencial educativo de la leyenda, Belén Mainer Blanco examina por su parte la “Continuidad del legendario hispánico

en la cultura emergente”. Gracias a varias opciones de interacción que se analizan en este capítulo, las posibilidades técnicas del legendario virtual *descubreleyendas.es* otorgarían al lector-usuario un papel activo en la interpretación de la leyenda. La autora cierra su estudio con una sugerencia ambiciosa al proponer construir, a través del legendario en línea, una simulación virtual a modo de videojuego (pp. 221 y ss.). Mainer Blanco insiste mucho en las virtudes del videojuego como soporte de un aprendizaje atractivo y personalizado (acude entonces al concepto de *edutenimiento*, p. 225). Si el interés pedagógico y cognitivo del videojuego no deja lugar a dudas, su implementación concreta en una plataforma como *descubreleyendas.es* aún resulta bastante abstracta. No obstante, las pistas señaladas por la autora no solo permitirían transmitir las narraciones del siglo XIX de forma multimodal y multimedial, sino que generarían asimismo una retroalimentación positiva entre la investigación académica y la sociedad a un nivel amplio.

Los logros de esta publicación son varios. En primer lugar, por examinar la variedad de sus temas y la coherencia de sus prácticas discursivas y dispositivos (meta) narrativos (para autorizar al narrador y gestionar las expectativas del lector), *Lecturas del pasado* proporciona un panorama muy esclarecedor sobre el enunciado y la enunciación de las leyendas. Además, gracias a su carácter pluridisciplinario, el volumen ofrece marcos de reflexión significativos para aquellos que se propongan seguir las evoluciones y recuperaciones de géneros patrimoniales en las prácticas culturales de la época reciente. Da pistas, asimismo, sobre las aplicaciones prácticas

del legendario virtual que, por su polivalencia, resulta operativo incluso para investigaciones que salgan del siglo XIX.

Ahora bien, los trabajos aquí presentados tampoco carecen de desafíos aún pendientes. Ya he subrayado el interés de detallar unas aplicaciones aún más concretas en las propuestas centradas en el uso digital de la leyenda como fuente de aprendizaje interactivo. En cuanto al aspecto terminológico, si el primer capítulo de Vega Rodríguez fija de forma convincente una definición operativa de la leyenda, es preciso constatar que no todas las contribuciones del libro siguen siempre al pie de la letra esta premisa. La labilidad del concepto de leyenda constituye sin duda el escollo más complicado de eludir en este tipo de trabajo. Sucede lo mismo con el límite que separa la leyenda del mito. La complejidad de esta diferenciación es un *leitmotiv* que atraviesa las contribuciones de *Lecturas del pasado*. Como recuerda de entrada Vega Rodríguez, tanto la leyenda como el mito nacen de un proceso de recepción continuo gracias al cual han integrado el patrimonio imaginario colectivo. Pero el mito se referiría a una narración explicativa, atemporal, sobre las cuestiones universales que acechan al hombre (p. 23), mientras que la leyenda, a pesar de incluir también un aspecto etiológico en muchos casos, trabajaría siempre desde una dimensión histórica. El trasfondo histórico sería, por tanto, un criterio clave en la diferencia entre ambas modalidades narrativas. Sin embargo, varios estudios del volumen mencionan al Cid (pp. 38, 138), Rodrigo (p. 53) o don Juan (p. 107) –figuras con trasfondo histórico– como mitos, y a Quetzalcóatl (p. 163) como leyenda. La distinción establecida en este libro

entre leyendas y mitos parece, por tanto, más adecuada en el caso de mitos etnorreligiosos que en el caso de mitos literarios, relatos transhistóricos fuertemente vinculados con un personaje que mantiene una identidad onomástica estable entre las diferentes versiones del relato. La mayoría de estos mitos se designa, en efecto, con el nombre de un personaje: hablamos, por ejemplo, del mito de Orfeo, de don Juan o de don Quijote. El nombre se hace aquí “embrague de la narración, vector de tramas y de programas narrativos [...] íntimamente ligados al personaje”.<sup>2</sup> Quizá tengamos aquí otro elemento para seguir delineando el límite entre leyenda y mito.

Tesoros escondidos por los moros, ruinas pobladas por nobles fantasmas, cuevas que sirven de escenario a reuniones de brujas,... A través de estos estudios y de sus enfoques variados, la leyenda aparece en *Lecturas del pasado* como un objeto epistemológico fascinante y pluridisciplinar. No cabe duda de que Vega Rodríguez *et al.* lograron sacar la leyenda de los compartimentos estancos de la historia literaria para devolverle la posibilidad de una recepción amplia (gracias a la plataforma virtual cuyas aplicaciones prácticas se señalan a lo largo del libro) y presentarla, más allá del folklore o del guiño costumbrista, como patrimonio dinámico que aún puede contestar a las interrogaciones y los desafíos actuales.

JÉROMINE FRANÇOIS  
(UNIVERSITÉ DE NAMUR)

<sup>2</sup> Véronique Léonard-Roques, ed. 2008. *Figures mythiques. Fabrique et métamorphoses*. Clermond-Ferrand: Presses Universitaires Blaise Pascal (Col. Littératures), p. 46.

**Antonio Rivero Machina: *Posguerra y poesía. Construcciones críticas y realidad histórica*. Barcelona: Anthropos 2017. 477 páginas.**

El extraordinario libro que valoro fue en su origen una tesis doctoral defendida en la Universidad de Extremadura. Fue asimismo la obra galardonada con el II Premio Internacional de Investigación Literaria “Ángel González”, que otorga la cátedra homónima de la Universidad de Oviedo. El jurado que concedió la distinción estaba compuesto por Jaime Siles, Francisco J. Díaz de Castro, María Payeras, Araceli Iravedra y Francisco Borge. Los planteamientos teóricos del ensayo son abarcadores, novedosos y atrevidos. El estudioso ha salido muy airoso del envite: ha logrado además aportar resultados inéditos, fruto de saberes y discusiones críticas sobre las construcciones más conocidas y discutidas de la historiografía literaria española de mediados de la década de los años treinta hasta comienzos del primer lustro de los cincuenta. No es por tanto aventurado afirmar que se trata, efectivamente, de un ensayo innovador sobre asuntos que en general han sido muy estudiados. Lo logra a través de acercamientos novedosos sobre el cronotopo y aportaciones reveladoras sobre las construcciones críticas y la realidad histórica del periodo estudiado. Se trata por tanto de un libro de obligada lectura para los investigadores de la poesía española de la primera década larga que sigue al 1 de abril de 1939.

Sin embargo, viene al caso señalar que basta un rápido vistazo a los títulos recogidos en la “Bibliografía sintética” para percatarse de que en el nutrido volumen *Posguerra y poesía. Construcciones críticas y*

*realidad histórica* se han consultado y trabajado muchas más obras y valorado más referencias que las que se consignan en la relación bibliográfica final. Dicho de otro modo: en las dos partes que configuran el libro, tituladas respectivamente “Construcciones críticas” (pp. 29-334) y “Realidad histórica” (pp. 337-455), no se recoge todo el material que constituyó la versión completa de la tesis entregada.

Ello nos lleva a sospechar que la decisión de optar por una bibliografía sintética es debida posiblemente a las dificultades que padecen las editoriales a la hora de publicar una obra de la envergadura y la valía de investigaciones como la que aquí aprecio. Por tanto, disponemos de una edición muy cuidada que sin embargo se ve en la necesidad perentoria de salir al mercado sin un índice onomástico y un índice analítico. “Olvidos” que no aminoran la calidad y soberanía de la investigación, que merece todos los elogios, aunque el libro no siempre pueda satisfacer las curiosidades bibliográficas de algunos lectores exigentes. Es también de suponer que, en las referencias a tantos nombres y tantas obras, los lectores profanos —y probablemente más de uno de los avezados— echarán de menos las referencias e indicaciones bibliográficas de algunos textos que cita el autor o a los que en ocasiones alude indirectamente. Y también buscarán los lectores una bibliografía completa de las obras a las que el autor alude o cita y a las fuentes de las que bebe. Considero que es un deber de la casa editorial indicar las referencias de forma exhaustiva cual deferencia obligada. Esos “olvidos” —que responden a la fuerza mayor de imperativos económicos— no aminoran la calidad y soberanía del ensayo, que merece todos

los elogios. Tanto más si consideramos que en la primera mitad de los años cuarenta se fundaron en España docenas de revistas, muchas de ellas notables y algunas incluso transcendentales, que el estudioso trata y calibra.

No es este el lugar para rememorarlas, mas sí lo es para referirme, a título de ejemplo distinto y significativo, tan solo a una entre las más destacadas y divergentes: *Espadaña*. Su andadura no pudo comenzar hasta mayo de 1944, menos por razones económicas que “administrativas”, puesto que los permisos de publicación los concedía entonces la Delegación Nacional de Prensa y Propaganda. Una instancia que –en la inmediata posguerra– también controlaba aspectos tan elementales como la concesión del cupo de papel (entonces muy escaso) para poder sacarla. *Espadaña* nació con ánimo de ser una revista de poesía y crítica ligada a la “Tertulia Azcárate” de León, y sin el proyecto de ser una respuesta a *Garcilaso* (“revista cercana al régimen”) como suele afirmar la crítica. La oposición “espadañista” ya había comenzado antes, en la revista *Cisneros* (1943-1951, cuyo primer número apareció en enero de 1943), cuya sección “Arte y Letras” dirigía Eugenio de Nora,<sup>3</sup> alentado ya entonces por el deseo

de enlazar con la poesía civil de la última etapa de la dictadura de Primo de Rivera.

*Espadaña* aparecía sin protección oficial y por iniciativa del grupo fundador, en el que figuraban un sacerdote (González de Lama), un poeta autodidacta de pasado anarquista (Victoriano Cremer) y Eugenio de Nora. El grupo se caracterizó desde el primer número por su firme voluntad de renovación, su marcado carácter inconformista y su intención de descentralizar la cultura (no en vano *Espadaña* aparecía en una ciudad de provincias). Además, se proponía ofrecer valores poéticos nuevos como alternativa a la poesía oficial, recuperar a los poetas del 27 e informar sobre las publicaciones poéticas (tanto españolas como extranjeras) más relevantes.

He señalado que el caso de *Espadaña* no fue el solo, puesto que más de dos docenas de las revistas creadas en la década de los cuarenta se oponían a la dictadura y algunas nacieron contra ella, pues cada grupo fundador tenía su intrahistoria

---

do y condenado a prisión por desacato a los principios del régimen. La modesta edición anónima del poemario inauguraba, sin embargo, la poesía civil de la posguerra española: era testimonio vivo de protesta contra las docenas de centenares de fusilamientos de los primeros años del régimen franquista. Algunos miembros de la FUE fueron encarcelados en 1947, entre los que se hallaban el historiador Nicolás Sánchez-Albornoz (hijo del presidente de la República en el exilio) y el futuro novelista Manuel Lamana, condenados a cumplir las penas en el Valle de los Caídos. En 1948 ambos lograron fugarse, gracias a la ayuda del antropólogo Francisco Benet (hermano del autor de *Volverás a Región*), la prestigiosa escritora norteamericana Barbara Probst Solomon y Barbara Mailer (hermana de Norman Mailer). Ambos lograron exiliarse en Argentina.

---

<sup>3</sup> Eugenio de Nora (1923-2018) era ya entonces autor de un poemario todavía *in fieri* que generaría un alto revuelo, tanto por su título y su contenido como por el hecho de haber sido publicado –sin el nombre del creador y de forma clandestina– el último día del año 1946 por las Ediciones de la FUE (Federación Universitaria Escolar). El título del poemario no dejaba espacio a la ambigüedad semántica o a la disquisición política: *Pueblo cautivo* (1944-1946). En la fecha de su publicación era suficiente para que el autor fuese juzga-

prebérica. Venía al caso mencionarla para ilustrar con un ejemplo de los más significativos que la edición de la tesis que ha visto la luz no podía ser la que leyeron los miembros del tribunal. Y que la decisión de publicar una versión “sucinta” respondía sin duda a las grandes dificultades que tienen que superar las editoriales para publicar investigaciones de valía.

En la poesía española de la primera posguerra confluyen, repercuten y se evidencian lecturas críticas de la poesía de la preguerra y apasionadas controversias entre espadañistas y garcilasistas sobre la recepción del legado poético de la preguerra y la necesidad de conectar con la poesía del exilio, pruebas a su modo de que los repetidos lugares comunes relativos a los supuestos “eriales” y al repetido páramo poético no eran tales, puesto que la continuidad con la poesía de la preguerra era claramente perceptible, pese a las duras condiciones económicas y a la implacable censura. Rivero Machina sigue, perfila y amplía los caminos abiertos por José-Carlos Mainer, Sultana Wahnón, Juan Cano Ballesta, Jordi Gracia y alguno más y vuelve al análisis de las estéticas comprometidas, incluida la poesía vinculada a las teorías que Giménez Caballero expuso en su *Arte y Estado* (1935) y varios de los poetas jóvenes cercanos al régimen.

El estudio de Rivera Machina hace honor tanto a su rótulo primero como al subtítulo, pese a la plurivocidad de ambos marbetes. Y asimismo a pesar de los sintagmas del título, bimembres de semánticas ajustadas y precisas en las que confluyen significados y mundos de creadores y procesos que van más allá de las fronteras nacionales y de las generaciones, incluidas las del exilio, los defensores de

la rehumanización de la poesía, de las estéticas antagónicas y de las controversias en el seno de las nuevas revistas punteras. En fin: una visión de conjunto novedosa y reveladora, con perspectivas originales de consulta obligada para los estudiosos.

JOSÉ MANUEL LÓPEZ DE ABIADA  
(UNIVERSITÄT BERN)

**Francisca Montiel Rayo (ed.): *Las escrituras del yo. Diarios, autobiografías, memorias y epistolarios del exilio republicano de 1939*. Sevilla: Renacimiento 2018 (Biblioteca del exilio, Anejos, 42). 308 páginas.**

Sin duda alguna, la progresiva –y un tanto esporádica– aparición de volúmenes que van completando la *Historia de la literatura del exilio republicano de 1939* acometida por el grupo GEXEL bajo la dirección de los profesores Manuel Aznar Soler y José-Ramón López García supone una grata noticia para quienes se interesan por estos temas. Cumple también otros importantes objetivos: poner al día unos contenidos que se han enriquecido con medulares aproximaciones en los últimos años, señalar los ángulos oscuros que todavía restan por esclarecer, abrir, en consecuencia, nuevas sendas de investigación. Al ofrecer una visión panorámica sobre un fenómeno tan complejo como es el del exilio republicano español, estos volúmenes debieran servir igualmente de acicate para atraer la atención de nuevas hornadas de lectores –y de investigadores–, pues ponen en la pista de sendas prácticamente vírgenes.

A rellenar un hueco que todavía persistía en este campo de estudios viene el

libro coordinado por la profesora Francisca Montiel Rayo, que se ocupa de lo que se ha dado en llamar “escrituras del yo”, en la que se integrarían los diarios, las memorias, las autobiografías y los epistolarios. Probablemente cada uno de esos campos por separado podría dar para un volumen independiente, aunque resulta evidente que entre todos ellos se dan ciertas concomitancias que circulan en torno a la exposición de lo íntimo o, en un plano más genérico, llevan la impronta de lo personal. Como la propia autora señala en el prólogo, nos encontramos en un terreno resbaladizo, en el que las fronteras son difusas y los quebrantos de la ley constantes. En este sentido, distinguir entre autobiografías y memorias, pese a que en abstracto pudieran delinearse algunos rasgos diferenciadores, resulta arriesgado pues en su forma concreta muchos de los libros que emplean esas etiquetas, a la hora de la verdad, practican el mestizaje y la hibridez. De hecho, en el propio análisis de las obras concretas que se realiza en el libro que comentamos algunas de ellas aparecen estudiadas en ambos apartados.

El libro se abre con una excelente síntesis en la que se ponen sobre el tapete algunos de los problemas que plantea el estudio de “las escrituras del yo”, unas modalidades expresivas que no gozan del acuerdo unánime de la crítica pues en ocasiones son ubicadas por esta “en los márgenes del canon literario” (p. 14). Llamamos la atención tales melindres cuando en los últimos años hemos visto cómo numerosos novelistas trataban de dar a sus ficciones una pátina de realidad introduciendo en ellas elementos autobiográficos que horadaban los muros que pudieran elevarse entre la prosa de ficción y aque-

lla que se ocupa de temas más personales. Baste recordar a este respecto en el ámbito español algunas de las obras recientes de Antonio Muñoz Molina, Javier Cercas o Javier Marías.

En cualquier caso, la necesidad de trasladar de viva voz la experiencia del exilio fue perentoria entre muchos de quienes se vieron abocados a transitar por esa dura circunstancia y el deseo de contar y de contarse tuvo a la vez una doble dimensión: sirvió probablemente de desahogo y ayudó a sanar —o recrudescer— heridas, pero también pretendió dejar testimonio de unos hechos que de otro modo podrían echarse en el olvido. En este sentido, en 1943 escribía Guillermo de Torre: “Pero nada me interesa hoy como las confesiones personales. Acabaré por hacer de las memorias y correspondencias mi lectura única. Les pasa a todos. Es el momento de contarse. Porque puede suceder que acabe todo o que nazca algo que deje ya a distancia insalvable, irremisiblemente perdido, lo de hace veinte años. Además, desde América, de una forma o de otra, todos vamos escribiendo nuestras memorias”.<sup>4</sup>

Testimonio y cauterio podríamos resumir. Todo nacido de una necesidad de afirmación y de trascendencia. Escribir del pasado y del presente para ganar el futuro. En esta encrucijada se vieron los exiliados españoles cuando se dieron a la tarea de explicar sus vidas. Todo ello dio como resultado un corpus que en muchos casos —por ejemplo, en el de los epistolarios— resta prácticamente oculto y del que apenas atisbamos la punta del iceberg. Por tal motivo, Francisca Montiel Rayo acota

<sup>4</sup> Torre, Guillermo de. 2019. *Tan pronto ayer*. Sevilla: Renacimiento, p. 77.

en sus páginas de presentación el alcance del volumen, el cual “ofrece un estudio de conjunto de los géneros autobiográficos cultivados por los exiliados republicanos que no aspira a la exhaustividad, sino que nace con el deseo de convertirse en un posible punto de partida” (p. 16).

A partir de este momento, el trabajo se subdivide en cuatro apartados, cada uno de ellos acometido por un autor distinto y dedicados a los cuatro subgéneros principales que integrarían el campo de las escrituras del yo: autobiografías, memorias, diarios y epistolarios.

Juana María González García, especialista en la obra de Pedro Salinas, de quien ha editado varias correspondencias, se ocupa de los diarios, género que fue visitado por los exiliados españoles de forma irregular y con resultados dispares. Entre sus cultivadores más acreditados, la profesora González García destaca la figura de Max Aub, al que dedica posteriormente especial atención. En su análisis, la estudiosa combina una doble estrategia: analiza varias obras de forma monográfica, extrayendo de ellas sus aspectos constitutivos más relevantes y a la vez clasifica dichos libros atendiendo a sus concomitancias temáticas o formales.

Entiende González García que los diarios escritos por los exiliados españoles obedecieron a una doble finalidad: por una parte, desempeñaron “una función testimonial puesto que a través del documento se deja constancia a las generaciones venideras de los acontecimientos que les tocó vivir a sus autores”, y por otra parte tuvieron “una función liberadora de la intimidad” (p. 27). Esta subdivisión va a permear en cierta forma el resto del contenido del capítulo que se desgaja en

varios subapartados. Se estudian de este modo en primer lugar aquellos diarios que dan testimonio de las penalidades sufridas por los exiliados: la dura experiencia de los campos de refugiados, los sufrimientos padecidos en las travesías en barco hacia un futuro incierto, las dificultades de asentarse en un mundo extraño, la necesidad perentoria de ganarse la vida, etc. Todos los diarios que se ocupan de estos asuntos comparten una clara vocación testimonial. En un segundo apartado se ocupa la autora de obras que pudiéramos catalogar de híbridas, pues se hallan a medio camino entre el testimonio y la novela. Es el caso del libro escrito por Victoria Kent en el que transmuta en literatura sus experiencias vividas en el París de la ocupación alemana. Aunque lo allí narrado se basa en sus vivencias lo cierto es que su protagonista es masculino y cabe inferir que buena parte de lo narrado trasciende lo personal para convertirse en suma de experiencias compartidas. Muestra por tanto la inserción de esta obra entre el corpus de diarios estudiados la amplitud de los criterios con que estos son considerados.

El capítulo se ocupa igualmente de varios diarios que sirven a sus autores para liberar su intimidad y en este caso se destacan especialmente algunas voces femeninas como son las de Rosa Chacel o Zenobia Camprubí. Otra modalidad que también despierta la curiosidad de la autora es aquella en la que prima la reflexión o el diario se convierte en cuaderno de bitácora, como ocurre en los casos de Manuel Durán, Ramón Gaya o Juan Gil-Albert. El capítulo se cierra con un apartado en el que se integran algunos diarios de difícil catalogación, escritos por

poetas, lo que reincide nuevamente en la dificultad de establecer límites dentro de este territorio. En el decurso de su análisis la autora sabe perfilar con nitidez aquellas líneas maestras que atraviesan el género y que distinguen a la literatura del exilio de sus realizaciones contemporáneas. El relato, además, se hace ameno y cumple convenientemente con el objetivo inicialmente trazado.

Parámetros similares recorre el siguiente apartado, dedicado a las autobiografías y ejecutado por la profesora de la Universidad de La Rioja María Teresa González de Garay, quien desde el principio marca las dificultades de acotar un territorio movedido en el que los límites con las memorias son delicuescentes. Adoptando criterios quizá demasiado estrictos, la autora procede a limitar su campo de acción a solo diez libros, consciente de que “dicho corpus podría ampliarse” (p. 73). De forma un tanto discutible, quedan fuera de este modo libros como *Memoria de la melancolía* de María Teresa León. La forma de proceder es similar a la adoptada en el capítulo precedente, pero, en vez de los temas, lo que parece primar en esta ocasión para compartimentar el análisis son razones de índole generacional y en un segundo término de carácter sexual pues se distingue entre obras escritas por mujeres y por varones. Al tratarse de un corpus acotado y relativamente breve, González de Garay se detiene de forma monográfica en cada una de las obras, de las que realiza una lectura que pudiéramos catalogar de tradicional con la inserción de unas notas biográficas acerca del autor a la que sigue una exhaustiva ficha de lectura que detalla sus contenidos y que busca las peculiaridades específicas que individualizan a cada

pieza. La narración discurre con frescura y amenidad y en algún caso incita a la lectura de las obras analizadas como ocurre con *Travesías* de Jaime Salinas a la que considera “una reveladora y magnífica autobiografía” (p. 99). Esa opinión positiva parece que irradia a su vez al estudio acometido por la propia González de Garay.

Diferentes metodológicamente van a ser las dos aportaciones siguientes. El profesor de la Universidad de Salamanca Javier Sánchez Zapatero se ocupa de las memorias, esta vez con un criterio amplio y de hecho recurre a algunas piezas que ya habían aparecido en apartados anteriores. Por otra parte, en vez de analizar de forma monográfica e individual cada uno de los libros opta por entremezclar unas obras con otras atendiendo a aspectos generales que las relacionan entre sí, lo cual exige de un análisis más complejo y de un lector mucho más meticoloso. Sánchez Zapatero comienza su estudio estableciendo distingos entre memorias y autobiografías y para ello emplea la autoridad de respetados estudiosos que han reflexionado sobre el tema si bien incide nuevamente en la dificultad —e incluso, añadimos nosotros, inanidad— de marcar límites en espacios tan borrosos. El propio autor fija en torno a cien las piezas que cabría insertar en este apartado y habla de “corpus heterogéneo” para definirlo, pues su campo de acción alcanza a algunas muestras de “novelas del yo” como pudiera ser el caso de *La forja de un rebelde* de Arturo Barea (p. 152). Poner límites en estos casos o tratar de delimitar conceptual o temáticamente su contenido resulta tarea que se antoja ardua, aunque Sánchez Zapatero sale airoso del embate estableciendo concomitancias entre unas y otras narraciones y acudien-

do además con pertinencia al auxilio de la bibliografía crítica que este tipo de obras ha generado. En sus conclusiones, Sánchez Zapatero advierte una vez más de que “cualquier tentativa sistematizadora ante el corpus memorialístico resulta, casi desde su propio planteamiento, condenada al fracaso” (p. 188).

Si amplio era el campo de acción en el que se movía el asunto de las memorias, aunque más fácil de delimitar conceptualmente, el de los epistolarios resulta prácticamente inabarcable, entre otras razones porque el caudal de cartas todavía por explorar y dar a la luz es ingente. Es este, además, un campo en expansión permanente del que aparecen casi cada día nuevas muestras, por lo que resulta harto complicado estar a la última. La coordinadora del volumen, Francisca Montiel Rayo, es quien se reserva este apartado que pone broche final al libro. Como ocurría en el apartado anterior, Montiel Rayo no opera atendiendo a autores o recopilaciones de cartas, sino que trata de establecer puntos de contacto entre unas y otras con el fin de establecer similitudes y divergencias entre lo apuntado por unos y por otros. Las cartas son un documento excepcional para esclarecer las vicisitudes en las que se hubieron de ver envueltos los hombres condenados al exilio y dan muchas pistas además del contexto humano, pero también histórico en el que se desvolvieron. Con gran perspicacia, Montiel Rayo va extrayendo de ese océano de información elementos que, como teselas, permiten recomponer un mosaico extremadamente complejo. En cierta forma, lo que intenta es armonizar un coro de voces en apariencia inarmónico, pero que en el fondo emite dentro de una escala similar.

*Las escrituras del yo*, volumen número XI de la *Historia de la literatura del exilio republicano de 1939*, cumple perfectamente con su función. Aporta información contrastada sobre un fenómeno generalmente desatendido en este tipo de obras de consulta, acota de forma ejemplar un corpus de dimensiones considerables y abre la vía hacia nuevas investigaciones. También resulta reseñable que los autores se han desprendido de la aridez de la que muchas veces este tipo de obras hacen gala y han tratado de ser amenos y didácticos. El libro, por otra parte, está bien coordinado pues no hay entre las colaboraciones grandes disparidades ni de criterio ni de hondura analítica. Aunque cada uno de los autores escoge unos métodos de aproximación disímiles, el conjunto da sensación de trabazón interna, de todo conjunto, en el que unas piezas se enriquecen y dialogan con el resto.

PABLO ROJAS  
(UNIVERSIDAD NACIONAL  
DE EDUCACIÓN A DISTANCIA,  
TALAVERA DE LA REINA)

**Max Aub: *Obras completas*, vol. IX-A (*Jusep Torres Campalans*), vol. XI-B (*Vida y obra de Luis Álvarez Petreña, Juego de cartas*). Madrid / Frankfurt am Main: Iberoamericana / Vervuert 2019. (593 y 387 páginas + 108 naipes).**

El año pasado hubo en España aproximadamente 80 congresos, exposiciones y eventos para conmemorar los 80 años del exilio republicano, la huida en masa de españoles de todas las profesiones hacia el exterior, de los cuales muchos eran escri-

tores, intelectuales y profesores. Max Aub (1903-1972) representa como ningún otro autor esta generación de exiliados que pasaron por los campos de concentración de Francia y llegaron finalmente al Nuevo Mundo, a México, donde encontraran abrigo y protección.

Hace algunos años el proyecto de la edición de las *Obras completas* de Max Aub por la Biblioteca Valenciana, iniciado en 2001, fue interrumpido, después de la publicación de una docena de tomos, entre ellos la obra poética, las obras dramáticas y, sobre todo, los seis volúmenes del *Laberinto mágico*.

Ahora ha salido el tomo IX, publicado por Iberoamericana Editorial Vervuert en una edición admirable e imponente que incluye la novela más leída de Max Aub, *Jusep Torres Campalans* (1958), así como *Vida y obra de Luis Álvarez Petreña* (1934-1964-1971) y *Juego de cartas* (1964), una baraja de naipes y texto al mismo tiempo, con edición crítica y estudio de Maria Rosell. El volumen con sus tres partes abarca casi mil páginas, de los cuales 130 son referentes a los estudios introductorios y unos 150 a los apéndices con fuentes, glosarios, listas de personajes históricos y bibliografía consultada.

La edición crítica de la novela *Jusep Torres Campalans* está a cargo de Dolores Fernández Martínez, historiadora del arte de la Universidad Complutense de Madrid y es precedido de un prólogo de Joan Oleza, en el cual se analiza la tradición de la literatura apócrifa europea, destacando a Fernando Pessoa y Antonio Machado. Oleza explica la relación de Aub con sus apócrifos como un ajuste de cuentas con el arte y la literatura contemporáneas. Jusep Torres Campalans, nacido en 1886,

evoluciona influenciado por la Generación del 98, rompe los vínculos con la tradición y hace surgir un arte nuevo, emancipado de la representación de la vida, con un nuevo lenguaje que culminará en la pura abstracción

Tanto *Jusep Torres Campalans*, como también *Vida y obra de Luis Álvarez Petreña*, se encuadran en un género muy característico de la modernidad, la novela del artista. Al mismo tiempo se trata de unas novelas cubistas, tal como Aub había definido su composición: “descomposición, apariencia del biografiado desde distintos puntos de vista [...] a la manera de un cuadro cubista”. Aub pretende marcar la pluralidad de perspectivas, entre las que aparece como una más, la del propio autor que, por lo general, no dispone de más autoridad que los otros personajes. Las novelas apócrifas de Aub abordan una misma época histórica, la de las vanguardias, y recorren un amplio período histórico, desde principios del siglo hasta finales de los sesenta, el período del desarrollo de la biografía de Aub, quien por medio de estas biografías de artistas pretende caracterizar su propia generación.

Dolores Fernández Martínez destaca en su estudio la relación entre historia y novela, la crítica al mundo del arte. Max Aub pretendía escribir una novela que explicase la historia mejor que los libros de historia, hacer una identificación entre la obra de arte y la vida. El autor valenciano compartía con otros la búsqueda por un modelo de novela adaptable a la creación de Picasso. El personaje principal de la novela está dotado de la capacidad de enlazar con el futuro. El grueso de la narración se desarrolla entre 1906 y 1914, pero algunos datos aislados recuerdan el exilio y la propia vida del autor, ya que autor y per-

sonaje comparten el mismo nexo de unión mexicana. Alfonso Reyes es quien provee al personaje la documentación para llegar a México y al autor el aval que facilita la concesión de la nacionalidad mexicana.

La segunda parte del volumen IX contiene *Vida y obra de Luis Álvarez Petreña* y es responsabilidad de Joan Oleza, quien expone en su estudio introductorio la trayectoria del texto en continuo aumento desde su primera publicación en 1932 en la revista *Azor*, pasando por las ediciones en libro de 1934, 1965 y 1971. Es resalado de qué manera Madrid, la ciudad del entusiasmo moderno, atrapa la imaginación del lector como un arquetipo de escenario. Existen escuetas evocaciones en lugar de extensas descripciones, pero nos sitúan con precisión en calles como la Gran Vía, en las tertulias de los cafés, en la agitación política, en los ambientes intelectuales de los años veinte y treinta de la capital española. Aparecen los dramaturgos de vanguardia, la entrada del teléfono, la irrupción innovadora de unas mujeres que conducen automóviles y fuman, el cine y el ferrocarril.

Cabe resaltar el mérito de la editorial Iberoamericana y de los editores de reunir las tres obras apócrifas en una publicación minuciosamente preparada y bien documentada, que ciertamente incentivará la lectura y la investigación sobre Max Aub como autor de novelas de artista. La publicación se realizó en el marco del Proyecto Prometeo 2016/133 “Max Aub y las confrontaciones de la memoria histórica” y contó con la financiación de la Generalitat Valenciana.

VOLKER JAECKEL  
(BELO HORIZONTE/ ALCALÁ DE HENARES)

José Antonio Llera: *Vanguardismo y memoria. La poesía de Miguel Labordeta*. Valencia: Fundación Gerardo Diego 2018. 339 páginas.

Miguel Labordeta (1921-1969) fue un poeta de la vanguardia española de la posguerra poco conocido durante mucho tiempo, también porque le gustaba aislarse como autodeclarado poeta provinciano –subrayaba sus raíces zaragozanas y aragonesas una y otra vez– y ajeno a todos los “ismos” de la época. Además, su obra, no demasiado extensa, dispersa y de difícil acceso, acentuó el relativo desinterés tanto de sus coetáneos como el de los críticos y el de los historiadores de la literatura.

El libro de José Antonio Llera se une a los estudios monográficos del pasado reciente que nos han permitido comprender mucho mejor a este poeta de un terrible “desgarro” (p. 109). Las raíces de la “desesperante desesperanza desesperada” labordetiana (“La penúltima declaración del ilustre profesor sin chaqueta”, de *Épica lírica*) se han buscado, sobre todo, en su experiencia de la Guerra Civil, en cierto conflicto con sus padres, su actividad como profesor de colegio en “la provincia” (Aragón y Zaragoza) y su afán de “eternidad”, así como de conexión con el arte internacional (la fundación de la Oficina Poética Internacional O.P.I, una broma no tan broma). En el mundo de la posguerra, tanto española como, finalmente, mundial, se instala la Guerra Fría con su amenaza de aniquilamiento nuclear y se conjuga con la vivencia traumática personal. El resultado es un constante esfuerzo literario –lírico– por captar su experiencia de locuras humanas, aunque también

con chispas de hermosura, en una síntesis conflictiva de lo individual y lo social a través de la adaptación del existencialismo francés de Sartre. El complemento de la parte temática es la búsqueda tenaz de una forma artísticamente adecuada para plasmar su visión del mundo.

La bipolaridad de la obra de Labordetta se refleja en una variedad de binomios como surrealismo vs. expresionismo, garcilacismo vs. espadañismo, existencialismo vs. compromiso, etc. Llera se decide por “vanguardia y memoria”. Los dos términos darían cuenta de la experimentación con formas no convencionales (“vanguardia”) y de las huellas de la vivencia personal de la Historia (“memoria”).

Tres son las metas específicas de la “investigación que [se propone] en estas páginas [para] paliar las muchas lagunas que [...] han lastrado una interpretación más precisa del poeta” (pp. 17-18):

- 1) Explorar “los primeros materiales” del “archivo personal” depositados en los archivos de la Universidad de Zaragoza, “versos modernistas”, “antetextos en prosa” (Llera utiliza términos de la crítica genética francesa) donde se gestaría “un larvado realismo crítico que anuncia líneas temáticas de las obras en verso futuras”.
- 2) Consultar los “informes de censura de la mayoría de sus libros”, donde se descubrirían “una sutil criptoescritura” y la connivencia de “Estado y los grupos que dominaban el campo literario”.
- 3) Hacer hincapié en la exploración histórica porque “un autor como Miguel Labordetta sólo puede entenderse cabalmente si se examina el contexto de la guerra civil y el franquismo, así

como su posición en el marco de las poéticas contrahegemónicas de posguerra” (todas las citas en la p. 18).

El resultado de los esfuerzos ambiciosos del autor, tengo que decirlo con toda claridad, no es más que otro repaso cronológico de la obra de Labordetta. Es verdad que en algunos lugares del libro nos encontramos con documentos de interés (meta 1): fotos de manuscritos autógrafos (pp. 28, 39, 124, 136, 222, 239), un elenco –arbitrario– de cartas en anexo, y textos no publicados de los “cuadernos” del poeta (cap. I “En el archivo del escritor: la prehistoria literaria”). Pero apenas se saca provecho de estos materiales. Un ejemplo es la foto de un pasaje de “Espejo” (publicado en *Sumido* 25, 1948; aquí p. 124) que presenta numerosas intervenciones marcadas con diversos colores, como explica Llera. Sin embargo, no hace ningún esfuerzo para descifrar las diferentes etapas de la elaboración del texto, lo que para su propósito de una genética textual habría sido esencial.

En cuanto a la segunda meta, también se nos presentan muestras de interés esparcidas sobre la intervención de la censura, como el caso del falangista Pedro de Lorenzo que, como uno de los fundadores de la revista *Garcilaso*, es censor de *Sumido* 25, poemario considerado como afín de la otra revista importante de la época, *Espadaña*, menos classicista y clasista, y que apoya una poesía cívica (pp. 83, 88, 131-132). Lástima que, también en este caso, no se saque el jugo a los documentos –por ejemplo, entrar en una pesquisa seria sobre campo político y campo literario, no solo aludir a los términos de Bourdieu (mencionado con nombre y apellido en la p. 177)–. En el peor de los casos, Llera crea

un caos indigesto entre teoría y práctica de la censura, escritura literaria y escritura supuestamente crítica (pp. 259-264). La “criptoescritura” postulada en la “Introducción” como un punto esencial desaparece para transformarse en “voz de la lanzadera” en un excursu largo sobre Aristóteles, Ovidio y Larra antes de llegar al ejemplo de Pedro de Lorenzo (pp. 79-82). La mención del “excelente poema” “Aula núm. 6” (de *Sumido* 25), tachado “sin piedad” por la censura, se queda en el aire sin que se explique ni la saña de la censura ni el juicio de valor de Llera. En vez de sistematizar las numerosas intervenciones estatales (tomando en consideración la constatada connivencia entre censores y autoridades de la dictadura), se desvía hacia la explicación de un Edipo con metáforas de su propia cosecha (p. 83).

En cuanto a la tercera meta –bipartita por querer conectar la revisión de la Historia con el examen de la forma literaria– no veo ningún aporte ni a la primera ni a la segunda parte. La retórica ampulosa de la “Introducción” (obra “sin un programa de transitividad”, “sus electrochoques y epilepsias léxicas”, “artroscopias culturales”, p. 18) es lo que es: pura ramplonería.

Las observaciones históricas resultan limitadas, superficiales y sin nexo estructural entre el comentario y los textos, por lo que a veces resultan hasta ridículas. Doy un ejemplo: la mención de la tisis en dos cuentos tempranos, no publicados hasta ahora, da lugar a un larguísimo excursu sobre la historia literaria de la enfermedad y su aparición epidémica durante y después de la Guerra Civil. El breve comentario de los textos está enfrascado entre Calderón, Schopenhauer, Nietzsche y Susan Sontag. Los elementos de histo-

ria médica abarcan el papel del Patronato Nacional Antituberculoso (PNA) y la importancia de un tal Alfred (!) Koch. Por supuesto, no pueden faltar los españoles, Clarín, Baroja, Azorín, Unamuno y, evidentemente, “la obra cumbre de Thomas Mann, *La montaña mágica*” (p. 34). Lamento mucho que no esté la pobre Marguerite Gautier (¿recuerdan el autor?), pero la conclusión magistral de Llera me consuela: “Estas narrativas de la tisis [los dos borradores de Labordeta] predicen la posología que definirá la escritura labor-detiana a partir de *Sumido* 25: su urgencia de abrir túneles en el pulmón de las apariencias y los mitos franquistas, su necesidad de combatirlos afiebrando las formas o inoculándoles símbolos bacilíferos en lo más hondo del tórax, para así enlazar con la memoria republicana del Veintisiete” (p. 30). Dicho sea de paso, la única huella de la nefasta hermana del covid-19 actual la encontré en la figura de “algún hermano tísico” en “Salutación al pueblo en primavera” (de *Epilírica*).

El examen estilístico es igual de insustancial. Otra vez doy un ejemplo: la “criptoescritura” mencionada en la “Introducción” nunca se nos concretiza. Buen ejemplo habría sido “el viejo diciembre” (verso 4) en el poema “21”, comentado por Llera (pp. 262-263). Le parecen “herméticos” los primeros versos y se fija de inmediato en la parte donde se destrozan “glorias póstumas/ de Annual y Monte Arruit” (vv. 13-14), fácilmente conectadas con el año 1921, que también es el año de nacimiento de Labordeta (v. 12). Ahora bien, 1921 es el año de lo que podría entenderse como otro “nacimiento”, el de las glorias del joven Franco, nacido en *diciembre* (de 1895) en la Guerra de Marruecos.

laberinto de fortuna y propinas a medianoche fortuita la ocasión del crimen espectacular bajo los ojos del viejo diciembre a manos llenas el sufrimiento de cuantiosos pesares al parecer	5
gratuito de la pasada infancia retuvo insólita la caja provincial para su vejez y sus peculiares usuras al colmo de los sudorosos pesares a letras de cambio bajo la luna marítima de gorila cuando yo nací allá en el 21	10
glorias póstumas de Annual y Monte Arruit el suicidio de los generales y el destripamiento de la clase de tropa cuando yo gritaba mis primeros vitales berridos	15
hombres como montañas de esperanza caían asesinados en una ciénaga inútil julio de 1921	20
a quién clamar si hay algo que decir	
vigilante en silencio contemplo mi remoto jardín y divisó sereno los océanos de estrellas en este nuevo gorila 48 julio del 69 se ve consumiéndose a todo tren mi pestilente caliqueño deliciosa colilla tan fugaz como tú oh jardinero disfrazado del humano río prisionero.	25

La metonimia –mes de nacimiento para la persona– es una figura retórica que Labordeta ha empleado más de una vez. Él mismo será “cáncer no afeitado” en “Nerón Jiménez contesta al mensaje de amor de Valdemar Gris” (de *Violento idílico*), como corresponde al signo zodiacal de julio (Labordeta nace el 16). Si seguimos por esta pista retórica, el “viejo diciembre” es el Franco de 1969. El juego metonímico se confirma con “la luna marítima” (v. 11) que se refiere al mes de julio al que se

adscribe el “agua” como elemento. El “gorila” del mismo verso sería otra metonimia para el dominio militar (Primo de Rivera, Millán Astray, Sanjurjo y Franco) que todavía está en el poder y busca prolongarse en “un nuevo gorila” –Franco designa como su sucesor con título de rey a Juan Carlos de Borbón el 22 de julio, cuando Labordeta tiene 48 años (v. 25 “este nuevo gorila 48 julio del 69”)–. Nótese que también es posible la lectura “gorila 48”, es decir, el eterno poder militar tan repre-

sivo y corrupto en 1921 como en 1968 (se reprimen protestas estudiantiles en 1967, 1968 y 1969; el “asunto MATEA” empieza el 17 de julio).

La conciencia histórica de Llera no es, en realidad, muy perfilada. Una y otra vez insiste en la Guerra Civil y la posguerra de la dictadura. Se le pasan por alto datos concretos que demuestran que el “desgarro” básico no cambia, pero sí sus representantes históricos. La Guerra Fría y la confrontación de “rusos yanquis” forman parte ya de “Recordatorio 1946-1947”. Las “indecentes noticias de Persia y de/ Corea/ o de etcétera bazofia de rusos y yanquis y demás” (“La escasa merienda de los tigres”), el codeo de “guerra en Corea Olimpiada en Helsinki [1952]” (“La trompette sur Strasbourg”) forman un conjunto típico del “desgarro” labordetiano. “Balada desde luego” (el poema de *Los soliloquios* publicado en 1969, no el del mismo título completamente diferente en *La escasa merienda de los tigres*) introduce “las nuevas tiranías/del consumo y de la hormiga” como las dos caras de la organización neoliberal del capitalismo a más tardar a partir del “Plan de Estabilización” (1959): el consumo a crédito primero, luego el trabajo –“la hormiga”– necesario para pagar el crédito. Llera lee “hormiga” como “clase trabajadora” = “marxismo” (pp. 258-259), para construir una oposición. Sin embargo, cita a Jean Baudrillard con la explicación del mecanismo mencionado sin darse cuenta de su propia falta de consecuencia.

El tratamiento más sorprendente es, tal vez, el de 1968. El año se menciona dos veces en el contexto de la poesía concreta presentada en Barcelona con Fernando Millán como protagonista (pp.

233, 236). Llera documenta el carteo de Labordeta con Millán, pero no menciona la relación que Millán tiene con las expresiones artísticas de 1968. Más adelante, comentando la presencia del apellido de Marcuse en un poema de Labordeta, opina que el poeta “no se identifica con las protestas estudiantiles en España y Francia”, “vociferantes rituales de liberación o exorcismo” (p. 269). Curiosamente, no aduce ninguna prueba de lo que dice, teniendo una (aunque contradictoria) a la vista en su propio libro. En la página 239 vemos la foto de un extracto de una carta autógrafa dirigida a Luis García-Abrines en junio 1968. García-Abrines, zaragozano y contemporáneo de Labordeta, traba amistad con el poeta en el ambiente de la peña del Café Niké, “enloquecida, distante, ácrata y funambulesca” (según José Antonio Labordeta, *Con la voz a cuestras*, Barcelona, 1982, p. 114), antro de la vanguardia zaragozana. En la parte transcrita de la carta, Labordeta se refiere al “santo Lutero de los demonios y el hermano Kennedy de los cojones”, lo que para Llera es una expresión “de su irreverencia proverbial” (p. 238). No se fija en que Martin Luther King y Robert Kennedy son dos íconos del 68, ni le interesa para nada la continuación del texto después de las partes pudendas: “el último slogan de la OPI [Oficina Poética Internacional] en el ODEON de Paris, ha sido: el PODER PARA LOS POETAS y sus QUERIDAS JOVENCITAS. Que cómo tantos proletarios ni tanto estudiante! A ver si a los sabios nos dan algo alguna vez –es bella la primavera, que caramba, hermosísimas las mañanas–” (la transcripción es mía). Labordeta estaba, pues, perfectamente al tanto de lo que pasaba frente y en el

teatro, casa de Jean-Louis Barrault y Madeleine Renaud. Arrogarse el Odéon para un eslogan de su OPI y ensalzar la primavera son señales de no poca simpatía y de esperanza no tan desesperada.

Es una lástima que, a la vista de tanta poesía y tantos documentos fascinantes, José Antonio Llera no haya sabido aprovecharlos. Para hacer justicia a un mundo literario en y para el mundo real, no basta hacer alarde de modismos metodológicos escogidos sin ton ni son; se necesita mucha lectura consistente, mucha paciencia, mucho trabajo de hormiga y un concepto para juntar los *membra disiecta*.

MANFRED ENGELBERT  
(GEORG-AUGUST-UNIVERSITÄT  
GÖTTINGEN)

**Carmen Peña Ardid (ed.): *Historia cultural de la Transición. Pensamiento crítico y ficciones en literatura, cine y televisión*. Madrid: Catarata 2019. 272 páginas.**

Al multiplicarse de manera significativa, sobre todo desde los años noventa del siglo pasado, el considerable número de estudios y libros académicos que analizan el proceso de la Transición española, así como los fenómenos vinculados con ella, no solo se nos ofrece un panorama inmenso en cuanto a los aspectos tratados desde perspectivas disciplinarias diferentes, sino que también se permite visibilizar una cierta confluencia interdisciplinaria de los resultados. De ahí que un número creciente de estudios dé una especial atención a perspectivas interdisciplinarias o bien a aspectos de la Transición que necesitan un acercamiento desde diver-

sos ángulos. Y, además, porque durante mucho tiempo se acercaron a esta época desde un punto de vista que propiciaba el relato de una transición modélica hacia la modernización del país. Es también de agradecer la publicación de libros como el contundente *La Transición española. El voto ignorado de las armas* (2016), de Xavier Casals Meseguer, que amplió la visión sobre la complejidad de fenómenos y procesos en relación con esta importante época de la historia española. En este contexto cabe destacar también varias publicaciones de José-Carlos Mainer, en las que establece un entrelazamiento entre el campo de la historia y el campo de la cultura. Así que es sintomático que una de sus publicaciones, *El aprendizaje de la libertad 1973-1986. La cultura de la Transición* (2000), la publicasen un historiador de literatura (el mismo Mainer) y un historiador y sociólogo, Santos Juliá, lo que subraya la importancia de una visión de conjunto desde diferentes disciplinas en cuanto a esta época clave de la historia española. Al prestar una especial atención a la teoría psicoanalítica como base para explicar, sobre todo, las rupturas e incongruencias sociales y psicológicas en el proceso de la Transición –frecuentemente idealizada por parte del campo político–, Teresa Vilarós, cuya obra *El mono del desencanto. Una crítica cultural de la transición española [1973-1993]* (1998) goza también de cierta recepción, nos ofrece otra perspectiva analítica que constituye un módulo más en camino de una comprensión global de la Transición.

El libro de autoría colectiva que aquí valoramos retoma esta línea y “habla de historia a través de sus representaciones culturales” y “cómo ha sido abordado por

distintos medios y géneros artísticos” (p. 7). El libro, constituido por 14 capítulos que tratan distintas representaciones y fenómenos de la esfera cultural, empieza con una extensa introducción por parte de la editora, que se dedica de manera nítida al estado actual de la investigación. Carmen Peña desmenuza el acercamiento académico al estudio cultural de la Transición partiendo de la afirmación de que no solo “la esfera cultural [...] es reclamada cada vez más por la metodología histórica” (p. 11), sino que también “muy pronto interesó tanto al hispanismo peninsular como al euroamericano el análisis de las continuidades y rupturas del campo cultural hispánico” (p. 12). En su introducción, nos presenta un recorrido extenso y amplio de la investigación sobre la historia cultural de la Transición que ya puede considerarse como una introducción tanto al libro como al tema en su totalidad. De este modo el lector siente que dispone de una excelente visión de conjunto para dedicarse después a las siguientes contribuciones que indagan en detalle varios aspectos y fenómenos culturales y mediáticos de la Transición española. En los 14 capítulos que siguen, los autores nos ofrecen un panorama que cubre parte del campo de los intelectuales, sobre todo distintos tipos de medios como la prensa, la novela, el teatro, el cine y, con cinco artículos –casi un tercio del total de las contribuciones–, la televisión. Por consiguiente, el foco de atención se centra claramente en representaciones culturales audiovisuales, teniendo en cuenta también las contribuciones que tratan el teatro y el cine.

Empieza José Luis Calvo Carilla centrándose en las memorias autobiográficas

de intelectuales del pasado régimen e indaga las “actitudes literarias confesionales relacionadas” (p. 45) de intelectuales como López Aranguren o Gonzalo Ballesster. Calvo Carilla no solo muestra, de manera estructurada y clara, las estrategias de autojustificación, sino que también incluye los contradiscursos con respecto a pensadores como Aranguren, que intentaron adoptar medidas para “llegar a la Transición revestido de un aura de intelectual libre y desinhibido y contumaz resistente antifranquista” (p. 50). Junto con el segundo capítulo, de Carlos Femenías Ferrà, la contribución abre el libro perfilando los pilares de reflexión intelectual de la Transición que oscilaba durante un cierto tiempo entre despojar al franquismo y orientarse en un tiempo de cambio, que es también otro punto fuerte del libro, ya que empieza dando una referencia al lector en cuanto a cómo imaginarse el sentido crítico público de la época. Por ello, Femenías Ferrà destaca de manera implícita, en el segundo capítulo, el importante papel de los intelectuales como portavoces de la opinión pública (de izquierda), con los ejemplos de Rafael Sánchez Ferlosio y Agustín García Calvo, y recopila su entrelazamiento con la prensa –en este caso *El País*– como “suerte de inteligencia paralela al Estado” (p. 72), sin que un pensamiento crítico como oposición a una transición “no resultando satisfactorio” (p. 69) no hubiera sido posible.

También forman un paréntesis temático y argumentativo los tres siguientes capítulos de Juan Carlos Ara Torralba, María Ángeles Naval y Gonzalo Pasamar. A la hora de examinar el “proceso de percepción cultural de la Transición en la novela española entre 1983 y 1992” (p.

75), Ara Torralba describe “el recuerdo de la Transición como el de un periodo traumático” (p. 77). En cuanto al tratamiento de la Transición utiliza términos como “*horror vacui*” (p. 91), “*no lugar de la memoria*” (p. 94) “negación” (p. 95), “desarraigo” (p. 95) o, más directamente, “trauma” (p. 95) para coincidir con la teoría psicoanalítica de la ya mencionada Teresa Vilarós, que confirma gracias a una convincente argumentación basada en un extenso corpus. Siguen María Ángeles Naval y Gonzalo Pasamar; ambos autores se dedican a los estudios de la memoria de la Transición en la novela y no solo dedican una parte de su análisis a las obras literarias que se publicaron después de 2000, sino que también prestan atención al vínculo de la memoria de la Transición con “las injusticias sociales evidenciadas por la crisis financiera e inmobiliaria surgida en 2007” (p. 102). Del mismo modo, la percepción de la Transición como trauma –sea de manera explícita o implícita– recorre las tres contribuciones como un hilo conductor; una metaconfluencia argumentativa que confirma el punto fuerte del libro como una obra que contextualiza diferentes aspectos del tratamiento cultural de la Transición conectándolos al mismo tiempo de manera lógica.

Otro vínculo transversal lo establece Teresa García-Abad García en su análisis de la representación de la Transición en el teatro, pues retoma el tema de los intelectuales y la “necesidad de unión” de estos (p. 138) en torno del proyecto de la Transición. Al mismo tiempo está en su análisis, donde reencontramos (otra vez) la teoría de Teresa Vilarós, que “parte de la posibilidad de concebir el periodo como

un espacio fisural o tiempo lapsado” (p. 139). Huelga decir que al convocar ella también la comprensión de la Transición como trauma, hace hincapié al “gran poder de la escritura” (p. 148) en cuanto a la superación del trauma y subraya así la función del teatro –o de manera más global– del arte como medio cultural importante de la memoria.

Isabel Carabantes indaga el papel del teatro y echa un vistazo crítico, pero justificado, al bien conocido manifiesto “CT o la cultura de la Transición. Crítica a 35 años de la cultura española” (2012) de Guillem Martínez que, según afirma, descuida el teatro y, sobre todo, su fase fructífera habiendo “encontrado en la Transición un periodo útil” (p. 163).

Resultan reveladores los dos capítulos siguientes, que proyectan el cine como medio de representación. Por un lado, Víctor Mora Gaspar nos recuerda que el cine “recoge y transmite el discurso hegemónico” y lo define como “un elemento social ritual” (pp. 168-69); subraya de manera convincente su influencia en nuestra percepción del mundo a través de lo representado. Por otro lado, la relación de la ficción y la realidad está ejemplificada posteriormente de manera clara en el artículo de Christelle Colin y su análisis de la exitosa película *La isla mínima* (2014), de Alberto Rodríguez, en la que, según la autora, “el relato rompe simultáneamente con el discurso hegemónico” (p. 189) vehiculando una imagen matizada de la Transición.

Manuel Palacio, editor de la obra *El cine y la transición política en España (1975-1982)*, abre la siguiente parte del libro con cinco capítulos dedicados a la televisión. Cada capítulo se acerca a la re-

presentación de la Transición en la televisión desde diferentes perspectivas que, en el caso de Palacio, son las narrativas culturales de la Transición que descubre gracias al estudio de un corpus extenso de series “las dialécticas entre una memoria [...] nacional/española y otras” (p. 204). Luis Miguel Fernández, sin embargo, nos muestra (o “recuerda”, a los conocedores de la materia), con ayuda del examen de series del siglo xx, que “el mito fundacional de la identidad democrática española se ha construido [...] según unas imágenes televisivas ficcionales y no ficcionales” (p. 207). El valor memorial de *Guernica* que se atribuye y sobre todo que se construyó está en el centro del capítulo 13 de Elena Cueto Asín. La autora desmenuza de manera instructiva cómo la adquisición del famoso cuadro de Picasso “se convierte en motivo de conmemoración mediática” y cómo ofició “como sello simbólico de la Transición” (p. 239). Con ayuda de un matizado examen de la representación del *Guernica* en la serie *El ministerio del tiempo*, Cueto Asín enfoca los mecanismos de memoria en la serie y señala la importancia de los medios de comunicación televisivas que contribuyen de manera decisiva a la memoria colectiva. Termina el libro Natalia Martínez Pérez, quien despliega las diferentes facetas de la emancipación feminista en la televisión de la Transición volviéndose hacia aspectos como las narrativas, los estilos, así como los temas y discursos y subraya comprensiblemente la aportación importante de las mujeres en el proceso de democratización de la televisión española.

Los discursos culturales y las representaciones mediáticas analizadas ilustran la complejidad y los fenómenos

ambiguos, igual que las contradicciones en cuanto al proceso democratizador. En los 14 capítulos, los autores del presente libro nos ofrecen una enriquecedora y sistemática visión de conjunto. Cabe poner de relieve la exquisita introducción, pues ofrece un panorama extenuante al lector, ignorante del respectivo campo de investigación. Quizás un punto flaco de la obra sea la estructura en cuanto al contenido, que habría podido orientarse más a los diferentes tipos de medios tratados. También se habría ganado un valor añadido al reflexionar, más sistemáticamente y con mayor profundidad, el potencial y el rendimiento de los tipos de medios analizados. No obstante, los estudios reunidos en el libro contribuyen innegablemente de forma importante al análisis de la historia cultural de la Transición.

THOMAS SCHMIDTGALL  
(UNIVERSITÄT DES SAARLANDES)

Ángel Esteban / Agustín Prado Alvarado (eds.): *El mar no es ancho ni ajeno. Complicidades transatlánticas entre Perú y España*. Madrid / Frankfurt a. M.: Iberoamericana / Vervuert 2019 (Colección Letral, 6). 270 páginas.

La publicación de este volumen se enmarca en el proyecto transatlántico Letral de la Universidad de Granada, en asociación con la Universidad de San Marcos de Lima, Perú, y consiste en una colección de artículos y textos que exploran los vínculos, relativamente poco explorados, entre la literatura peruana y la española. Dadas las características de Letral, la perspecti-

va que se asume es latinoamericanista: la conclusión de los trabajos arriba, por lo general, a la literatura o la cultura peruana como un rasgo de identidad, colectivo o individual (asumido por un autor), con la excepción del giro, casi ontológico, que asume la figura autorial de Fernando Iwasaki. Dentro de su enfoque, que presta atención a los vasos comunicantes (como puntos de contacto, influencia o fenómenos de recepción), el estilo de los trabajos es variado y se desplaza desde el lenguaje crítico con un manejo discreto de teoría hasta las evocaciones más o menos literarias que dejan traslucir vivencias de escritores peruanos en España (nunca al revés), pasando por trabajos de perfil más filológico e historicista. Como resultado, *El mar no es ancho ni ajeno* (título que parodia seriamente el de la célebre novela de Ciro Alegría, clásico del indigenismo peruano) constituye una amena miscelánea de textos que puede estimular nuevos asedios críticos en torno a las relaciones hispano-peruanas dentro de la investigación latinoamericanista.

El libro se divide en cinco partes. En la primera (“Lecturas de ida y vuelta: de la Colonia a la Metrópoli a nuestros días”) se indaga en torno a la recepción e influencia de la tradición española en la literatura forjada en Perú desde la época colonial hasta el siglo xx. En el primer trabajo, José Antonio Mazzotti sintetiza, con algunas ideas recientes, su planteamiento del Inca Garcilaso como escritor *andino*, en la encrucijada del choque entre dos culturas, que lo vuelve un sujeto de identidad inestable y con un discurso contradictorio. Así, este perfil conflictivo y complejo de Garcilaso se inserta en el Barroco español, movimiento estético en-

tendido desde la visión de Lezama Lima y la posmodernidad crítica. Luego, Marta Ortiz Canseco (“Modelos de perfección femenina”) se ocupa de la recepción de los libros sobre la educación de las mujeres que, elaborados en España, cruzaron hacia América para ser empleados para formar a las jóvenes y prescribir conductas durante el periodo colonial. Por su parte, Moisés Sánchez Franco analiza dos cuentos modernistas que recrean la figura de don Quijote de la Mancha. En ellos, se observa un distanciamiento crítico frente a la tradición heredada de España, que se recrea anquilosada y ridícula, muy en la línea de la renovación estética que se planteaba el modernismo como primer movimiento literario independiente hispanoamericano. La sección se cierra con un estudio de tres poetas de la prolífica Generación del 50 en el Perú, los cuales encontraron en la literatura del Siglo de Oro un recurso formal que elevaba su expresión lírica: Jorge Eduardo Eielson, Carlos Germán Belli y Javier Sologuren incorporaron elementos de san Juan de la Cruz, Luis de Góngora y Francisco de Quevedo, respectivamente, aunque su obra muestra más que una imitación servil, ya que lograron transformar esta tradición y naturalizarla, sin descuidar rasgos inherentes a la cultura peruana (como el pasado prehispánico).

La segunda parte de *El mar no es ancho ni ajeno* está dedicada al periodo contemporáneo y se ocupa del papel de las vanguardistas y los movimientos de renovación artística de fines del siglo xx. Para empezar, Carmen María Píñilla aborda un aspecto poco conocido de José María Arguedas: su afición por la poesía de Federico García Lorca, en

la que encuentra una vocación popular inicial, con la que Arguedas se identifica, y luego una mirada crítica a la modernidad que representa Nueva York, la cual el mismo autor de *Yawar Fiesta* experimentará en sus viajes. El siguiente trabajo, de Enrique Cortez, explora la construcción del “heroísmo socialista” en la poesía última de César Vallejo. Con un manejo solvente del debate marxista de los años veinte y treinta, el investigador revela la evolución de la figura del héroe en Vallejo y cómo se plasma la imagen de la masa heroica en una obra como *España, aparta de mí este cáliz*. En la senda vallejianista, un breve texto de Jesús Rubio Jiménez se presenta a manera de semblanza y nota bibliográfica acerca de la fortuna de la primera edición de los *Poemas humanos*, algunos de cuyos ejemplares acabaron en Zaragoza. La sección concluye con un jugoso trabajo de Ángel Esteban que aborda el movimiento limeño Kloaka, el cual representó la máxima expresión de la contracultura en Perú a inicios de la década de 1980, y revela sus puntos de contacto con los aires de renovación cultural que supuso el final del franquismo y la movida madrileña por esos mismos años en la península.

En la sección siguiente, “Narrativa y teatro del siglo xx en las dos orillas”, se cuenta con tres artículos. Agustín Prado Alvarado presenta un documentado estudio sobre la lectura que ha llevado a cabo Mario Vargas Llosa de la novela española desde los años sesenta, con su entusiasta recepción de Juan Marsé, hasta tiempos más recientes, con el espaldarazo que supuso su lectura de *Soldados de Salamina* de Javier Cercas o sus elogios a *Patria* de Fernando Aramburu. Después, en “Las

patrias literarias de Fernando Iwasaki”, Eva Valero esboza la imagen autorial de un autor que se ha propuesto, a través de su extensa obra, elaborar una identidad transnacional que bebe de varias tradiciones (la peruana, la española y la japonesa), con lo que acaba por plantear una identidad letrada, la de una literatura “en español”, lejos ya de ribetes territoriales. Finalmente, Elena Guichot se ocupa de las compañías de teatro independiente que ejercen la creación colectiva en Perú y España en las últimas décadas. En su detallado trabajo, que demuestra un profundo conocimiento de la escena teatral de ambos países, la investigadora revela una interesante comunicación entre el grupo peruano Yuyachkani y los españoles de La Zaranda.

Las dos últimas partes de este volumen se componen de textos, de tono memorialista o testimonial, de autores peruanos que viven o han vivido en España: Mario Vargas Llosa, Jorge Eduardo Benavides, Fernando Iwasaki, Alonso Cueto, Doménico Chiappe y Alfredo Bryce Echenique, cuyo testimonio se recoge en una entrevista a cargo de Jéssica Rodríguez. Más allá de las anécdotas sabrosas y la buena pluma que exhiben todos los escritores mencionados, llaman la atención especialmente el texto de Fernando Iwasaki (el único de los autores que realmente discute y propone una identidad propia, original, fusionada con un proyecto que engarza vida y literatura), el de Carlos Eduardo Benavides (que muestra toda una parcela de la literatura peninsular, la compuesta en Canarias, en la que encuentra más de un rasgo de interés en relación con la literatura latinoamericana) y el de Doménico Chiappe

(con un estilo melancólico que expone la condición del exilio). Con esta selección tan diversa de estilos, perspectivas y temas, *El mar no es ancho ni ajeno* es una lectura provechosa y oportuna en estos tiempos de estudios de diáspora la-

tinoamericana, en general, y peruana, en particular.

FERNANDO RODRÍGUEZ MANSILLA  
(HOBART AND WILLIAM SMITH  
COLLEGES, GENEVA, NEW YORK)

## 2. LITERATURA LATINOAMERICANA: HISTORIA Y CRÍTICA

Hipólito Unanue. *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre*. Estudio introductorio, edición e índice de Lizardo Seiner Lizárraga. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú / Instituto Riva-Agüero / Pontificia Universidad Católica del Perú 2018. 342 páginas.

Una extraordinaria edición actualizada de *Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre* de José Hipólito Unanue y Pavón ha sido publicado en el 2018 y merece ser anunciado a la comunidad académica peruana e internacional. Este libro incluye un exhaustivo estudio introductorio del destacado historiador Lizardo Seiner Lizárraga. Esta introducción está conformada de tres partes encabezadas por los siguientes títulos: a) Unanue: una historiografía de amplio espectro b) Textos, registros y referencias: una indagación en la biblioteca de Unanue y c) Observaciones sobre el clima de Lima: una obra en dos tiempos. El estudio introductorio posee una extensa bibliografía (70 textos y 7 enlaces de la plataforma virtual). Esta edición, publicada bajo los auspicios de tres prestigiosas institucio-

nes académicas, se ha elaborado en base a la segunda edición impresa en Madrid de 1815. La edición del 2018 incluye un apreciable índice onomástico.

La primera parte del estudio introductorio relata la influencia de la figura de Hipólito Unanue en disciplinas académicas como Medicina, Historia y Filosofía. Afirma Seiner Lizárraga que el gremio médico ha preservado en su memoria a Unanue agradecido por la “construcción de una sólida institucionalidad médica”. Señala que tanto historiadores como filósofos han contribuido en consolidar a esta figura impulsados por entender de qué forma “la hábil conjunción” del saber médico y su actividad política pudo ser ejercido sin dificultad en un momento crítico de la transición del régimen monárquico al republicano. La segunda parte del estudio introductorio indaga la extensa biblioteca del médico peruano con el fin de determinar sus “ámbitos de interés intelectual” e incluye, para el deleite de sus lectores, un “Apéndice” que contiene un detallado registro de los libros que conformaron su biblioteca personal, elaborado en base al inventario y tasación general de los bienes efectuado en 1833 a la desaparición del insigne peruano.

La tercera parte del estudio introductorio es una diligente labor filológica de las siete ediciones elaboradas del texto motivo de esta reseña. Emplea la información de las dos primeras ediciones, la limeña de 1806 y la madrileña de 1815, para describir con amplitud la trayectoria e influencia profesional y académica de Hipólito Unanue como, por ejemplo, el acceso a la cátedra Prima de Medicina en 1807. Advierte Seiner Lizárraga que la particularidad de la edición limeña es la inclusión de una “lista de suscriptores de la obra” cuya información permite observar la influencia de la obra en las esferas de poder y en diversos espacios geográficos como la capital del Perú y sus provincias. Agrega que la primera edición permitió que se ejecutaran tres reseñas en el extranjero. La más importante fue elaborada por el sabio alemán Alexander Von Humboldt al mencionar la obra del médico peruano en su *Ensayo sobre la Nueva España* de 1811. La segunda edición madrileña de 1815 contiene dos secciones más, posee una referencia bibliográfica denominada “opúsculos académicos” e incluye una breve “Conclusión” a modo de agradecimiento. Esta edición de 1815 ha sido la edición referencial para la elaboración de las cinco ediciones restantes (1874, 1914, 1940, 1974 y 1975).

La edición actualizada de *Observaciones al clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre* (en adelante *Observaciones al clima de Lima*) se conforma de las siguientes secciones: I) Historia del Clima II) Influencias del Clima III) Influencias del Clima en las enfermedades IV) De los medios para curar las enfermedades del Clima y V) Constitución médica de 1799. *Observaciones al cli-*

*ma de Lima* se inicia con un texto en latín perteneciente a Jacobi Vanieri que en verso señala que la felicidad de los pueblos “rivaliza” con “primaveras e inviernos”, es decir, con el clima. En “Advertencia a la Segunda Edición” Unanue responde a la reseña del *Memorial Literario* de Madrid en 1808 que critica al autor por incluir algunas veces “descripciones poéticas” en su prosa, a pesar de haber “tratado esta materia con orden científico”. En su descargo, el médico peruano responde que ha tenido “principal cuidado” en elaborar su estudio y que usará en su prosa “imágenes y descripciones poéticas” aprendida por ilustres escritores. Como en la primera edición se incluye la dedicatoria a Gabriel Moreno a quien le considera un “perceptor esclarecido, amigo benéfico y literato virtuoso”. La introducción de la obra presenta el espacio geográfico que será materia de observación y estudio: el “valle ameno de Lima” y sin olvidar su espíritu utópico novohispano afirmará que “todos los viajeros de Europa convienen en ser el del Paraíso el temperamento de Lima” (p. 88).

La sección I es un extenso tratado sobre el suelo, el agua, la atmósfera, el sol y las estaciones, la luna, los eclipses, los vientos, las lluvias, los truenos y rayos y los temblores en la ciudad de Lima. Para Unanue la capital peruana es “la más rica y célebre de la América meridional” ubicada en el centro de la “parte austral de la zona tórrida”. Esta ciudad se encuentra “abrigada” por el oriente con los cerros o “ramas” de la gran cordillera de los Andes y por el oeste el mar Pacífico. Bajo una minuciosa observación y medición de valores señala por ejemplo que la atmósfera de Lima a pesar de ser “opaca, nebulosa y

poco renovada” se encuentra “refrescada” por los vientos, las nubes y lluvia en el verano. Agrega con acento idílico que las “nubes que se interponen entre nosotros y el sol, en enero y febrero, nos proporcionan, a pesar de la cercanía del astro, el más agradable temperamento de la tierra” (pp. 101 y 102). Esta sección concluye con una Tabla Meteorológica de Lima del año de 1799 y 1800. En ella se designa por días y meses, los valores de calor y temperatura y añade a ella una “Tabla de Temblores” que consigna fecha, hora e intensidad del movimiento sísmico.

Aunque la sección II desarrolla con amplitud de qué forma el clima de Lima logra influenciar al reino vegetal (en valles, huertos, campos) y al reino animal (paco, alco, taruca, pumas, oturuncu y ucumari), esta sección destaca con la presencia de las dos últimas subsecciones: a) La influencia del clima en el hombre y b) Influencias sobre el ingenio. La savia intelectual de la ilustración en Hipólito Unanue y su postura epistemológica con respecto a la educación le permite concluir que “el espíritu racional está igualmente distribuido en todas las partes de la tierra. En todas ellas es el hombre capaz de todo, si es ayudado por la educación y el ejemplo” (p. 159). Aun cuando el tema de las castas sea una preocupación para el médico peruano que inclusive confecciona un cuadro de las diferentes castas que habitan en Lima, toma distancia ante prejuicios raciales y aclara que “ninguna casta veremos en el mundo en la que al lado de los vicios no se hallen hombres virtuosos de bellos y estimables talentos” (p. 165). Confía en la “moderación” de la moral y la política para el fruto de hombres de cultura y saber.

La sección III se inicia afirmando que el estudio de la medicina “debería empezar por el del clima” y que las “alteraciones” en la salud del hombre proviene una parte de los excesos que comete en “su subsistencia y recreo” y la otra por “las calidades del cielo bajo del cual mora”. La primera parte de esta sección está dedicada a estudiar las enfermedades del cuerpo y de ella señala que la “variación del calor al frío” en la temperatura “obran con viveza sobre el cuerpo humano” produciendo las enfermedades como por ejemplo el catarro que se extiende con “rapidez y malignidad” provocando no pocas veces una “epidemia o pestilencia en las provincias del reino”. La segunda parte desarrolla las enfermedades del ánimo y afirma de ella que el alma del hombre es un “trono donde reside la sabiduría”, pero que ella siempre dependerá del cuerpo frágil y material. Concluirá que el carácter melancólico de los “naturales peruanos” se debe a la influencia “debilitativas del clima”. Recomendará para finalizar esta sección “medios para preservarse” ante las enfermedades, como, por ejemplo, seguir una prudente alimentación para evitar el “desorden” en ciudades como Lima que posee la “abundancia” de alimentos; conservar el “orden natural” del sueño y la vigilia y mantener la limpieza y el aliño de los vestidos como manifestación del carácter moral los hombres.

Las secciones IV y V son meditaciones principalmente de carácter médico sobre las enfermedades del clima. La sección IV proporciona los “medios de curarse” de aquellos padecimientos. Para tal fin inicia definiendo una vez más el objeto de la ciencia médica, que consiste en “prolongar la vida humana (...) e impedir las mo-

lestias de las enfermedades que la cercan” (p. 221). Señala como deber del médico que, ante un enfermo, se debe establecer primero una dieta y luego aplicar el remedio, de esta forma actuará “la naturaleza para desprenderle el mal que le oprime”. Agrega a estas meditaciones que el uso del aire “renovado” y el agua pura son benéficos tanto para sanos como para enfermos. Manifiesta que el poder del arte médica en la curación de las enfermedades es aplicar el remedio “con oportunidad y método”, pues la ciencia médica está fundada en la observación y “en los justos raciocinios con que se deducen las consecuencias y se ordenan en un cuerpo de doctrina” (p. 264). Esta sección finaliza con una breve exhortación a los jóvenes médicos para que estudien a “la cabecera de los enfermos”, las obras inmortales de los grandes médicos de la historia. La sección V es una extensa descripción de las enfermedades y los diseños aplicados para su curación en relación al estío, el otoño, el invierno y la primavera del año de 1799.

*Observaciones sobre el clima de Lima* de Hipólito Unanue es un libro que expresa un dilecto interés hacia la naturaleza. No es solo un tratado médico, sino que se halla en sus páginas a un hombre de ciencia que ha emprendido con originalidad y afecto un amplio estudio del clima de Lima y su influencia, desde la disciplina médica. Aunque el libro se encuentre sesgado por no pocos prejuicios raciales y sociales, encontramos a un hombre de anhelo utópico, inquieto y generoso por legar su saber y experiencia a sus jóvenes condiscípulos. Vale este libro por poseer este hermoso acto de desprendimiento en un momento crucial de

la historia del Perú: el nacimiento de la República Peruana.

ENA MERCEDES MATIENZO LEÓN  
(UNIVERSIDAD DE POTSDAM)

**Betina González:** *Conspiraciones de esclavos y animales fabulosos. Seis ensayos sobre literatura y crítica moral en el siglo XIX latinoamericano*. Pittsburgh: IILI / University of Pittsburgh 2016 (Nuevo Siglo). 249 páginas.

Los textos que componen el libro *Conspiraciones de esclavos y animales fabulosos*, de Betina González, analizan obras que jamás entraron al canon literario latinoamericano del siglo XIX: al margen de los grandes proyectos nacionales y de los sólidos principios políticos declarados por las élites de la época, esta “pequeña literatura moral” muestra un resquicio de contradicciones en la ideología dominante, surgidas gracias a lo que la autora llama un “repliegue” intelectual, una especie de examen de conciencia de dicha clase. Semejante operación, de acuerdo con González, es carbaría en las normas y las costumbres para poner en tela de juicio algunos de los fundamentos morales del derecho a disponer de las cosas y los seres de la nación (incluyendo el de explotarlos o excluirlos). Pequeña literatura que, por pertenecer a géneros considerados “menores” (drama, cuento, crónica, sátira política), no logró concitar la atención de la crítica especializada —y que por esa razón se nos ofrece como novedad—, se trata de textos que logran expresar tensiones y discordancias en las clases poderosas de un modo particular que le es ajeno, por

ejemplo, a un género más estudiado y prestigioso como la novela.

Y si es su marginalidad en los estudios literarios uno de los rasgos distintivos de estos textos de José de Alencar, Machado de Assís, Federico Gamboa, Juan Bautista Morales y Lucio y Eduarda Mansilla, releerlos para matizar las ideas predominantes sobre el rol de los intelectuales durante el periodo de conformación de los Estados latinoamericanos resulta un ejercicio crítico que vale la pena emprender. No solo para relativizar –según la propuesta de González– las tesis de Ángel Rama y Julio Ramos acerca de la función dependiente o cómplice de la clase letrada respecto de los impulsos de civilización y de exclusión que los procesos políticos mencionados generaron en países como Argentina, Brasil y México. Sino además –también de acuerdo con la autora del libro– porque tales escritos inciden en dos dimensiones que importa tener en cuenta: en primer lugar, en tanto permiten una específica intervención crítica moral sobre el discurso social y las costumbres del momento; y en segundo lugar, por contener una veta reflexiva que remite a la historia del pensamiento filosófico occidental (desde Aristóteles hasta la Ilustración), en general para marcar puntos de disenso que transforman o invierten el sentido de algunas convenciones literarias. Y si, en efecto, es constante a lo largo de *Conspiraciones de esclavos y animales fabulosos* la referencia a estas dos esferas (la filosofía, el contexto socio-político), hemos de atribuirla a la sistematicidad de la tarea llevada a cabo en el libro, el cual combina la lectura atenta (del corpus, de otros trabajos críticos pertinentes) con una solvencia que asimismo conecta

aquellos planteos y temas con algunos de los actuales intereses de las teorías poscoloniales y de género.

Los ocho capítulos del libro proponen una lectura minuciosa de un corpus heterogéneo segmentado en dos ejes principales unidos por una característica en común: son obras literarias en las que las figuras del esclavo y el animal otorgan protagonismo a la parte débil (o directamente la suprimida o silenciada) en la tradición de la filosofía política de Occidente, esos “otros” nunca convocados a la hora de constituir las naciones y distribuir los poderes del mundo organizado. Aunque el diverso abanico de autores de las ciencias sociales a los que se recurre no llega a explicitarse como marco teórico, salvo muy contadas excepciones las contribuciones resultan fructíferas; además, una gran coherencia argumentativa unida a un lenguaje claro guían al lector a través de las páginas de *Conspiraciones de esclavos y animales fabulosos*. El trabajo consta, además, de una “Introducción” general que formula objetivos y delimite temas; de una “Posdata para otro siglo XIX” que sirve de conclusión; y de una sección para la “Bibliografía”.

Cada una de las dos grandes secciones del libro se compone de cuatro capítulos, el primero de los cuales hace las veces de introducción teórica a cada eje temático (asociado a su vez a un género), y los tres restantes se abocan a leer los textos literarios del corpus. En la primera parte, dedicada a los “Esclavos dramáticos”, la autora analiza textos dramáticos de José de Alencar, Lucio V. Mansilla y Federico Gamboa. El capítulo primero versa sobre el nuevo sentido que “lo trágico” tomó a partir del Romanticismo. Separado de

los postulados de la tragedia clásica como sentimiento y también como concepto, “lo trágico” incide en los dramas escritos a ambos lados del Atlántico no para revivir en el sujeto moderno el choque con lo mítico (lo cual, según autores como Lukács y Benjamin, sería imposible bajo el orden democrático), sino para volver sobre el héroe y sobre el espectador bajo la forma de un “exceso”, una inquietud cuestionadora que la estética sería incapaz de resolver. En los siguientes capítulos esta línea conceptual de lo trágico y su exceso se cruza con casos particulares en los que la dialéctica de amos y esclavos revela, al pasar al plano literario, divergencias entre las aspiraciones normativas de la clase dominante y sus contradicciones internas (las cuales no suelen manifestarse de este modo en otros tipos de discurso). En cuanto al sustento teórico del trabajo, González admite en este capítulo haber recurrido a “postulados disímiles” (p. 20) al hacer mención de los aportes de Györgi Lukács, Walter Benjamin y Jacques Lacan; y es aquí que la inclusión del bagaje psicoanalítico hubiera requerido —más allá de indiscutibles confluencias temáticas—, alguna justificación metodológica (teniendo en cuenta, por ejemplo, las críticas que el discurso lacaniano mereció de parte de Jacques Derrida —y otros— a propósito de la subordinación de lo literario a los propios intereses del psicoanálisis).<sup>5</sup>

<sup>5</sup> De acuerdo con Derrida, en el análisis crítico que Lacan hace de “La carta robada” de E. A. Poe, la literatura cumpliría una función secundaria, ilustrativa de las especulaciones lacanianas sobre el funcionamiento del inconsciente. (Cf. Altamiranda, Daniel. 2001. *Teorías literarias, 2: Enfoques desde la cultura y la sociedad*. Buenos Aires: Docencia, p. 69).

El capítulo segundo se ocupa de “Mãe” (1860), de José de Alencar. Pieza que representa los conflictos de la transición hacia la tardía abolición de la esclavitud en Brasil de manera descarnada y realista (aunque con ribetes absurdos, en esa escena en la que una esclava opta por venderse a sí misma), “Mãe” muestra —de acuerdo con González— la hipocresía de una clase media empobrecida demasiado interesada en apreciar sus propios gestos de misericordia como para concebir la dimensión de la brutalidad que ejerce en los cuerpos de otros seres humanos.

El capítulo tercero analiza *Atar-Gull* (1855), de Lucio V. Mansilla, obra en la que, a diferencia de lo que sucede en el texto de Alencar, el personaje más definido no es el esclavo sino el amo: la autora examina cómo la obsesión por el dinero es denunciada aquí desde un punto de vista que critica a la clase dominante desde adentro, por un hombre de letras que no parece estar a gusto en los núcleos aristocráticos, sino más cerca de sus bordes.

El capítulo cuarto de la primera sección está dedicado a *La venganza de la gleba* (1904), de Federico Gamboa. Bajo la observación crítica e informada de González, esta pieza dramática revela detalles notables. Por ejemplo, el hecho de que la posibilidad de la venganza esté al alcance del siervo es un atrevimiento literario, pues imaginar tal eventualidad implica (contra la preceptiva clásica) ensayar una igualdad entre amos y esclavos. Y es que, si de acuerdo con Aristóteles la venganza era “un acto de justicia reparador *entre iguales*” (destacado original, p. 114) que hasta podía ser digno de elogios, cualquier agresión de un inferior a su superior entraba en la categoría de crimen.

Por añadidura, el que no sean los peones los ejecutores del acto, sino la Naturaleza implica una sublevación contenida, un enojo acallado: y en ese sentido, la autora entiende a esta pieza como una especie de prefacio teatral a la Revolución mexicana que siguió al Porfiriato.

En la segunda parte del libro, relativa a los “Animales fabulosos”, se prosigue con similar método: la revisión de los textos de Juan Bautista Morales, Eduarda Mansilla de García y Machado de Assis está precedida por un capítulo teórico. (En estos casos, la variedad estudiada no se encuadra cabalmente en el género de la fábula, pero –como veremos– gira en torno de él.) El capítulo inicial retoma los trabajos de Louis Marin y Tzvetan Todorov sobre la fábula de animales para destacar el papel que el género tuvo en la Francia de la época de la Ilustración. En ese sentido, tal como en la parte primera del libro, la autora descubre una diferencia entre las estrategias de los escritores europeos y los latinoamericanos: si La Fontaine o Samaniego imaginaban historias ficticias con el fin de justificar la autoridad del Estado moderno, el mexicano Juan Bautista Morales usa en sus artículos el poder de la palabra literaria no solo para atacar la figura del dictador Antonio López de Santa Anna, sino también para deshacer la misma idea de soberanía tal como había sido pensada en la Europa del Iluminismo.

Es justamente en Morales que se enfoca el capítulo segundo de esta sección. La obra inspeccionada es *El gallo pitagórico*, colección de textos satírico políticos publicados de 1842 a 1853 que recurren a un animal cuya multifacética potencia emblemática es explotada al máximo, ya sea en ligazón con referentes inmediatos o

lejanos. Símbolo de la persona real del tirano Santa Anna (aficionado a las riñas de gallos), de la predisposición a la lucha (y de la jactancia masculina), del poder regenerador del alba (y de la esperanza política), del dios Esculapio (responsable de la sanación en la tradición clásica), y de un largo etcétera que la autora rastrea hasta Luciano de Samósata (siglo II), el gallo es una figura que brinda cohesión literaria a la serie textual al mismo tiempo que elige los destinatarios de una crítica política y social que cobra sentidos tanto si es leída desde la perspectiva europea como desde la latinoamericana.

El capítulo tercero examina los *Cuentos* (1880) de Eduarda Mansilla, escritora que inaugura con ellos –a decir de González– un terreno inexplorado por entonces en el ámbito literario argentino: el de la infancia como vecindad problemática entre la animalidad y el hombre. (En el siglo XIX, efectivamente, parecía indudable que civilización y educación eran carencias comunes a niños y a hombres primitivos). Y si educar al niño es lo que se proponen estos *Cuentos*, señala la autora de *Conspiraciones de esclavos y animales fabulosos* que existe por debajo de tales moralejas una corriente desestabilizadora, que cuestiona el sentido de la lectura superficial. Y advierte, además, que los personajes de Mansilla se alzan como crítica a la mentalidad patriarcal y a sus normativas: así, en un relato como “La paloma blanca” aflora una sensibilidad femenina que habilita la distinción (vale decir, la opción) entre dos modelos de niña (y de mujer): uno cultivado en la compañía de muñecas y de roles maternos; otro en el polo opuesto de la dicotomía, junto a barriletes y trompos...

Por último, el capítulo cuarto se encarga de revisar diversos textos narrativos, de disímil extensión, de Machado de Assis, el más notable de los cuales es la novela *Quincas Borba* (1891). De acuerdo con González, se trata de una pieza sumamente original por cuanto altera el formato original de la fábula desprendiéndola de la moraleja, uno de los elementos esenciales del género. Además, observa la autora que Assis se sirve de esa transformación para criticar esa suerte de interpretación anómala de las teorías científicas de Charles Darwin que es el llamado “darwinismo social”. El contraste entre el “animal político” aristotélico y la supuesta equivalencia de todas las especies queda ilustrado irrisoriamente en una escena en la que perros y gatos sucumben bajo las patas de un caballo, al igual que lo hace un poeta. Allí no solo nota González una burla al optimismo científico del Positivismo sino también al paradigma filosófico del Humanismo (p. 197): “¿Qué hombre es ése”, pregunta la autora siguiendo el planteo de Assis, “que en su voluntad de dominio arrasa con todo el universo pero, a la vez, es susceptible de ser dominado como cualquier otro animal?”.

En síntesis, los seis ensayos contenidos en *Conspiraciones de esclavos y animales fabulosos* aportan una mirada muy bien argumentada, notablemente informada y claramente presentada acerca un área descuidada de las letras latinoamericanas del siglo XIX: la de un grupo de textos en los que José de Alencar, Machado de Assis, Federico Gamboa, Juan Bautista Morales y Lucio y Eduarda Mansilla “utilizan la figura del esclavo o del animal parlante para criticar, adoctrinar o reflexionar sobre las relaciones de poder de la época”, tal como

indica la contratapa del libro. El aporte de crucial de Betina González es, según ella misma lo enuncia, la constatación de que “no todos los escritores del siglo acompañaron ciegamente el proceso civilizador” que los Estados nacionales latinoamericanos promovieron (p. 225). Con la salvedad hecha acerca de la polémica funcionalidad crítica del psicoanálisis lacaniano en relación con objetos literarios (debatir lo cual excedería el alcance de esta reseña), el libro *Conspiraciones de esclavos y animales fabulosos*, escrito en un estilo a un tiempo preciso y ameno, recorre el arduo —y en este caso provechoso— camino que lleva del proyecto a la demostración, de la investigación literaria a la difusión de ideas, de la lectura consciente a la escritura crítica.

PABLO CONTURSI

(UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL  
SARMIENTO, LOS POLVORINES,  
BUENOS AIRES)

**Guillermina Guillamón: *Música, política, gusto. Una historia de la cultura musical en Buenos Aires (1817-1838)*. Buenos Aires: Prohistoria 2018. 222 páginas.**

A mediados del siglo XX, una reflexión destacable del antropólogo francés Claude Lévi-Strauss condensaba la perplejidad y el asombro ante la posibilidad de inclusión de la música entre las ciencias humanas. Así, para él, la música constituía “el misterio supremo de las ciencias del hombre, aquel contra el cual ellas colisionan”.<sup>6</sup> En las décadas siguientes y ha-

<sup>6</sup> Lévi-Strauss, Claude. 1964. *Le cru et le cuit (Mythologiques I)*. Paris: Plon, citado por Na-

cia finales del siglo, el “misterio” obtuvo la atención de la comunidad académica sobre todo a partir del diálogo entre las disciplinas sociales y humanísticas, iniciado en el mundo de la segunda posguerra. Por entonces, al debate sobre la especificidad –y científicidad– de cada objeto, se superpuso gradualmente, al calor del posestructuralismo, los préstamos y colaboraciones, evidentes en la historiografía francesa, pero también en la sociología alemana, la antropología norteamericana y los estudios culturales del llamado Círculo de Birmingham, entre otros.

En el ámbito local, los estudios socio-culturales avanzaron considerablemente a caballo entre los siglos xx y xxi, al considerar los aportes mencionados y las tradiciones de pensamiento propias. No obstante, la historiografía y la musicología permanecían alejadas entre sí. La primera, al concebir la música solo como un hecho sonoro fuera de su alcance, la segunda al temer el abandono de su especificidad. La “nueva” historia de la música comenzó a trascender estas limitaciones, desde el interés por las relaciones entre música y poder, música y cultura. Más claramente, la sociología de la música ofreció perspectivas renovadoras para pensar la música como un hecho socio-cultural.

En sintonía con estos últimos diálogos “glocales”, la publicación del libro de Guillamón, además de contribuir al final del prolongado desinterés de la historiografía argentina por la cultura musical, inaugura encuentros inéditos entre la música y

la historia cultural, a partir de la formulación de nuevas preguntas. Como fruto de su tesis doctoral, corolario de una fecunda trayectoria de investigación, la autora se propone abordar el proceso de formación y desarrollo de la cultura musical en Buenos Aires entre 1817 y 1838. Así, emergen las primeras preguntas que motiva la obra: ¿qué es la cultura musical?, ¿por qué y cómo podemos pensarla en singular? En respuesta a ello, se afirma que la cultura musical conforma prácticas, saberes, agentes, representaciones, espacios que construyeron la escena musical de entonces, y la convirtieron en un hecho social, cultural, político y económico, además de su intrínseca cualidad sonora. Objeto y categoría analítica al mismo tiempo, la cultura musical permite sortear las limitaciones de otros entornos teóricos como la noción de “campo” de Bourdieu, al mismo tiempo que valerse de otros aportes, como los “mundos del arte” de Becker, sin soslayar las particularidades espacio-temporales.

En línea con dicho objetivo general, el libro propone indagar en la continuidad –que podría aducirse milenaria– de “erigir a la música como herramienta capaz de modificar las pautas de civilidad, sociabilidad y gusto, propias de una élite que, aunque heterogénea, debía dar legitimidad a nuevos regímenes políticos” (p. 11). ¿Cuál fue la incidencia de los proyectos políticos en relación al proceso de formación de la cultura musical (promoción, regulación de espacios y actividades ligadas a la música) y con los idearios vigentes del período: Ilustración y Romanticismo? ¿Qué capacidad de acción tuvieron otros sujetos, en su mayoría alejados del poder político: empresarios, cantantes, instrumentistas, todos ellos agentes culturales

---

ttiez, Jean-Jacques. 2013. *Mito, ópera y vanguardias. La música en la obra de Lévi-Strauss*. Buenos Aires: Gourmet Musical, p. 23.

capaces de impulsar recursos, saberes y prácticas? Para responder estas preguntas, Guillamón se centra en los procesos más amplios de conformación del gusto y afición musical.

Las mencionadas preguntas y objetivos, pero sobre todo la operacionalización de la categoría clave de análisis, estructuran el libro. En este sentido, diferentes dimensiones de la cultura musical son abordadas a lo largo de cuatro capítulos, precedidos por uno de carácter teórico-metodológico, una introducción y, por último, un epílogo. La analogía de los títulos (“Obertura”, “Da capo al fine”) con las partes constitutivas de una obra musical, se corresponden con la coherencia argumentativa, la unidad y el diálogo de cada capítulo con los otros.

Al cuestionar el tradicional abordaje de lo musical solo desde la partitura, o como acto de ejecución y escucha, la autora presenta una propuesta sumamente novedosa, que reúne y analiza un heterogéneo y profuso corpus documental. En principio, la prensa de la época, en especial, se examina la programación musical, las reseñas, avisos clasificados, etc. En segundo lugar, las actas del Departamento de Policía (AGN) así como los expedientes presentes en los Tribunales Civil y Comercial. Por último, los papeles relativos al gobierno del Teatro, las sociedades musicales, los diarios de viaje, relatos de cronistas, diplomáticos, memorias, autobiografías, y escritos de diversos intelectuales. Guillamón atribuye la característica ecléctica de su corpus documental a la naturaleza inestable de las instituciones culturales que se gestan a partir del período independiente. Es posible que a ello se sume la operacionalización de las dife-

rentes y variadas dimensiones que –según afirma– componían la cultura musical porteña.

Dicha caracterización inestable de los espacios asociativos retoma una tradición explicativa de la historia sociocultural (González Bernaldo, Gayol, Bruno) que señala las dificultades de aplicar al Río de la Plata la propuesta formulada por Maurice Agulhon, formulada en su caso para pensar los cambios asociativos en la transición del Antiguo Régimen a la modernidad decimonónica europea y francesa. En este punto, el libro muestra cómo, desde la finalización del período revolucionario, pasando por la “feliz experiencia” rivadaviana, hasta el inicio del segundo gobierno de Juan Manuel de Rosas a partir de 1830, los solapamientos que se produjeron entre lo público y lo privado, no dejaron de valorar –con diferente intensidad– al teatro y a la música como mecanismos de pedagogía cívica. Así, a través de estas formas culturales, se dio difusión a las ideas ilustradas y los valores republicanos que se creía, permitirían construir una sociedad posrevolucionaria que alejara a las élites de las luchas facciosas, y legitimara a Buenos Aires como el ejemplo de civilidad a seguir por el interior. Más allá de ello, la autora argumenta que los espacios dedicados exclusivamente a la música (“Academia de Música”, “Escuela de Música”, etc.) promocionados por la prensa e impulsados por los poderes políticos, no lograron una programación tan dinámica como la del único teatro, el Coliseo Provisional.

En el capítulo 3, el análisis de los cambios en la programación musical porteña y la conformación del gusto y la afición como procesos abiertos determinados en gran parte por las modalidades sistemáti-

cas de escucha, permite repensar las posibilidades de agencia de los sujetos. De esta forma, tanto las prácticas de oyentes, espectadores aficionados o cronistas, como de ejecutantes, compositores, cantantes, músicos o empresarios y empresarias, se sitúan y emergen como resultado de las sociabilidades habilitadas por las vicisitudes de los espacios previamente presentados en el capítulo anterior.

Guillamón muestra cómo las periodizaciones políticas han limitado el abordaje del proceso de conformación y consolidación del género lírico en Buenos Aires, una de las transformaciones más importantes de la cultura musical durante la primera mitad del XIX. En principio, se forjó una interpretación histórica que concibió lo lírico como manifestación artística de un proceso de modernización que llevaba a cabo el gobierno de Rivadavia. Por el contrario, puede advertirse ya en ese período, que tanto la crítica de sonoridades musicales asociadas al Antiguo Régimen, como la primera visita del músico madrileño Pablo Rosquellas en 1823, prepararon el terreno para la difusión de fragmentos de óperas. En suma, los intereses privados, y no el apoyo gubernamental fueron trascendentales en esta primera etapa. Ya en 1825, el estreno de una ópera completa fue posible, además de otros factores, gracias a lo que se denomina un verdadero “proceso de educación de la escucha del público” (p. 125).

Por otro lado, la ópera persistió a pesar de su declive. La temprana familiaridad con las tramas argumentales rossinianas que incluían tópicos más cercanos al Romanticismo, preparó al público para la aceptación de un nuevo soporte que se difundiría al menos hasta 1838: la canción

romántica. El análisis que la autora realiza de estas canciones permite pensar cómo el ideal educativo ilustrado atribuido antes a la ópera, pudo renovarse en la búsqueda enunciativa de una independencia cultural que, en su estilo romántico, incluía a todos los sectores sociales.

Otro aporte imprescindible de la obra es la visibilización de la agencia femenina. Por un lado, desde su participación en lo público, evidenciada, por ejemplo, en el creciente protagonismo de la cantante femenina que la llevaría a ganar más que el músico o el empresario, y en algunos casos a ocupar puestos dirigentes en las propias compañías líricas. Por otro lado, las representaciones de la mujer como heroínas, sobre todo en las tramas de las óperas serias, enfatizaban su capacidad de acción sobre sí mismas y sobre el resto de los personajes.

La valoración de las fuentes que emanan del Departamento General de Policía y del Tribunal Civil, en pos de reconstruir las prácticas culturales relativas al “quehacer musical”, se realiza en el capítulo 4, a partir de la puesta en juego de la noción de “mundos del arte” acuñada por el sociólogo norteamericano Howard Becker. Cabe destacar que, si bien el abordaje de las fuentes mencionadas permite reponer la dimensión conflictiva de las relaciones sociales, aspecto en el cual se hace hincapié, dicho énfasis no se realiza en desmedro de considerar su contraparte, las formas de cooperación. Por el contrario, ellas se explicitan en el análisis de las redes de vinculaciones entre músicos, que emergen de los procesos judiciales. Al mismo tiempo, estas prácticas evidencian las dimensiones socioeconómicas del oficio de “hacer música”, es decir la consi-

deración de las materialidades necesarias para llevar a cabo lo musical, desde la posesión de instrumentos a la regulación de los contratos, el precio de las entradas y las condiciones de trabajo (edilicias, normativas, etc.), entre otras.

A la novedad de la convergencia entre idearios estéticos, obras, recursos, músicos, empresarios, y la preocupación del poder político encarnado en el naciente estado provincial para regular la cultura musical, esfera poco impulsada hasta el momento, se le superpone una continuidad con el Antiguo Régimen. Esta última se manifiesta en la búsqueda del “buen gobierno”, de la “preservación del orden público” que ocurriría desde finales del siglo XVIII hasta 1840. De esta forma, Guillamón subraya la singularidad de la cronología de la cultura musical frente a la más reconocida, la propia de la historia política. En este punto, se argumenta la especificidad de este “mundo del arte”, al mismo tiempo que su interconexión con otras esferas como la actividad económica, la vida social y el poder político y sus avatares.

La crítica que el libro realiza a la homologación entre idearios estéticos y períodos políticos queda asimismo explícita en el capítulo 5, al analizar las crónicas y la promoción de las actividades musicales que realizó la prensa porteña durante el período analizado. Así, luego del análisis de un variado corpus periodístico, la autora plantea que la “generación romántica no batalló contra todo el ideario ilustrado sino que retomó y potenció aquellos aspectos que ligaban los sentimientos y las emociones a la experiencia estética” (p. 214). Así, durante la década de 1820, la prensa promovió –en línea con lo que

el grupo Rivadaviano prescribía como correcto– lo que se consideraba como “buen gusto”: la separación mediante la razón de los sentimientos generados por la experiencia estética, así como el control de la conducta externa, que generaría un patrón de comportamiento asequible solo para la élite, un correcto modo de desenvolverse. A partir de la década de 1830, las prácticas discursivas de la generación romántica difundieron tópicos que abandonaban la temática de “buen gusto”. El genio era capaz de expresar los sentimientos del pueblo, al mismo tiempo que la concepción de la actividad musical era inclusiva, en tanto la capacidad musical emergía como posesión natural (no “cultivada”). Las intersecciones que la autora detecta entre los idearios –ilustrado y romántico– se relacionan no solo con la función social y civilizadora de la música que ambos promueven, sino con la influencia del sensualismo y la *Idéologie*.

Finalmente, “Da capo al fine” realiza una síntesis de los principales aportes del libro, e introduce preguntas y futuras líneas de indagación. En este sentido, al abrir temas y problemas no explorados, a saber, la cultura musical porteña durante la primera mitad del siglo XIX, la obra problematiza y explica procesos clave como el de la sociabilidad vinculada a la civilidad, la formación del buen (y mal) gusto, la profesionalización de las prácticas musicales, el solapamiento de idearios aparentemente opuestos, la regulación negociada de la cultura musical –entre otros–, atendiendo siempre a sus continuidades y rupturas. Así, una de las cuestiones que emergen se vincula a la complejidad de intentar diferenciar lo público y lo privado. Sin plantearse explícitamente, pue-

de comprobarse que, como ha señalado Fraser,<sup>7</sup> la idea de una esfera pública burguesa ha invisibilizado otros grupos, por caso, las mujeres, que accedían a la vida pública de otras maneras.

Para concluir, cabe subrayar que el libro resulta de una indagación rigurosa, escrito en base a una redacción prolija y una prosa atrapante que hace gala de una profunda erudición. En suma, la investigación de Guillamón significa una contribución ineludible para las ciencias humanas y sociales, y un impulso a la formación de nuevas miradas que aborden la historia, la cultura y la música, sin pre-conceptos.

JOSEFINA IRURZUN

(UNIVERSIDAD NACIONAL DEL CENTRO  
DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES)

**Teresa Basile: *El desarme de Calibán. Debates culturales y diseños literarios en la posdictadura uruguaya*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana / Universidad de Pittsburgh (Serie Nuevo Siglo) 2018. 324 páginas.**

*El desarme de Calibán* de Teresa Basile no es un libro de crítica literaria; tampoco una historia del ensayo en el Uruguay contemporáneo, ni cabalmente una historia de las ideas y, sin embargo, lidia con todos estos géneros. Más bien habría que decir que es un libro sobre la escritura en

el Uruguay posdictatorial. El libro está dividido en dos partes: la primera subdividida en dos y la segunda, en tres. En la primera parte, “Debates culturales”, Basile establece y discute las condiciones teóricas de una época; en la segunda, “Diseños literarios”, realiza una lectura profunda de dos escritores uruguayos de la posdictadura: Tomás de Mattos y Amir Hamed. La primera parte tiene como eje los avatares de una transición intelectual que no siempre coincide con la transición política que implicó el paso del régimen dictatorial cívico militar (1973-1984) a la restauración democrática del país. En esta parte, Basile se centra en las transformaciones sufridas por el género ensayo (fórmula privilegiada del pensar latinoamericano), particularmente en la forma o formas que adquirió en manos del ensayista uruguayo Hugo Achugar.

La obra de Basile se concentra en el espacio escritural uruguayo, pero entendiéndolo en constante diálogo con desarrollos similares a nivel continental. Estos procesos están inevitablemente pautados por lo que hoy llamamos “el cambio de época”, y que lo es en la medida en que esta inflexión histórica se produce al final de un período que puede trazarse groseramente entre la Revolución cubana en 1959 y la caída del Muro de Berlín en 1989. Dado que este período contiene la época más intensa de rebelión política, cultural y social en América Latina en el siglo xx, no es arbitrario llamar *la derrota* a este cambio de época, o a la vivencia latinoamericana de este cambio. Y esta derrota (que algunos llamaron el fin de la historia) ha producido en América Latina una serie de desplazamientos considerables en el pensar. Entre estos cambios fi-

<sup>7</sup> Fraser, Nancy. 1997. *Iustitia Interrupta. Reflexiones críticas desde la posición “postsocialista”*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores / Universidad de los Andes.

gura la aparición de un tipo de intelectual infinitamente más cauteloso (desarmado) y renuente al juicio, así como profundamente revisionista, vuelto sobre sí mismo y sobre el pasado. Lo que este estilo del pensar (muy emparentado con el *pensiero debole* de Vattimo) ha generado es lo que Basile llama precisamente los “saberes de la derrota”, es decir, un pensamiento que ha gravitado en torno al cruento desmantelamiento de las tramas emancipatorias latinoamericanas por un lado y, por el otro, en torno a lo que Jameson ha llamado las lógicas culturales del capitalismo tardío. Es la versión uruguaya de este clima intelectual lo que Basile analiza, reconstruyendo con extremada lucidez su génesis, las estrategias discursivas que le son propias y los debates que han generado en el campo cultural.

Durante los años noventa del pasado siglo lo que solemos llamar *la condición posmoderna* aterrizó de lleno en la vida intelectual uruguaya. Basile cuenta esta historia con gran meticulosidad y exactitud valiéndose de la figura shakesperiana de Calibán, cara al ensayismo latinoamericano desde que José Enrique Rodó abriese el siglo xx con su *Ariel*. Son los destinos de Calibán uno de los ejes principales de este libro. Esta figura maldiciente e insumisa fue la que usó Ernest Renan para denostar la democracia de masas y Rodó para denunciar el utilitarismo norteamericano. Para Rodó, Calibán era el emblema de la *nueva barbarie* mercantilista. Fernández Retamar, en cambio, la rescataría como emblema de la rebelión anticolonial y revolucionaria en los setenta. Basile traza el proceso intelectual que va desde el Calibán de Retamar a un Calibán *desarmado* y algo melancólico, que

en la década de los noventa está dispuesto a conversar. Pero el Calibán posmoderno es también el símbolo de una nueva sensibilidad: aquella que emprende el rescate de las voces sepultadas por la violencia del Estado nación en su propio origen y el disciplinamiento de las identidades extraviadas en la universalidad uniformadora y liberal del batllismo. La histórica exclusión, domesticación o aniquilación de aquellos imaginarios y matrices culturales o sencillamente formas de existencia no encuadradas en el proyecto moderno (el indio, el gaucho, el negro, el inmigrante, el subversivo o la mujer) no sería ajena al terror de Estado en las décadas de los setenta y ochenta. En este sentido, la violencia estatal de la época sería entendida o leída genealógicamente: como gesto propio y herencia tardía de un cruento linaje llamado *culto al progreso*. Los saberes de la derrota son entonces saberes de restitución, de escucha y auscultación históricas, saberes de rescate y de autocrítica severa. Basile explora en este libro sus procedimientos, sus estrategias deconstructivas dirigidas contra los modelos exclusivistas y uniformadores del pasado. En una evolución posterior y más reciente, el ensayo incorporaría la ficción a su fábrica y abandonaría incluso la exposición razonada, apartándose de cualquier pretensión selectiva u ordenadora de lo real, e incluso de cualquier pretensión referencial.

Esta reconsideración general de la modernidad latinoamericana en clave antiautoritaria y a distancia de los discursos maximalistas que habrían caracterizado la era anterior, implicó cuestionar la lógica de *amigo-enemigo* (un concepto originado en el pensamiento jurídico-político de Carl Schmitt) como fórmula de inteli-

bilidad política. Esta manera de entender el conflicto político o bien, entender la política como antagonismo radical, habría dado paso a un tipo específico de radicalización en la izquierda en torno a la idea del foco guerrillero bajo el impacto de la Revolución cubana y a la entronización del intelectual comprometido (o armado) auspiciado por los textos de Sartre, Régis Debray o Frantz Fanon. La restauración del orden o bien de la capacidad intimidatoria del Estado en los setenta, por el otro lado, se concibió como práctica transnacional del terror y en el Uruguay cristalizó en la militarización del país desde 1972, instalando en la sociedad un discurso único, nacionalista, paranoico y represivo articulado en la Doctrina de Seguridad Nacional.

Basile examina en profundidad los textos que durante la posdictadura empujaron la exhaustiva revisión crítica de estos imaginarios nacionales exclusivistas que habrían organizado la autopercepción de la identidad nacional. También la revisión de las distintas fórmulas de *enemistad* radical en la historia del país: desde las guerras civiles del siglo XIX hasta el imaginario batllista, y desde la generación crítica del 45, ligada al semanario *Marcha*, y la deriva insurrecta ligada a la lucha armada en los sesenta y setenta, hasta la Operación Cóndor. En esta parte también se revisa críticamente el imaginario guerrillero del MLN Tupamaros y se discute el tema de la memoria de las víctimas de la dictadura, una memoria prácticamente obliterada durante los años ochenta. Basile da cuenta de todos estos debates con suma ecuanimidad.

La figura que mejor representa para Basile este desarme de Calibán es el ensa-

yista Hugo Achugar. Sus ensayos eluden las afirmaciones categóricas, los absolutos, los grandes relatos y prefieren pasar el cepillo a contrapelo a la historia nacional (como reclamaba Walter Benjamin en sus *Tesis sobre el concepto de historia*). Los ensayos de Hugo Achugar exponen ya en el propio diseño argumentativo esta nueva sensibilidad *rizomática*, incurriendo en un tipo de discurso vacilante donde son las preguntas y no las respuestas las que constituyen la sustancia del texto. Esta profundización del carácter ya de por sí tentativo del ensayo está ligada al tipo de crítica que Achugar despliega: una crítica nómada, interrogante e interrogada, que rehúye toda fijación, todo relato omnicompreensivo, toda tentación universalista, pero con la firme vocación de no dejar nada intacto en la relación que el presente había establecido tradicionalmente con el pasado histórico. Todo este flujo autocrítico se enmarca en una revaloración de los mecanismos democráticos de convivencia (un concepto agónico y no antagonico de la política) y se relacionan en un extremo con la concepción habermasiana de la acción o racionalidad comunicativa y no condicionada y en el otro extremo con los trabajos de Michel Foucault sobre las tramas discursivas que se tejen entre los saberes, el conocimiento y el poder. Ambos, constituyen extremos de una constelación teórica muy influyente en esos años y que en América Latina se ha venido enriqueciendo con los estudios poscoloniales y especialmente decoloniales.

En la segunda parte del libro, Basile realiza un admirable análisis de las novelas históricas de Tomás de Mattos: *Bernabé*, *Bernabé* y *La fragata de las máscaras* y de dos novelas de Amir Hamed: *Artigas Blues*

*band* y *Troya Blanda*, que Basile enmarca en el fin de la épica sesentista. Por último, emprende el difícil abordaje crítico de los inclasificables ensayos de Hamed, tarea de la que, una vez más, Basile sale airosa.

Respecto al primero, el análisis combina una atención microscópica a la estructura narrativa de la novela tomando como base la compleja relación entre fuentes historiográficas y narración o ficción histórica. La memoria es siempre en realidad un asunto del presente y mientras la novela se sitúa en el siglo XIX, particularmente en el macabro hecho de Salsipuedes (la matanza de los charrúas por orden de presidente Fructuoso Rivera), Basile muestra el engarce del texto de Mattos con temas contemporáneos, como los aspectos éticos y políticos derivados del pasado dictatorial y sus crímenes de lesa humanidad o la naturaleza esencialmente violenta del Estado moderno o los alcances y límites del enjuiciamiento y del deber de memoria. Tampoco olvida articular el análisis de la novela con sus paratextos sociales. Trabaja por ejemplo el implícito diálogo que el texto desarrolla con los movimientos indianistas, indigenistas o *charruistas* que en la misma época de la novela alcanzaron gran notoriedad en el Uruguay como expresión de ese mismo rescate étnico-cultural de las identidades y saberes subalternos. Esta operación crítica realizada sobre los múltiples niveles de la ficción caracteriza la segunda parte del libro y se repite en las otras obras analizadas sin perder nunca rigor analítico.

En *La fragata de las máscaras*, Basile identifica dos tipos de *archivos* sobre los que trabaja la ficción de Mattos, uno sería el archivo de la opresión y el otro, el de la revuelta. Aquí hay que entender el

concepto de archivo obviamente no solo como un almacén organizado de datos y documentos, sino como un régimen paradigmático que auspicia o inhibe enunciados o tipos de enunciados. La novela revisa la historia de la opresión contra el indígena y el esclavo africano tomando la revuelta o el motín (la novela está basada en la historia de un motín de esclavos) como ángulo de referencia, lo que permite leerla también como una reflexión profunda sobre los intentos revolucionarios de los setenta. Al mismo tiempo, la novela dialoga con la literatura que hizo posible dibujar los contornos de esa tradición incómoda, particularmente la obra de Alejo Carpentier, pero la ficción de Mattos practica sobre estos archivos una inflexión antimoderna o posmoderna, priorizando un contra-relato del progreso que desmantele la perspectiva etnocéntrica y falocéntrica que caracteriza herencia colonial latinoamericana.

En la sección final del libro, Basile aborda la obra del escritor y ensayista Amir Hamed, exponente de una generación posterior y dueño de una escritura ya desligada de la necesidad de la autocrítica y el balance o el ajuste de cuentas con los compromisos políticos del pasado. Con la *retroescritura* antiépica y multifocal de Hamed, aparece, en los años noventa del pasado siglo, una nueva manera de (des)organizar el archivo y la imaginación uruguaya. La escritura sumamente irreverente de Hamed, parece decirnos Basile, es una textualidad que ha asumido enteramente el vértigo del significante.

*El desarme de Calibán* se constituye como una arqueología intelectual y crítica del Uruguay de la posdictadura, de su génesis y de sus consecuencias, pero

también es historia sensible o historia de una sensibilidad marcada por el desastre. Hay que mencionar finalmente la elegancia formal de la exposición y cierto placer del texto generado por el tratamiento riguroso de las ideas que en cierto sentido vinculan el trabajo de Basile (al margen de posturas ideológicas) con la herencia estético-reflexiva del gran Isaiah Berlin.

Es muy posible que hoy estemos necesitados de una nueva forma de ficción emancipadora y anticapitalista y en busca de un pensamiento nuevo que vaya más allá de la derrota y del textualismo vertiginoso de la posmodernidad, un pensamiento que coloque la detención y la afirmación en el lugar de la metástasis. En el Uruguay, esa tarea pendiente del pensamiento futuro, no podría prescindir de este trabajo de Teresa Basile.

GABRIEL INZAURRALDE  
(UNIVERSITEIT LEIDEN)

**Romina Pistacchio:** *La aporía descolonial. Releyendo la tradición crítica de la crítica literaria latinoamericana. Los casos de Antonio Cornejo Polar y Ángel Rama.* Madrid / Frankfurt: Iberoamericana / Vervuert (Nexos y Diferencias. Estudios de la Cultura de América Latina, 51) 2018. 192 páginas.

En *La aporía descolonial* Romina Pistacchio aborda una pregunta mayor de la crítica latinoamericana: ¿cómo integrar la diferencia dentro de naciones heterogéneas, emergidas de la Independencia? O en sus palabras: “La pregunta primigenia que ha acechado la historia de literatura, de la crítica, del “pensamiento”

latinoamericano: ¿cómo hacer hablar al indio (en la literatura)?” (p. 105). Desde las independencias de las naciones en el siglo XIX, las formas de organizar la diferencia, de generar a partir de poblaciones pueblo y de territorios tierra generó violencia y música, como dice Deleuze. Estas contradicciones, encubrimientos y formas ficcionales que caracterizaron la producción estética latinoamericana durante ese siglo y hasta bien entrado el siglo XX son la materia que aborda la autora en su nuevo libro. En efecto, a través de la obra crítica de dos críticos literarios centrales de la tradición latinoamericana, el uruguayo Ángel Rama y el peruano Antonio Cornejo Polar, Pistacchio revisita este choque inaugural entre nación/región y poblaciones heterogéneas para hacer un poderoso comentario acerca de las contradicciones que habitan siempre al nombrar un sujeto heterogéneo, colectivo, como “pueblo”.

El recorrido que propone Pistacchio es histórico y cubre casi cincuenta años de producción crítica en la región. El primer capítulo se enfoca en el surgimiento de lo que ella llama el “impulso descolonizador” surgido de la Revolución cubana y en las maneras en que esta produjo nuevas energías por pensar la autonomía cultural de la región y las maneras de producir su emancipación a través de maneras, más o menos efectivas, de “nombrar un pueblo” como sujeto histórico. Tras el entusiasmo inicial, el segundo capítulo aborda las maneras en que Rama y Cornejo —a través de la movilización de herramientas como “transculturación” y “heterogeneidad”, respectivamente— abordaron la posibilidad de nombrar los específicamente latinoamericano sin reducirlo dialécticamente, sin borrar las violencias del mestizaje,

ni las resistencias a un orden occidental disparado desde la lengua española. Así, por ejemplo, el término transculturación, que Rama toma del cubano Fernando Ortiz, se le revela a la crítica chilena como uno que incluye sin homogeneizar; “[los términos] neocultura, aculturado, desculturación, transculturación (...) todos ellos términos y categorías que como fórmulas intentarán organizar los modos de inclusión de lo popular y de lo extranjero en formaciones no homogeneizadas” (p. 90).

Tras dar un panorama de la reconfiguración del campo crítico a raíz de la Revolución cubana, el tercer capítulo se detiene en un caso de estudio con el cual Pistacchio explora las diferencias y similitudes entre Rama y Cornejo y las maneras en que intentan salir del impasse de nombrar la diferencia, sobre todo la indígena, desde una “grilla” de conocimiento occidental: es el caso del intelectual peruano José María Arguedas. Como transculturador/letrado heterogéneo, en su presencia, Rama y Cornejo se ven ante alguien que, sin ser indígena, reproduce la diferencia, es habitante de ella y la representa en materiales como novelas, poesía y cuentos. Ambos encuentran en él un modelo posible para una literatura propiamente latinoamericana, consciente de su heterogeneidad sin proponer dialécticas que la homogenicen. A partir de las maneras en que ambos críticos leen a Arguedas, en el cuarto y último capítulo, Pistacchio se detiene a analizar el que es el planteamiento central de su texto: la “aporía descolonial”, término con el que ella designa “la contradicción inserta en la actividad misma de pensar (se) (en) la diferencia” (p. 165). Es decir, el deseo por una autonomía cultural frente al Norte Global

que, no obstante, se teoriza, se critica y se escribe a partir de una “dependencia del saber y la lengua extranjeros”. Para ella, saber esto y trasegarlo, ser consciente de ello y escribir desde esta contradicción, constituye, paradójicamente, la “configuración identitaria del intelectual latinoamericano” (p. 165).

En la conclusión, por último, Pistacchio, termina por mostrar cómo los textos de los años ochenta de ambos escritores —en particular *La ciudad letrada* y *Escribir en el aire* (este de 1994)— al mismo tiempo que manifiestan una autocrítica y un desengaño frente a los poderes de la letra escrita, abren el panorama de la crítica latinoamericana a otras influencias. Si en los años sesenta el estructuralismo francés había constituido uno de los principales insumos para nutrir la aporía descolonial, en los ochenta y noventa, con la caída del Muro de Berlín, la crítica latinoamericana encontró en los estudios culturales, y en la influencia de la escuela anglosajona liderada por Raymond Williams, nuevas formas de revigorizarse para reorganizar sus herramientas de análisis tras el fracaso del fracaso de los socialismos reales.

Al cubrir casi cincuenta años de historiografía crítica latinoamericana, atenta a cómo mutó esta, a las influencias y contradicciones que sufrió, Pistacchio, a mi parecer, recupera con claridad cuatro puntos de análisis de las maneras en que este campo de estudio incorporó, trabajó y produjo formas de saber sobre y desde América Latina durante la Guerra Fría. En primer lugar, la influencia de las ciencias sociales (de Ribeiro y de Lévi-Strauss) y las maneras en que la antropología y la sociología nutrieron no solo las obras de estos escritores, sino de aquellos que

constituyeron sus principales objetos de estudio, incluido el propio Arguedas. En segundo lugar, las más amplias líneas de influencia y genealogía de una crítica latinoamericana en busca de su propia voz pero atada a sus orígenes (neo)coloniales, como lo constata Pistacchio, siguiendo a Mabel Moraña, para el caso de J. C. Mariátegui y su influencia en la crítica de la región y en los debates acerca del indigenismo / “anti-indigenismo”/criollismo (p. 92). En tercer lugar, la localización de la “transculturación” de Rama, por ejemplo, como una manera de responder en los años setenta, creando nuevas comunidades e imaginando nuevos sujetos, a la violenta embestida en contra de los movimientos de izquierda –incluidos intelectuales como el propio Rama– en la región por parte de regímenes autoritarios en el Cono Sur que produjeron, en palabras de la autora, una “comunidad avasallada” buscando formas de reconstruirse (p. 149). Por último, y en conexión con esto, la indagación de la crítica chilena acerca de las formas de las que se valieron Rama y Cornejo para nombrar un “pueblo” como sujeto de resistencia y de depósito de una cultura latinoamericana, afinada o no, en los Andes peruanos.

El archivo a través del cual la autora traza esta historia y revela puntos como los cuatro que acabamos de señalar es diversa. Lo hace, naturalmente, a partir de los textos principales de estos autores, pero también a partir de artículos de las revistas de la época, discursos de líderes políticos, portadas de compilaciones de los años sesenta y setenta, así como, de manera refrescante, entrevistas con personas cercanas a ambos críticos. Tal es el caso de la entrevista a Cristina Soto, com-

pañera de Cornejo Polar, que le presta a la autora las herramientas para ver cómo el crítico peruano pasó de un temprano hispanismo en Arequipa a un mayor contacto, a través de centros de sociabilidad popular, con voces más próximas a su historia haciendo un giro hacia “adentro”, hacia lo local, “en busca de su propia cultural” (p. 80). Esta es tal vez la contribución más poderosa del libro. En el trazado de un mapa de los convulsos años de la Guerra Fría en América Latina, y sus ecos en las maneras en que los críticos abordaron las posibilidades y fracasos surgidos de estos, la reconstrucción del lugar de enunciación de ambos escritores –los exilios y autoexilios de ambos– se nos revelan como sujetos conscientes de su propia diferencia, como extranjeros en otros países latinoamericano, como hispanoparlantes en EE UU. Esto nos los revela como actores históricos cuya preocupación por las maneras de la heterogeneidad latinoamericana adoptada en la cultura literaria y popular habita también en sus historias personales como intelectuales inmersos en guerras por delimitar lo propio de la identidad latinoamericana.

FELIPE MARTÍNEZ-PINZÓN  
(BROWN UNIVERSITY)

**Lanie Millar: *Forms of Disappointment. Cuban and Angolan Narrative after the Cold War*. Albany: State University of New York 2019. 219 páginas.**

Lanie Millar es una profesora asociada de la Universidad de Oregón en Eugene. En su libro *Forms of Disappointment*, investiga la narrativa cubana y angoleña publi-

cada después de la Guerra Fría, al considerar que estos países compartieron una historia militar y cívica en el período de 1975 a 1989. Millar explica en su introducción que propone analizar las formas de desencanto en relación con el colapso de la confianza en la promesa de las transformaciones revolucionarias en las primeras décadas de la independencia en Angola, a partir de noviembre de 1975, y la continuación del deseo por reconocer las herencias de la transformación revolucionaria interconectada con la solidaridad anti-imperial. La autora arguye que intenta poner en conversación una serie de prácticas textuales como técnicas de decepción, en cuanto a la (falta de) cambios políticos y también a la memoria de legados específicos de las batallas anteriores luchadas en nombre de la solidaridad del Tercer Mundo.

Este doble cuestionario llama la atención, visto que la situación socio-política en Angola y Cuba después de la Guerra Fría es bien diferente. Angola conoció una guerra civil hasta 2002, mientras que Cuba caía en una situación de precariedad enorme. De todas formas, según Millar, la relación ideológica se estableció a nivel oficial mediante los conceptos del colonialismo con tráfico esclavo y el neocolonialismo, procesos marcados por violencia y sangre.

La autora divide su libro en tres partes. En la primera, “Alegoría y estéticas en la Post-Revolución”, se concentra en dos textos narrativos de Boaventura Cardoso, un autor y político angoleño reconocido. En su primera novela, *Maio, Mes de María* (1997), Cardoso alude a los eventos alrededor de mayo de 1977, cuando un golpe de Estado dentro del mismo partido del

gobierno, el MPLA, causó muchos muertos y puso fin a las expectativas utópicas con el socialismo. En su siguiente novela, *Mãe, Materno Mar* (2001), Cardoso se concentra en las etapas de un viaje en tren desde el interior, una ruta que toma 15 años antes de llegar a la costa atlántica. Por consiguiente, Millar enfoca dos películas, la angoleña *O Héroi* (2004) y la cubana *Kangamba* (2008). En el primer caso, el héroe se convierte en un anti-héroe cuando regresa de la guerra a Luan-da, mientras que *Kangamba* documenta una batalla en Angola en el contexto del Tercer Mundo. Luego, en la segunda parte, titulada “La movilidad de la forma”, Millar discute otras dos novelas: *Caracol Beach* (1998) del cubano Eliseo Alberto y *O Ano em que Zumbi tomou o Rio* (2002) de José Eduardo Agualusa, de Angola. Y finalmente, en la última parte, “Género, estilo, e imperio”, Millar vuelve a enfocarse en novelas: *El hombre que amaba a los perros* (2009) de Leonardo Padura y las novelas policíacas sobre Jaime Bunda de Pepetela, un autor muy respetado de Angola.

De esta manera, la autora construye un panorama de decepciones de diferentes grados y contenidos. Como es de suponer, el desencanto por tener la experiencia surreal y trágica de la guerra es predominante y, muchas veces, resulta en la descripción de locura, violencia y muerte. Boaventura Cardoso, por ejemplo, refiriéndose al golpe de Estado de mayo de 1977, conceptualiza los cuerpos muertos como capital socio-religioso usando una estrategia de desincronización, de la disolución del tiempo real en concordancia con las diversas convicciones eclesíásticas. Millar enfatiza que la diversidad lingüística

en los libros de Cardoso expresa la heterogeneidad del pueblo de Angola como protagonista, mientras que el agua incorpora el pasado, presente y futuro preguntando por posibles vías de desarrollo de una política menos profética y más cercana a las demandas cotidianas.

Esta diferencia entre utopía y realidad se retoma en las dos películas en cuanto a la movilización militar. Fueron filmadas fuera de Angola por razones de guerra, en Camagüey y en Brasil, respectivamente. *Kangamba* tematiza la retórica oficial sobre un combate del MPLA y de los cubanos contra el ejército de África del Sur y la UNITA, mientras que la segunda película, *O héroe*, representa la característica del género artístico de guerra. Uno de sus tópicos repetitivos es el hecho de que los veteranos mutilados reciben pocas remuneraciones y apoyo en la situación posguerra. Este género culmina en la organización de la novela *Caracol Beach*, escrita por Eliseo Alberto, hijo de escritores cubanos importantes como Eliseo Diego y Fina García Marruz. El protagonista veterano, tras regresar de la Guerra de Angola, se encuentra en Florida porque teme que su participación involuntaria en una trampa militar en que murieron siete camaradas le haga lucir como un traidor en su patria. Por otro lado, en Miami no se atreve a confesar que es un veterano para que la comunidad cubana no le considere como comunista. Los temas principales de esta novela de Alberto es lo absurdo de la guerra y su tendencia al suicidio ritual. También el protagonista angoleño de Agualusa es un veterano que se solidariza con los habitantes “negros” de las favelas en Río de Janeiro en oposición al gobierno que trata de poner fin al tráfico

con drogas y su descontrol. Esta conspiración señala una solidaridad entre los combatientes sur-sur en esta metrópolis brasileña.

En los textos narrativos de la tercera parte del libro de Millar, el enfoque no el estatus de los veteranos. Millar caracteriza los textos seleccionados como archivos que contienen detalles de los eventos históricos. En el caso de Padura, su personaje Iván, un escritor cubano refiere a su encuentro con el español Ramón Mercader (1913-1978) y sus perros en La Habana en 1977. Este personaje histórico, el asesino de Trotski en 1940, residió en Cuba hasta su muerte e Iván se convierte en el detective/investigador que indaga su vida y, sobre todo, sus relaciones con la política comunista internacional. También en los libros de Pepetela sobre el “James Bond” angoleño el protagonista es un detective, ahora en servicio del Estado angoleño, que recorre el país en su busca de resolver un crimen. Pepetela diseña así un panorama de la vida diaria de posguerra y sus transformaciones paulatinas en las que, de repente, surgen estructuras dinámicas parecidas a las anteriores a la independencia.

En su epílogo, Millar apunta a la gran variedad de las técnicas literarias y cinematográficas de decepción y desencanto con figuras de desdoblamiento, multiplicidad –alegoría, pastiche, sátira e ironía– y simultaneidad posmoderna. Su libro es uno de los primeros estudios que se pregunta por el eco de las relaciones entre Angola y Cuba durante la Guerra Fría en la producción artística. Por lo tanto, es una obra de consulta obligatoria sobre el tema conteniendo una riqueza de observaciones y detalles informativos. Sin embargo,

hay que agregar un pequeño comentario crítico. Como ocurre en muchos otros casos, y es casi inevitable, este tipo de interpretación corre el peligro de formular opiniones un poco resumidas por lo que concierne la situación política en un momento dado, en gran contraste con la ambigüedad mantenida en los textos literarios y documentos visuales. Este es el caso, por ejemplo, cuando Millar describe las circunstancias durante el golpe de Estado en 1977 (p. 7), un tema frecuente en la literatura de Angola (no en la de Cuba), y ya existe toda una biblioteca de libros de historiadores y politólogos que siguen expresando diferentes juicios al respecto. Además, el enfoque en el desencanto de la posguerra parece un “self-fulfilling prophecy”, como se nota en la literatura de y sobre los veteranos, género floreciente en los Estados Unidos a partir de *The Naked and the Dead* (1948) de Norman Mailer. Solo que, en el libro de Millar, este desencanto se percibe en base de las expectativas socialistas o de la solidaridad con el Tercer Mundo, un tema poco tratado en la crítica literaria de América Latina y de África, enfatizando sus esfuerzos de sobrevivencia y rehabilitación.

INEKE PHAF-RHEINBERGER  
(UNIVERSITÄT GIESSEN)

**Florence Olivier: *Poesía + novela = Poesía. La apuesta de Roberto Bolaño*. Xalapa: Universidad Veracruzana 2015. 224 páginas.**

Aprovecha Florence Olivier el título de la narración/conferencia “Literatura + enfermedad = enfermedad”, que apareció en

*El gaucho insufrible* (2003), último libro de cuentos que Roberto Bolaño preparó en vida, para dar nombre a su obra, un detallado análisis sobre los tránsitos y estatutos de la poesía en la narrativa del escritor chileno. Bolaño fue mucho mejor narrador que poeta, y esto parece saberlo Olivier. No obstante, la idea central de la académica francesa deviene un hallazgo radiante: a partir de una lectura lírica de la obra de Bolaño, Olivier procura expandir el arco de lo que suele entenderse como poesía y encontrarla no solo en los artefactos literarios que han sido nombrados como poemas, sino también en las tentativas en prosa que son asumidas como novelas. De este modo, el acercamiento a la literatura del escritor chileno rebasa su legado y toca uno de los problemas centrales de la literatura del siglo xx: el género literario como herramienta hermenéutica que clausura y abre posibilidades de análisis literario.

El problema que suscita el mestizaje genérico es ya una tradición en la literatura chilena. Olivier menciona el trabajo heterodoxo del “antipoeta” Nicanor Parra como artífice de la disolución de las intransigencias que cada género presenta, y recuerda que “Entre los polos opuestos o las estéticas encontradas a los que remiten tales adjetivos gastados –prosaico y lírico–, Bolaño elige el primero para mayor claridad y juguetona provocación, reduciendo el lirismo a su definición más acartonada y, sin duda, al impudor de la expresión sentimental impostada de Su Majestad el Yo” (p. 9). Es el lirismo presente en su obra, sin embargo, lo que admite la empresa de una suerte de arqueología de la poesía en su prosa: un lirismo propio de la hibridez de la prosa narra-

tiva, y, como escribe el mismo Bolaño, proclive a ser hallado en novelas: “Yo creo que la mejor poesía del siglo está escrita en prosa. Hay páginas del *Ulises* de Joyce, de Proust o de Faulkner que han tensado el arco como no lo ha hecho la poesía en este siglo, donde realmente te das cuenta de que el escritor se ha metido por una senda en donde nadie antes se había metido” (p. 10).

Si bien Bolaño era propenso a las frases apodícticas y en este caso obvie los alcances poéticos de, por ejemplo, T. S. Eliot, Paul Celan, Mark Strand o el mismo Nicanor Parra, bardos que en sus obras descomprimieron una cierta inercia que entrampaba a la poesía en un acertijo de deudas con la forma, el chileno toma nota de los alcances de la prosa no solo para ingresar en sendas inusitadas, sino para alterar el ramillete de usos del lenguaje en la ficción y proponer, así, experiencias literarias excepcionales, como sucede en *Amberes*, *Prosa del otoño en Gerona* o *Un paseo por la literatura*, colecciones de poemas en prosa en que Bolaño alcanza momentos excepcionales. De ahí que Olivier proponga “considerar la totalidad de sus escritos como un tejido continuo que se presta no sólo a la transmutación de las formas sino al viaje o la migración de sus elementos de una a otra forma” (p. 11). Porque “sólo la poesía, así sea novela, soporta la ausencia de respuesta, el peligro y la belleza del misterio” (p. 25), características esenciales de la obra del chileno.

*Poesía + novela = Poesía* se divide en tres partes más una lúcida introducción que ofrece las premisas desde las que Olivier trabajará las obras de Bolaño. La primera se ocupa de un análisis exhaustivo de *Los detectives salvajes*, aquella novela insó-

lita, publicada en 1998, que lo consagró como mascarón de proa de su generación. La segunda parte trabaja *2666*, aparecida póstumamente, en 2004, y que Bolaño había trabajado de modo ardoroso hasta que le llegó la muerte. La tercera parte, un largo recorrido sobre el ingenio y el humor en la obra del chileno, es la más provechosa del análisis. Olivier se arma de un conocimiento exhaustivo de los textos prosaicos de Bolaño y procura encontrar no solo solemnidad y nuevos acercamientos a la materia lírica; más aún, deja ver que el humor, la parodia y la ironía son recursos constituyentes del trabajo poético y que, cuando ausentes, pueden arriesgar una poesía acartonada, deudora acaso de una solemnidad que la torna infértil y poco dialogante con posibilidades de interpretación contemporáneas.

En “*Los detectives salvajes* o la vida poética”, Olivier interpreta el origen de la novela de Bolaño en la violencia descomunal que vivieron los estudiantes mexicanos durante las semanas de protesta de 1968. De ahí que preste atención a *Amuleto*, “nouvelle” que resulta de la ampliación de un capítulo de *Los detectives* y ofrece una reflexión sobre el encierro, el miedo, los abusos policiales y la vida política estudiantil desde la voz de Auxilio Lacouture, militante y estudiante uruguayo, quien se esconde del asedio policial a la Universidad Nacional Autónoma de México en un baño de la Facultad de Filosofía y Letras. Vale la pena transcribir este largo pasaje de la académica francesa: “Si Roberto Bolaño, en sus discursos y entrevistas, solía aludir una y otra vez al “basural de la historia”, aquí el tal basural se ve combatido desde otro, simbólico y real, al adquirir los baños el sentido del último

baluarte y reducto de la resistencia. Guardiania inmaculada en 1976 de la memoria de los muertos de 1968 [...], Auxilio Lacouture escande los tiempos del horror y terror históricos al recordar también el golpe de Estado de septiembre de 1973 en Chile” (p. 32). *Amuleto* entronca con *Los detectives* al soldar la experiencia militante de sus personajes con esa pesada sensación de incertidumbre y vacío que parece ofrecer el futuro. En ese sentido, parece sugerir Olivier (p. 51), la búsqueda de los poetas por el origen literario o por una tradición radical que interpelara la figura omnímoda de Octavio Paz parece ser no tanto una incursión de la política en la literatura, sino, al contrario, una de las posibilidades de penetración de lo literario en los dominios de lo político.

El siguiente apartado, “Tiempo mensurable, tiempo desmedido y tiempo vivo”, Olivier disecciona *2666* desde su mismo título y procura encontrar huellas de poesía en esta torrencial novela, de más de mil páginas. El capítulo resulta irregular y por momentos tedioso, acaso porque la fuerza de la interpretación se ve diluida por recuentos constantes de la trama novelesca, especialmente de su primera parte, titulada justamente “La parte de los críticos”. La excesiva morosidad en que recae la revisión de los personajes abre la interrogante del eventual lector de la obra de Olivier, no alguien diferente a un conocedor de la obra de Bolaño, quien seguramente ya recorrió aquellas páginas y al que las digresiones que se incluyen le resultan poco provechosas. No obstante, hay que resaltar aquí el profundo conocimiento de la académica francesa de las figuras retóricas, que contribuye a leer pasajes de la prosa de Bolaño con el dete-

nimiento y la polisemia que suele arrojar la práctica del *close reading*. El empeño en desmenuzar las fibras textuales abre las puertas a lo que la autora denomina “economía semántica” (p. 82) del texto literario. Así, por ejemplo, Olivier repara con inteligencia y sensibilidad en el uso de la paralipsis en la novela, de modo que solo al final de “La parte de los críticos” se cierra un mapa de afectos entre los investigadores europeos que recorren México. “[L]a creación de Santa Teresa –apunta Olivier– obedece a estrategias poéticas que conjuran la fascinación ejercida por el horror gracias a la gélida y serial exposición del horror [sic], entre efectos de aburrimiento y de traumática seducción, exhibiéndose las imágenes de las muertas en un paisaje urbano que resulta realista a la vez que se torna onírico y mítico” (p. 114). Acierta Olivier al observar a Santa Teresa –ese nombre tras el que se disfraza Ciudad Juárez– como una mezcla de horror, rutina, paisajes industriales y desierto, algo que provoca una muy liada red de significados posibles. Lo mismo ocurre con “La parte de los crímenes”, ese detallado recuento de las mujeres asesinadas en Santa Teresa. “La parte de los crímenes’ –escribe Olivier– puede leerse como un amplísimo poema narrativo de alcances elegiacos, cuyo estribillo asemeja a una ficha técnica policial y forense en torno al cuerpo de una mujer” (p. 122).

La última parte del libro, “Sin literatura no se puede vivir”, es una exploración sobre la risa, la ironía y el sarcasmo en la obra de Bolaño. Lo es, además, de los reversos de las manifestaciones de alegría u ocurrencia, que, en el caso de la obra del chileno, son la tragedia o la derrota. Las acertadas asociaciones entre risa y utopía

(pp. 138-144) o entre sátira y horror (pp. 144-150), amplifican las resonancias de los textos de Bolaño en tanto manifestaciones ambiguas, en que la utopía política latinoamericana, la represión salvaje, las expresiones artísticas y las señales culturales vernáculas construyen un montaje de sensibilidades encontradas, pero que, sumadas o entrelazadas, son una entrada lúcida para la comprensión de lo latinoamericano. En estos apartados, Olivier superpone *Los detectives salvajes* con 2666, *Nocturno de Chile* (1999) con *Estrella distante* (1996) y demuestra el poder del registro literario simultáneamente como espacio de reflexión y discurso público, para encarar la violencia y estupidez de la política latinoamericana. Entre el honor de los poetas y los intelectuales mexicanos, la “contaminación” de influencias y los vericuetos editoriales de los textos del chileno, Olivier alcanza su mejor nivel como intérprete del escritor. No opta por el gesto de reducir las experiencias sinietras y los traumas latinoamericanos a la farsa que concluye con risa; observa, más bien, las rutas literarias y extraliterarias que forman un tejido ambicioso y poliédrico, a la vez que trágico y desafiante, que es la obra de Roberto Bolaño.

ANTONIO VILLARRUEL  
(EL COLEGIO DE MÉXICO)

Marcy Schwartz: *Public Pages. Reading along the Latin American Streetscape*. Austin: University of Texas Press 2018. 286 páginas.

Durante muchos años, la lectura y la literatura fueron actividades de una élite

alfabetizada en América Latina, en parte gracias a la limitación que, en tiempos de la colonia, se hacía del tipo de libros que podían “viajar” a las Américas, así como la cantidad de imprentas que se podían establecer en el continente. Con la independencia, poco a poco comenzaría a cambiar la situación, pero sería sobre todo a comienzos del siglo xx, con los esfuerzos de personalidades como Gabriela Mistral o José Vasconcelos, cuando se comenzó a incrementar seriamente el nivel de alfabetización y el acceso a la educación, al menos básica, y con ello el acceso a la lectura. No obstante, todavía perdura la noción de la literatura como un arte elitista, minoritario e individualista, sobre todo en algunos países en los que “no se lee”, como comentan con resignación muchos de sus ciudadanos. Este libro de Marcy Schwartz explora y analiza programas recientes (desde la última década del siglo xx hasta la actualidad) que buscan acercar la literatura al gran público y alejarla de esa concepción individualista y elitista por medio de lecturas y actividades públicas y colectivas que contribuyan a crear una comunidad de lectores, partiendo de la premisa de que la literatura tiene un valor social y no solo artístico.

Este creciente movimiento aparece unido a la corriente contra el neoliberalismo que se extendió por el continente durante los inicios del presente siglo xxi, sobre todo después de la gran recesión de 2008. Tras una época de represión política en muchos países (a consecuencia de los gobiernos militares dictatoriales) y también económica (a consecuencia de la implementación inflexible de las propuestas neoliberales), ahora se comprueba el fracaso de estas prácticas y se intenta

recuperar los espacios públicos y las bibliotecas que habían aparecido tras la independencia pero que durante la segunda mitad del siglo xx habían languidecido. Se construyen nuevas bibliotecas, que a veces se incorporan a los parques o a los espacios comunitarios y que incluyen actividades destinadas a involucrar a los diferentes estamentos sociales en la práctica de la lectura y la colaboración ciudadana. En ocasiones, algunos programas, como las Salas de Lectura en México, invitan a que los ciudadanos privados empleen una sala de su casa como centro de lectura para el vecindario (p. 17). El presente libro de Schwartz se centra en el estudio de todas estas iniciativas encaminadas a recuperar los espacios públicos a través de la lectura como actividad comunal abierta a todos los estamentos sociales.

Schwartz articula el texto en cinco capítulos, precedidos de una introducción y seguidos de una breve conclusión. El primer capítulo, “Campaigning for the Capital: Bogotá and Buenos Aires as UNESCO World Book Capitals”, se centra, como su título indica, en las campañas que tuvieron lugar en las dos ciudades sudamericanas que han sido capitales mundiales del libro, Bogotá en 2007 y Buenos Aires en 2011. Si bien en ambos casos la campaña se articuló a través de los respectivos ministerios de cultura de cada país, Schwartz analiza cómo las campañas difieren en cuanto a las historias culturales (y políticas) de cada uno de los países. Así, mientras que en Bogotá la campaña de la capital mundial del libro se centró en involucrar a la población y empoderar a los ciudadanos, tras décadas de violencia en el país, en el caso de Buenos Aires la campaña se centró más bien en resal-

tar la ciudad como ciudad letrada con una importante tradición literaria a sus espaldas. El capítulo describe en detalle las actividades que se llevaron a cabo en ambas ciudades durante el año en que ostentaron el rango de capital mundial del libro y como dichas actividades reflejaban la distinta orientación de cada campaña.

El segundo capítulo, “Reading on Wheels: Stories of *Convivencia* in Bogotá and Santiago”, es un estudio de dos programas municipales: “Santiago en 100 palabras”, en Santiago de Chile, y “Libro al Viento” en Bogotá. Estos programas promueven la lectura como un acto comunitario por medio de la circulación de libros gratuitos en el sistema de transporte metropolitano de ambas ciudades (tanto metro como bus o colectivo) en coordinación con las bibliotecas nacionales con el propósito de promover los valores cívicos y la inclusión social de todos los estamentos de población. Además de la lectura, Santiago en 100 palabras también fomentó la creación literaria a través de un concurso en el que los habitantes de Santiago podían enviar microcuentos (estilo Twitter). Los cuentos ganadores se publican en un libro y también se muestran en los tableros de propaganda de las estaciones de metro. Schwartz analiza hacia el final del capítulo algunos de estos cuentos y observa cómo la lectura y el transporte público se articulan como elementos en los cuentos que ayudan a establecer una identidad comunitaria entre los santiaguinos.

En el tercer capítulo, el más breve de los cinco, “*Cacerolazos y bibliotecas: Solidarity, Reading, and Public Space after the Argentine Economic Crisis (2001-2002)*”, Schwartz se centra en las prácti-

cas de lectura comunitaria que sirvieron en Argentina como un factor importante de solidaridad en el medio de la grave crisis económica que afectó al país a comienzos del siglo XXI. Si bien el mercado editorial casi colapsó en ese momento, a través de asambleas populares que surgieron por todo Buenos Aires, y que impulsaron medios de publicación alternativos y un resurgimiento de las bibliotecas populares en los barrios, la lectura se impuso como uno de los medios para ejercer la democracia y la solidaridad.

El cuarto capítulo, “Recycled Reading and the Cartonera Collectives: Publishing from the Ground Up”, estudia uno de los fenómenos más fascinantes en el mundo editorial latinoamericano durante los últimos años, el de las editoriales cartoneras, nacidas en Argentina en 2003, tras la crisis mencionada en el capítulo anterior, que ha servido como fuente de inspiración a muchos movimientos alrededor del mundo. Schwartz estudia este movimiento no solo en Argentina con Eloísa Cartonera, la originadora, sino también en Brasil (Dulcinéia Catadora en São Paulo), Perú (Sarita Cartonera en Lima) y Colombia (Amapola Cartonera in Bogotá). También explora cómo estos colectivos se expanden a otras áreas como la agricultura ecológica o el *performance*, abarcando así un campo más amplio que el de la creación literaria.

El quinto y último capítulo, “Books That Bite: Libraries of Banned Books in Argentina”, se centra en las bibliotecas de libros prohibidos en Argentina, y cómo emplean el coleccionismo y la teatralidad como elementos para recuperar la memoria del pasado y reconstruir las historias de algunos de los textos. Espacios como

el Archivo Provincial de la Memoria en Córdoba o la Biblioteca Pública y Popular Carlos Fuentealba en Olimpo (Buenos Aires), funcionan como pequeños espacios destinados a que no se olvide el horror de la dictadura militar, con exposiciones sobre la censura y la represión. También se menciona el colectivo La Grieta, en Buenos Aires, con su iniciativa Libros que Muerden.

*Public Pages* es un libro muy atractivo y recomendable para los amantes no solo de la literatura en sí, sino sobre todo de los estudios culturales, ya que el texto se centra sobre todo en la literatura como una práctica cultural comunal, más que en el estudio de autores u obras capitales. Ciertamente Schwartz incluye en el texto ejemplos de microcuentos de algunas de las colecciones mencionadas, así como referencias a autores canónicos como Jorge Luis Borges, pero de una manera secundaria al empeño en las organizaciones colectivas y los programas encaminados a producir o consumir literatura comunitariamente. El libro hace hincapié en el impacto que tiene en la población la actividad literaria, no solo de lectura comunitaria, sino también de creación y *performance*. Además, también explica los entresijos de los circuitos de producción y distribución de los textos, y cómo algunos modelos, como los cartoneros, retan a los circuitos neoliberales tradicionales de producción y distribución. Se agradecen las numerosas ilustraciones (fotografías de la autora de lugares mencionados en el texto y reproducciones de afiches y folletos de los colectivos y actividades discutidos), todas en blanco y negro.

Entre las limitaciones del texto se encuentra, por un lado, su restricción

geográfica, ya que, a la hora de estudiar estas prácticas, Schwartz se centra en los países tradicionalmente más asociados con la literatura, como Argentina, Colombia, Chile o Brasil, a pesar de indicar que casi todos los países latinoamericanos cuentan hoy con algún programa de este tipo, pero sin entrar en gran detalle. Sería interesante un capítulo para ver si existe o qué impacto tienen programas de este tipo en países como Paraguay o El Salvador, esos países donde “la gente no lee” y que carecen, al contrario que Argentina o Colombia, de una gran tradición literaria. También, dentro de los países estudiados, el énfasis es en las grandes ciudades (Buenos Aires, Santiago, Bogotá o São Paulo), dejando de lado a las poblaciones más pequeñas o al campo, aunque sí ofrece la autora una breve mención en la introducción a programas rurales. En segundo lugar, se aprecia una cierta descompensación o ausencia de balance, ya que Argentina ocupa prácticamente medio libro (monopoliza dos capítulos y la mitad de otro) y Colombia también aparece bien representada (con la mitad de dos capítulos diferentes y parte de un tercero). De esta manera, cubren prácticamente todo el texto, dejando solo espacio para Chile en medio capítulo, y Brasil y Perú en partes de otro.

Sin embargo, sí es de resaltar que la autora no se esconde a la hora de relacionar la cultura y la política, en particular al indicar la reacción contra el neoliberalismo que subyace en muchos de estos programas e iniciativas, especialmente en el contexto de la pos dictadura en Argentina, Chile o Brasil. Si bien cuando se considera la actividad literaria uno tiende a pensar en los escritores y las obras, se agra-

dece un texto que se aleja de esto y analiza los entresijos del mercado y el impacto de una era global en la producción, distribución y lectura de las obras. Por lo tanto, es altamente recomendable para una amplia variedad de público. No solo los amantes de la literatura, sino también aquellos con interés en la sociología o la historia encontrarán estas páginas de interés.

MIGUEL GONZÁLEZ-ABELLÁS  
(WASHBURN UNIVERSITY,  
TOPEKA, KANSAS)

**Gabriela Jáuregui (ed.): *Tsunami*. Ciudad de México. Sexto Piso 2018 (Realidades). 208 páginas.**

Las doce autoras reunidas en *Tsunami*, cada una desde su disciplina (académicas, poetas, narradoras, activistas, agentes culturales, periodistas, docentes), exploran una faceta distinta del ser mujer en lo público y lo privado, lo doméstico y lo profesional, a partir de formas diversas de la escritura: la reflexión ensayística, la lírica, el diario íntimo, la intervención artística, el *collage* intertextual o las memorias. Pensando en este complejo entramado colectivo, Gabriela Jáuregui, quien edita, prologa y convoca a las autoras de la compilación, apunta una advertencia en su contraportada: no se trata de un coro unificado de voces, cuando sí de un ir y venir furioso de olas, un tsunami. Esta sensación de tempestad –aludida por la brillante analogía que da título al libro, en relación también con las “olas” feministas– se gesta además en un momento histórico crucial, en el que se ha vuelto imperativo hablar de la experiencia tanto

individual como colectiva de las mujeres a partir de iniciativas de denuncia como el #MeToo (2017) y el #TimesUp (2018), originadas en Estados Unidos y replicadas en otros países, o como el #MiPrimerAcoso (2016), en México.

Para comprender la urgente necesidad de dichos movimientos es importante remontarse, incluso, a los primeros relatos de la tradición literaria. La reconocida escritora Margo Glantz (“Apuntes para una posible genealogía (arqueológica) de los *MeToos*”) emprende una revisión extensiva en torno a la sumisión, censura y represión de la mujer presente en los mitos griegos y el edénico, pero también ahonda en los conflictos bélicos que van desde la antigua Grecia hasta la violencia militar en el México del siglo XXI. Como explica la académica, la emergencia de diligencias como el MeToo “es el resultado de una violencia reiterada e impune durante siglos y verbaliza algo que durante largo tiempo fue inverbalizable” (p. 78).

En esta misma línea, Brenda Lozano (“No adónde va, sino de dónde viene”) señala cómo la violencia ejercida contra las mujeres, y sus correspondientes denuncias, ha recibido progresivamente mayor visibilidad mediática en los últimos años. Esta observación, luego, la lleva al terreno de la duda: ¿es acaso eso signo de una sociedad más justa? Esta pregunta retórica es crucial para pensar cómo las nuevas dinámicas de convivencia, en espacios virtuales como Twitter, propiciaron y albergaron el fenómeno de las denuncias colectivas (e. i. el #MeToo), pero también recrudescieron el descreimiento y revictimización de las denunciantes. Posteriormente, Lozano se traslada del terreno de lo virtual a lo literario. Partiendo

de personajes como Penélope y Madame Bovary, Filomena y Procne, o de autores como Hesíodo y Shakespeare, la autora revisa los relatos literarios y filosóficos en los que la resistencia a escuchar, creer y legitimar la queja de las mujeres es una constante. Para Brenda Lozano, este ejercicio de reflexión, es decir, el desentrañar el origen de las opresiones y las desigualdades, no sólo nos dará las pistas para anticipar hacia dónde vamos, sino también para forjar las soluciones futuras desde el presente.

Tanto Glantz como Lozano coinciden en sus ensayos, a su manera, en el imperativo de cuestionar, repensar y desarticular los mitos fundacionales que normalizan el sometimiento de la mujer. En el mismo tenor, la artista visual y escritora Verónica Gerber Bicecci propone una intervención al *Catálogo de las mujeres* (también conocido como *Yambo de las mujeres*), del poeta griego Semónides de Amorgos (isla de Samos, ss. VII-VI a.C.). El *Catálogo* de Semónides, reseñado a menudo como el texto misógino más antiguo de la poesía clásica, pasa a renombrarse por Gerber como “Mujeres polilla”. La intervención visual de la autora consiste en la perforación o “carcomido” del papel donde debieran encontrarse los signos de puntuación en los versos del poeta griego, de manera que la lectura del poema, a lo largo de sus diez fragmentos, resulta indecifrabla. Este acto de intrusión, visto también como una forma de palimpsesto, permite a la autora (y a lo que ella llama “mujeres polilla”), modificar el espacio poético para reescribirlo desde la resistencia y la oposición.

Las estructuras patriarcales resultan palpables tanto en los discursos litera-

rios, mitológicos y religiosos, como fuera de ellos. La escritora y agente cultural Vivian Abenshushan (“Disolutas (a ante bajo cabe con contra) las pedagogías de la crueldad”) reflexiona sobre cómo dichas estructuras permean en el ambiente convivencial del taller literario: esa “institución en que a menudo se normaliza el alfabeto de la humillación indispensable para bregar en la selva del mercado editorial, además de estabilizar las jerarquías no sólo de ciertos autores, sino de los géneros literarios y sus convenciones monolíticas” (p. 16). Las dinámicas al interior de estos espacios (ocupados y dirigidos mayoritariamente por hombres) se caracterizan por dos nociones que Abenshushan retoma de la escritora, antropóloga y activista feminista argentina Rita Segato: la pedagogía de la crueldad, por un lado, y la corporación masculina, por otro. Es decir, se trata de espacios en donde el adiestramiento patriarcal se afianza con base en la alianza masculina, leal a sí misma, mediante dinámicas particularmente violentas contra sujetos no normativos (mujeres y disidencias sexuales). Frente a estas prácticas de violencia institucionalizada, Vivian Abenshushan señala otras formas posibles de interacción intelectual, fundadas en el vínculo de la comunidad (contrario a la alianza de la corporalidad, siguiendo a Segato): “Cuando hablamos de otras formas de escritura queremos decir también: otras formas de hacer mundo. Escrituras de la presencia, escrituras de la situación, escrituras donde lo personal es político porque nos implica a todas” (p. 24).

Desarticular dicha lógica es, sin duda, el horizonte de la teoría y el activismo feministas. Pero ¿cómo ha de lograrse? Y, sobre todo, ¿qué quedaría en su lugar?

Gabriela Jáuregui, en “Herramientas desobedientes”, plantea más preguntas que respuestas. “Cómo reescribimos el mundo cuando ‘las herramientas del amo nunca desmontan la casa del amo’”, se cuestiona retomando la declaración de Audre Lorde en 1979, luego de la primera marcha por la liberación gay y lesbica en Washington. Esta idea inicial da lugar a dos puntos fundamentales en su ensayo: cuál es, en este desmontaje, el papel de las mujeres (como “herramientas desobedientes”), y cómo reutilizar, instrumentalizar y politizar la palabra (“una de las tecnologías más antiguas”). La reapropiación “desobediente” de la palabra, parece decirnos Jáuregui, apunta hacia la promesa de otro lugar posible y piadoso para habitar: una eutopía futura.

Hacer comunidad, desde cualquier forma de disidencia, es uno de los llamados transversales en *Tsunami*. Abenshushan, en el ensayo que abre la compilación, habla sobre la dinámica predominantemente masculina del taller literario. Virginia Woolf, ya en *Una habitación propia* (1929), abogaba por que las mujeres accedieran a los insumos necesarios para costearse un espacio que posibilitara su desarrollo intelectual y laboral. En esta línea de pensamiento, la historiadora y escritora Cristina Rivera Garza (en “La primera persona del plural”) esgrime la imposibilidad de pensar la “habitación propia” fuera de la existencia de una “casa” y, más allá, de una comunidad que la sostenga. Es decir, que “el cuarto propio existe si y sólo si existen los materiales para su construcción y la fuerza de trabajo suficiente para colocarlos de manera debida”. El cuarto propio es, en este sentido, un cuarto impropio, colectivo.

A este ánimo de hacer comunidad se suma luego, como Rivera Garza retoma de la académica feminista británica Sara Ahmed, la voluntad de “hacer que todo sea cuestionable. Y, por todo, [Ahmed] quiere decir, en efecto, todo” (p. 171): los lazos familiares, la realidad corporal, el acceso a los espacios públicos, las esferas de lo privado, lo doméstico y el (auto)cuidado. Y si al cuestionar profunda y extensivamente toda certeza, se pregunta Rivera Garza, el descanso es escaso o nulo. Sin embargo, una cosa queda clara para la autora: que no es una carga solitaria, sino enriquecida por el acompañamiento de “comunidades esporádicas”, esos espacios de diálogo donde “la soledad [ha] terminado, [y] la primera persona del plural no ha dejado de crecer” (p. 173).

Parte importante de cuestionarlo todo, retomando a Sara Ahmed, involucra también pensar en entrecruces. La activista de derechos lingüísticos e investigadora *ayuu'jk* (mixe) Yásnaya Elena Gil abre su ensayo (“La sangre, la lengua y el apellido. Mujeres indígenas y Estados nacionales”) con un señalamiento crucial: en un contexto colonial y racista, el aprendizaje de una lengua hegemónica tiene implicaciones complejas en el proceso identitario de los individuos, y tal aprendizaje plantea retos más allá de dominar la pronunciación o el significado de las palabras. Para Yásnaya, los conceptos como “indígena” y “feminismo” se le presentan, en este sentido, como preguntas, incluso como apelativos incómodos. La denominación “indígena”, como categoría impuesta por el Estado, supone de principio una serie de requisitos limitantes. En México, la medida estatal para contabilizar y registrar a las comunidades

indígenas ha sido la lengua, no sin ciertos problemas de fondo: “si bien el número de la población indígena en México excede el número de la población hablante de lengua indígena”, apunta la autora, “el propio Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática señala el uso de la lengua como elemento determinante para calcular cuántas personas indígenas habitan el país. Paradójicamente, han sido las políticas públicas del Estado las que han provocado una pérdida acelerada de lenguas indígenas” (p. 35). A raíz de estas contradicciones, la lengua funge como marca de identidad para las mujeres indígenas en México, pero también como la principal herramienta de su resistencia.

La poeta y narradora Sara Uribe articula en “Solas” un relato personal sobre la cotidianidad de la violencia, las ineficiencias del Estado en materia de protección a las mujeres e infancias, y otros abismos burocráticos. En este fragmento autobiográfico, Uribe reconstruye el recuerdo de su orfandad siendo niña, pero también desentraña con una voz madura el devenir de su vida al margen del Estado: “Frente a la disyuntiva de violentada o muerta a manos de mi padre o violentada o muerta a manos del Estado, mi mejor opción fue que el Estado me abandonara. [...] Crecer sola, sin tutela. Vivir en sus orillas, en sus grietas y vericuetos. Huir del Estado para poder sobrevivir” (p. 207).

La palabra, como herramienta política, toma otras formas para hablar de lo cotidiano. Jimena González, en su poema “Las otras”, desentraña la cotidiana violencia al interior de la cofradía familiar, en un ejercicio de invocación para desterrar los males domésticos que constriñen la vida de las mujeres: “Escribo / para sa-

narne, para sanarlas” (p. 82). El espacio del poema se convierte, para González, en el punto de encuentro para nombrarse en conjunto, “porque tenemos nombre / y no dejaremos que lo olviden” (p. 85). El reconocerse parte de una raíz familiar también es uno de los hilos que entreteje Yolanda Segura, en “Otro modo que no se llame”. Su texto plantea y discute distintas formas de rescate: (re)leer autoras olvidadas por el canon, pensar las condiciones materiales de las mujeres escritoras, repensar el carácter político de la literatura y, particularmente, tejer comunidad desde la experiencia pública y privada.

González, Segura y Uribe exponen en lo común, desde lo poético, el activismo y la memoria, las zonas oscuras de lo público (el Estado) y lo privado (la familia) que arrojan al desamparo a niñas, adolescentes y mujeres adultas en el país. Para la artista multidisciplinaria Diana J. Torres, pensar desde el feminismo qué hacer con las heridas, con las cicatrices de la violencia, es una forma de iluminar el camino. En “Medalla o estigma”, Torres parte de la experiencia personal para articular un relato sobre una realidad cifrada como una guerra: un escenario en el que el sujeto portará la marca violenta como una medalla (héroe) o como un estigma (víctima), según el privilegio que se posea. Verbalizar desde lo individual, para Torres, es una forma de abonar al cuidado de la comunidad.

Finalmente, la periodista Daniela Rea desnuda en “Mientras las niñas duermen”, de manera franca, sin ambages ni eufemismos, el complejo vínculo entre la maternidad y el oficio de la escritura. Su texto —un diario en donde deposita sus miedos, frustraciones y alegrías por el na-

cimiento de sus dos hijas y documenta su crianza en un periodo de cuatro años— es a su vez un diálogo consigo misma y con otras autoras. Su ejercicio escritural ahonda en la figura de su madre desde el recuerdo infantil, pero también desde su papel como madre en el presente: “Quizás es mi propia maternidad la que me hace volver de forma distinta a los recuerdos. Si pudiera regresar el tiempo y estar de nuevo bajo las cobijas mientras mi mamá mira televisión le diría: ‘No estás sola, nosotros tus hijos estamos aquí a tu lado, contigo, nosotros te acompañamos’” (p. 126). Esta apertura al diálogo se traslada a su vez, y de manera simbólica, a los márgenes de la página con anotaciones breves, en otro orden de ideas. En ese espacio acotado, Rea se hace acompañar por aquellas ensayistas, narradoras o teóricas de lo materno: Brenda Navarro, Nellie Campobello, Carolina del Olmo, Lina Meruane, Silvia Federici, Jamaica Kincaid, Cristina Morini y Maricela Guerrero. Así, la escritura y la maternidad aparecen aquí indisociables como bálsamo para el recuerdo y desahogo en el presente.

Desde el epicentro de este maremoto, cada autora ensaya una ruta para sortear los fillos de la opresión, el racismo, el sexismo, los silencios de la vida íntima y doméstica, las omisiones del Estado y los dolorosos recuerdos de la violencia. Sobre este libro tan íntimo como necesario únicamente queda aclarar (y rescatar) un valioso punto, si acaso el lector encuentra provechosa una advertencia más. *Tsunami* es una compilación en la que abundan puntos de vista encontrados, contrapuestos algunos. Las aportaciones de la compilación parten de sus distancias y consonancias con respecto a los plan-

teamientos feministas, y de los engarces (más que brechas) generacionales que enmarcan y definen la manera en que cada autora entiende el mundo. Pero a pesar de (o gracias a) la pluralidad y los desencuentros, cierto es también que en cada texto el lector sabrá encontrar el hilo narrativo, sincero y descarnado, que los hermana.

GRISELDA CÓRDOVA ROMERO  
(ITESM, MONTERREY)

**Christian Grünngel:** *Von Kastraten, Hermaphroditen und anderen Grenzgängern lateinamerikanischer Männlichkeit in Literatur und Film (1967-2007)*. Berlin: Edition tranvía/Walter Frey 2018 (Gender Studies Romanistik 14). 614 páginas.

Christian Grünngel propone una lectura de la masculinidad en América Latina según un corpus de cuentos, novelas y una película entre 1967 y 2007 cuyos personajes transgreden o incluso desdibujan las normas de la masculinidad. Los objetivos constan de la interdependencia entre el género masculino, el cuerpo y las diversas prácticas que ejercen cuerpos con ciertas particularidades tomando como ejemplo a los autores Mario Vargas Llosa, Cristina Peri Rossi, César Aira, Moacyr Scliar, Sergio Bizzio y Darcy Ribeiro.

En los estudios latinoamericanos sobre la masculinidad, un campo de investigación muy activo, dominan hasta el presente las relaciones conflictivas entre hombres y mujeres, el rol del padre y la relación padre-hijo, la homosocialidad a nivel antropológico, social y económico, la homosexualidad y la homofobia, como aclaran publicaciones reconocidas de Luis

Bonino, Norma Fuller, Matthew Charles Gutmann, Jorge Lyra y Benedito Medrado, entre otros. Un manual de sociólogos registra más de dos mil publicaciones específicas realizadas a partir de 1990.<sup>8</sup> La violencia masculina, sus circunstancias, condiciones y su prevención representan la motivación central de la gran mayoría de los estudios relacionados con la masculinidad en los países latinoamericanos.

En cambio, el estudio de Christian Grünngel se aleja de estas posiciones y sigue la crítica del falogocentrismo feminista del puertorriqueño Rafael Ramírez. En combinación con el concepto de la masculinidad hegemónica de la australiana Raewyn Connell, Grünngel enfoca la masculinidad dependiente, subalterna y marginalizada de ciertos seres masculinos fronterizos presentes en la literatura latinoamericana que socavan las lógicas basadas en el binarismo de género y las conductas sexuales normativas como el castrato, andrógino, hermafrodita o intersexual. El análisis de la práctica reflexiva del cuerpo parte de problemas asociados con la in- o discapacidad, minusvalía o invalidez, así como la plusvalía ambigua. Grünngel advierte la vulnerabilidad directamente conectada con los genitales que menciona Connell: “The constitution of masculinity through bodily performance means that gender is vulnerable when the performance cannot be sustained – for instance, as a result of physical disability”.<sup>9</sup> Grünngel reafirma

<sup>8</sup> Horlacher, Stefan; Bettina Jansen y Wieland Schwanebeck. 2015. *Männlichkeit: ein interdisziplinäres Handbuch*. Stuttgart/Weimar: Metzler, p. 66.

<sup>9</sup> Connell, Raewyn. 2005. *Masculinities*. Berkeley/Los Angeles: University of California, p. 54.

el posicionamiento histórico de los Men's studies como parte de los estudios de género a partir de las posiciones feministas de Luce Irigaray y Judith Butler y critica al mismo tiempo la ausencia de complejidad en el concepto masculino de estos estudios que, según él, solo surge de esta forma como ex negativo (p. 24).

Grünnagel insiste que la masculinidad debe ser legible como masculinidad genital anatómica según las convenciones de la percepción del cuerpo más allá de la diversidad y las supuestas construcciones de la polimorfia (pp. 28, 34). Siguiendo las características del campo del poder de Pierre Bourdieu, la virilidad es un modo de actuar de forma ostentativa que se basa en la demostración naturalizada del cuerpo musculoso y fuerte (pp. 31-32). Grünnagel apoya su posición sobre la importancia de los genitales precisamente con el concepto de la masculinidad femenina que prescinde de la anatomía masculina al jugar con las apariencias físicas y atribuciones en ausencia de los genitales masculinos. Según su punto de vista, la masculinidad femenina subraya también la indispensabilidad de sus modelos para poder ser legible (p. 34). A pesar de la larga historia del posestructuralismo filosófico y discursivo, Grünnagel vuelve a la identidad y determinación del sexo, su anatomía y performatividad normativas. Según él, la anatomía sigue siendo la “espada de Damocles” que amenaza a todas las masculinidades fronterizas: el uso libre de los códigos de la lengua como sistema de signos le parece irrelevante frente a la constitución biológica-hormonal y sus marcas en la performatividad del cuerpo (p. 49). Las prácticas sexuales parecen inseparables de esta cuestión que atraviesan

el libro con figuraciones diversas de homo y heterosexualidad (p. 50).

El objetivo del *close reading* de la literatura que dialoga con los teóricos Bourdieu, Connell y Butler, reconoce su posición “impura” entre el biologismo y el constructivismo (p. 56). Una de las contradicciones no resueltas se deriva del fundamento teórico franco-anglosajón y su aplicación a objetos de estudio que provienen de otras culturas al construir un corpus de las literaturas latinoamericanas entre 1967 y 2007 (p. 59). Grünnagel convierte esta deficiencia atacable en una ventaja hermenéutica de *soft theory* que puede promover el diálogo entre las culturas y defiende las intenciones de las humanidades como ciencias blandas frente a la metodología de las ciencias duras (p. 59).

Según estas especificaciones, entiendo las presentaciones de los *men's studies* y las lecturas de textos de Gutmann y Mirandé, entre otros, la cuestionable delimitación geográfica-cultural de América Latina y las perspectivas de la investigación (pp. 61-86) como una invitación a la elección libre y alusiva de claves para interpretar textos literarios. Se crea una interdependencia entre el mundo creado por los textos literarios, la historia de dictaduras y dependencias poscoloniales de diferentes naciones, los casos particulares de autores y las recepciones diversas que se movilizan entre la periferia y el centro de discursos occidentales.

Grünnagel retoma el género como categoría narrativa llena de índices socioculturales y se inspira de nuevo en la lectura canónica de la narratología de Gérard Genette y Roland Barthes: el sistema binario de la gramática emplea la mimesis, el blanco y la invisibilidad relativa para crear hombres de papel (pp. 87-117). Bajo estas ob-

servaciones, el lector puede preguntarse por qué Grünngel presenta la castración desde la perspectiva sociocultural y psicológica como estructura mental y luego enfatiza en los genitales masculinos para contradecir la interpretación libre como evasión simbólica (p. 126). La anomalía del castrato en el siglo xx se plantea como un incidente del pasado. Una repetición accidental y desgraciada de la figura temible del barroco en *Los cachorros* (1967) y *Los cuadernos de don Rigoberto* (1997) del peruano Mario Vargas Llosa contrasta con las fantasías del escritor argentino César Aira sobre el poder de los cantantes castrados en la Italia del Rococó en *Canto castrato* (1984).

La visión del castrado y el hermafrodita reúnen en la aparición de lo femenino los dos lados de la masculinidad en crisis. La utopía del cuerpo polimorfo y excedente produce imágenes y prácticas de perturbación y provoca la represión bajo el régimen de la masculinidad hegemónica, como demuestran las lecturas de *Os filhos do andrógino* (1976) de Moacyr Scliar y de *Cinismo* (2004) de Sergio Bizzio. Mientras que el discurso del castrado muestra la parte ostentativa de la voz fuerte y poderosa, el hermafrodita siempre pide la condición voyerista: su ausencia en la estructura idiomática binaria y falta de un lugar propio en la cultura conduce a los actos del no dejar ver. Por medio de este motivo se revela la intermedialidad de la configuración hermafrodita, discutida en la presentación de la famosa escultura del Helenismo y la época del Imperio romano, *Hermafrodita durmiente*, que requiere dos perspectivas opuestas y no compatibles. La discusión de la adaptación fílmica *XXY* (2007) del cuento de Bizzio por Lucía Puenzo de-

muestra cómo la aporía de lo indecible se torna en el fetiche invisible.

Como ya dicho, la contraparte del análisis de la masculinidad consiste, según Grünngel, en la perspectiva de la masculinidad femenina de Judith Halberstamm (la masculinidad sin hombres). Esta parte todavía parece menos convencida tomando como ejemplo al etnólogo brasileño Darcy Ribeiro con su novela *Utopia de selvagem* (1982). Su objetivo lo cumple más bien *Solitario de amor* (1988) de Cristina Peri Rossi cuya interpretación repetitiva (se retoma en cada capítulo agregando algunas nuevas facetas) convierte el estudio en una suerte de circularidad: la alusión de castración, la fascinación erótica por el equívoco entre hombre y mujer, la transgresión y disolución del ser masculino por la poli morfía del cuerpo, la reconfiguración de la voz narrativa por el fetichismo masculino. Su libido y potencia, el ser penetrador que desea al otro, es tanto el “hombre sin sexo” como también el “macho cabrío” (p. 558) más allá de la realidad y lógica fálica del ser masculino. En cambio, el ser separado y no deseado pierde su rostro, su cuerpo, su potencia. Finalmente, en las conclusiones de Grünngel, el ser masculino narrativo no se recorta tanto de su contraparte femenina, pero pide una presencia física de los cuerpos movilizados por el deseo. Por lo tanto, el resultado del diseño metodológico de Grünngel no se halla en un perfil distinguido de los *men's studies*, sino más bien en los estudios detallados de perspectivas y situaciones narrativas y sus funciones representativas.

BERNHARD CHAPPUZEAU  
(UNIVERSITY OF WEST BOHEMIA, PILSEN  
/ HUMBOLDT-UNIVERSITÄT ZU BERLIN)

### 3. HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES: ESPAÑA

**Juan Pro:** *La construcción del Estado en España. Una historia del siglo XIX.* Madrid: Alianza Editorial 2019. 761 páginas.

En un momento en que la historiografía española lleva apostando últimamente por periodos históricos más recientes, sobre todo vinculados a la Guerra Civil o al franquismo o incluso a todo lo que tiene que ver con la memoria histórica, es muy de agradecer la publicación de un libro de estas características, centrado en un tema básico de la historia de España, cual es la construcción del Estado. Un tema muy actual y que puede resultar espinoso, cuando desde determinados ámbitos políticos los ataques que pretenden la deslegitimación de dicho Estado son constantes. Incluso, porque desde hace tiempo se venía sosteniendo la teoría de la debilidad del Estado español en el siglo XIX como explicación de la aparición en esa misma centuria de otros nacionalismos, los llamados periféricos. Fue la tesis planteada en su día por el historiador catalán Borja de Riquer y que, en cierta medida, queda desmentida en este magnífico libro del profesor Juan Pro, catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid y uno de los mayores especialistas en la historia de España en el siglo XIX.

De hecho, este trabajo es una obra de madurez que, sin duda, ha requerido de muchos años de estudio y de investigación. Pues solo así se puede entender un libro de estas características, nacido de una reflexión profunda y de un enorme conocimiento de la época. De manera que, en mi opinión, estamos ante uno

de los análisis más importantes que, sobre el siglo XIX, se han escrito en los últimos años. Porque muy pocos autores son capaces de escribir un tomo de esta naturaleza, ya que no se trata de una mera síntesis de trabajos propios y ajenos, sino de una deliberación mucho más honda que busca arrojar luz sobre la propia contemporaneidad de España, que dejó de ser un gran imperio a principios del siglo XIX para convertirse en una nación media dentro del nuevo panorama internacional posnapoleónico. “De imperio a nación”, en expresión feliz del título del famoso libro del profesor Leandro Prados de la Escosura.

En el caso español, la crisis del Antiguo Régimen fue especialmente dura. A la propia invasión del país por las tropas de Napoleón Bonaparte y el cambio de dinastía, pronto hubieron de sumarse los procesos independentistas de las colonias americanas, con lo cual, en muy poco tiempo, España se vio reducida a una potencia secundaria en el concierto de las naciones y a la necesidad de reconstruir sus estructuras políticas, sociales y económicas. Curiosamente, este proceso se inició de manera temprana, en las propias Cortes de Cádiz, donde se empezaron a sentar las bases de la contemporaneidad. Una contemporaneidad que solo se puede entender con la construcción de los nuevos Estados. Si en Francia la Revolución de 1789 había precipitado el proceso, en España fue la posteriormente llamada Guerra de la Independencia la que desempeñó un papel decisivo en este sentido. De hecho, la propia Constitución de 1812 y la obra de Cádiz contribuyeron a

poner los cimientos de este Estado. Desde luego, y tal como lo demuestra Juan Pro, el proceso no fue fácil, ya que las fuerzas identificadas con el Antiguo Régimen siguieron siendo muy poderosas, al menos, durante el primer tercio de toda esa centuria. La construcción del Estado en España se debió, por tanto, a más de una realidad, siendo la de Cádiz una de ellas, pero no la única. Incluso, no fue hasta el término de la Primera Guerra Carlistas cuando la construcción de dicho Estado avanzó con paso firme en España. Y es que la Constitución, entendida en sí misma como un instrumento revolucionario, no solo acabó con la legitimidad tradicional del monarca, sino que puso de relieve todo un lenguaje disolvente a través de conceptos como nación, ciudadano, derechos, deberes, división de poderes o Administración.

Precisamente, la Administración pública fue la herramienta empleada por las nuevas autoridades para hacer realidad las conquistas de la revolución liberal. Aniquilada la monarquía absoluta y, en consecuencia, el poder omnímodo de la Corona, la división de poderes se hizo paso y con ella una Administración que buscaba llevar la acción de gobierno a todos los ciudadanos del país, con independencia de su lugar de residencia. Aunque este proceso no puede ser calificado como de lineal, pues la propia fragmentación del liberalismo presentaba concepciones distintas del Estado y del papel de la Administración. No había un modelo único, por lo que es acertado decir, como señala el autor, que el proceso fue complicado. Porque una cosa era arrumbar el Antiguo Régimen y las bases de la monarquía absoluta, algo en lo que se identificaban to-

dos los liberales, y otra cosa construir una nueva planta estatal. Siendo aquí donde surgieron las discrepancias entre moderados y progresistas durante las décadas centrales del siglo XIX.

Pese a todo, en la España del siglo XIX se logró crear unas instituciones casi de la nada. Se creó un Ejército nacional y se estableció un sistema de reclutamiento de soldados. Se fundaron los nuevos cuerpos funcionariales con sus propios sistemas de acceso. Las secretarías de Estado terminaron convirtiéndose en ministerios, que, además de sus sedes centrales en la capital, se dotaron de distintas delegaciones en las diferentes provincias, en especial, tras la división del territorio en este tipo de demarcaciones en 1833. De suerte que, además de una Administración central, se fue levantando a partir de esa fecha una administración local, donde los ayuntamientos y las diputaciones fueron sus principales protagonistas. De la misma manera, se fue creando un sistema impositivo para sostener el nuevo Estado. Tal es así que el pago de impuestos y el servicio de armas se convirtieron en los dos aspectos fundamentales de identificación de los ciudadanos con el Estado. Otro tanto se podría decir de la Administración de Justicia, ahora nacida como poder independiente, pues los señores ya no podrían ejercer la jurisdicción sobre sus propiedades. Quizás la escuela fue uno de los eslabones más débiles, al contar el Estado con pocos medios para asumir una escuela pública generalizada, habiendo dejado en manos de las órdenes religiosas buena parte de esta tarea.

En unas décadas se fue construyendo en España una nueva planta estatal calificada por Juan Pro como de exitosa.

Ya que, a pesar de ciertas debilidades, la verdad es que el proyecto fue de gran envergadura y afectó a todos los sectores de la sociedad española. Además de aspectos propiamente materiales, hubo también una difusión de símbolos que contribuyeron a identificar a los ciudadanos con el nuevo Estado en construcción. La bandera, la capitalidad, la *Gaceta de Madrid* o la moneda son algunos de ellos. Todos estos elementos y el propio despliegue funcional, perfectamente analizado por el autor, contribuyeron a la construcción de la ciudadanía española. Incluso a la construcción de la nación española. Lo cual no fue incompatible con el nacimiento de otras construcciones nacionales, como la catalana o la vasca. En este punto sí se echa de menos en el libro alguna reflexión al respecto. Por ejemplo, cómo la pervivencia foral contribuyó a generar una identidad vasca perfectamente compatible con la española en un primer momento, para después, ya en tiempos de Sabino Arana, y afectando a una minoría, resultar claramente incompatibles. Fueron construcciones identitarias diferenciadas que, pese a todo, no deben empañar la construcción del Estado en España durante el siglo XIX. Una construcción que, como se demuestra en el libro, fue relativamente temprano y bastante exitoso, pese a las tensiones surgidas a finales de esa centuria con el nacionalismo catalán.

En definitiva, estamos ante un libro sumamente interesante y que, a mi modo de ver, constituye una visión muy original de acercarse a la historia de España del siglo XIX desde otra perspectiva. Juan Pro ha optado por un punto de vista extraordinariamente novedoso en este libro,

analizando la historia de España desde la construcción del Estado, un artefacto propio de la contemporaneidad. Es por ello que deba insistir una vez más en que, para mí, es un libro fundamental para ese periodo de nuestra historia. Y a este respecto, entiéndanse las carencias mencionadas como una crítica constructiva que en nada empaña la valía de una obra cuya lectura recomiendo encarecidamente. Sobre todo, porque estamos hablando de un trabajo muy bien escrito y perfectamente documentado. En definitiva, todo un ejercicio de buena historia.

CARLOS LARRINAGA  
(UNIVERSIDAD DE GRANADA)

**Enric Fossas Espadaler: *Companys, ¿golpista o salvador de la República? El juicio por los hechos del 6 de octubre de 1934 en Cataluña*. Madrid: Marcial Pons 2011. 216 páginas.**

Resulta evidente que la publicación del libro de Enric Fossas (catedrático de Derecho Constitucional de la UAB y antiguo letrado del Tribunal Constitucional) no ha podido ser más oportuna dadas las constantes analogías que, tanto los medios políticos como periodísticos (y a veces también académicos), han establecido entre los hechos del *procés* independentista catalán de 2017-2019 y la rebelión que, entre el 5 y el 6 de octubre de 1934, llevó a cabo contra el gobierno de coalición radical-cedista, presidido por Alejandro Lerroux, el gobierno de la Generalitat, presidido por el dirigente de la Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) Lluís Companys.

Dicho esto, y desde un plano estrictamente académico, ahí se acaban las analogías. Porque, mientras las diversas proclamaciones de la República Catalana, que el presidente Carles Puigdemont llevó a cabo en el otoño de 2017, tenían como objetivo la creación de un Estado-nación independiente catalán, la asonada perpetrada por Companys proponía la conversión de la autonomía regional catalana (como era conocida formalmente la situación jurídica de Cataluña a partir de la puesta en marcha del Estatuto de 1932 aprobado por las Cortes españolas) en un Estado catalán que proponía federarse con otros pueblos y regiones de España para redefinir la república integralista surgida de la Constitución de diciembre de 1931 en una nueva república federal. De ello debería desprenderse que el gesto de Companys y de su gobierno no era salvar la república jurídicamente existente, sino establecer un nuevo marco legal de relación entre las diferentes regiones y territorios que, inevitablemente, de haber triunfado, hubiera probablemente conducido a la redacción de una nueva Constitución.

Sin embargo, como muy bien apunta Fossas, nunca, en ningún momento, parece que la voluntad de los encausados hubiese sido la de crear un nuevo marco jurídico y constitucional, sino más bien defender el ya existente. O, al menos, esa fue la base y el argumento principal que estableció la defensa, liderada por el ex maurista Ángel Ossorio y Gallardo. La idea era resaltar que no hubo ningún tipo de rebelión (o de golpe de Estado) por parte del gobierno Companys. Porque de lo que se trataba era de salvar la república proclamada el 14 de abril, la cual, en su carta magna de diciembre de 1931, ya in-

cluía, según argumento muy forzado de la defensa, su vocación federal al identificar este concepto como sinónimo de integral. De aquí el sentido de la primera parte del título: si fue Companys un salvador de la República o un mero golpista.

Para responder a esta cuestión, Fossas se ciñe a lo que expone el subtítulo del libro (*El juicio por los hechos del 6 de octubre de 1934 en Cataluña*), que es una descripción del juicio que el Tribunal de Garantías Constitucionales (TGC) llevó a cabo entre el 27 y el viernes 31 de mayo de 1935 en la Sala de Plenos del Tribunal Supremo. Así, lo que pone de manifiesto la narración del juicio, pero también, y muy importante, el análisis de la instrucción de la causa es la enorme dificultad con la que instructores, jueces, vocales del TGC y los letrados de las defensas se encontraron para separar los argumentos políticos de los estrictamente jurídicos. Lo cierto, es que ninguna de las partes fue capaz de sustraerse a tal circunstancia. Dicho en otras palabras: era imposible en la medida que se juzgaba una actuación (delito) eminentemente política. Ante esta tesitura, las defensas optaron por una argumentación netamente política, porque lo que resultaba indudable e incuestionable era que Companys y sus *consellers* habían realizado lo que habían realizado: un golpe de Estado (concepto político, que no jurídico) y/o una rebelión (concepto también político, pero con categoría jurídica). Por tanto, la estrategia de la defensa se centró en justificar la supuesta legitimidad de la acción del gobierno de la Generalitat, aduciendo que este se había visto abocado, forzosamente, a la rebelión como consecuencia de la desvirtuación que, del “espíritu del 14 de abril de 1931”

(identificado de forma sacralizada con la legalidad constitucional republicana), habían acometido, a lo largo de 1934, los gobiernos del Partido Republicano Radical (PRR) y el gobierno de coalición radical-cedista gestado la primera semana de octubre.

Que la politización de la justicia en la España de la Segunda República era un hecho incontestable. Sin duda. Como lo es en cualquier momento de la Historia en que se juzga o pasa a los tribunales cualquier acción que posea contenido político. Pero cada coyuntura histórica tiene su propia tendencia, evolución y desarrollo hacia la politización de la justicia, que acaba o puede acabar pervirtiéndose con la judicialización de la política. Por esta razón, lo que también merece la atención del libro de Fossas es cómo se construye en Europa, en los años de entreguerras, un determinado sentido de la justicia y del constitucionalismo, consecuencia de la experiencia de la Primera Guerra Mundial.

Así, la construcción de una Sociedad de Naciones cuya finalidad consistía en arbitrar los conflictos entre naciones, proteger minorías nacionales y sociales, y, en consecuencia, velar por los valores de la democracia liberal en el mundo, fue paralela a la construcción de una visión del constitucionalismo en la que se identificaba este con los valores de la democracia representativa del sufragio universal (al cual se incorporaron las mujeres de forma paulatina durante los años veinte y treinta), ya fuese en forma de República o de Monarquía Constitucional (definida como República Coronada si los monarcas eran auténticamente no responsables en el cometido gubernamental). Una visión del Derecho y del constitucionalis-

mo que tuvo en el austriaco Hans Kelsen su figura señera y en las Constituciones de la República de Austria Alemana y en la de Weimar sus textos más emblemáticos, y en los cuales se inspiraron, en teoría, los constituyentes de la Segunda República española. Ante lo que Fossas también destaca un elemento sumamente importante y poco analizado de la historia contemporánea española: la influencia de la Constitución no nata primorriverista de 1929 en la de 1931, y en la cual ya se apostaba por el sufragio femenino. Un apunte que debería relativizar la exclusiva identificación de constitucionalismo con democracia.

En rigor, estamos ante un estudio muy clarificador sobre el funcionamiento del marco jurídico y constitucional de la Segunda República a través de los ejemplos del conflicto de constitucionalidad/inconstitucionalidad generado por la Ley de Contratos de Cultivo y la rebelión del gobierno de la Generalitat en 1934. Sin embargo, es necesario poner algunos *perros* a la base histórica interpretativa: por ejemplo, parece aceptar el autor, como *verdad* historiográfica única, la visión izquierdista-liberal existente sobre la Segunda República (lo cual no quiere decir, por otro lado, tener que aceptar, por igual de sesgadas y simplificadoras, las visiones derechistas clásicas de la misma); o su insistencia en el tópico que identifica Estat Català (eran las JEREC hasta 1a primavera de 1936, momento en el cual se crea un Estat Català controlado por Dencàs y escindido de ERC, mientras que, al mismo tiempo, se consolidaron unas JEREC dentro de Esquerra de clara filiación pro-Companys) como una organización fascista en lugar de nacionalista revolucio-

naría, y que permitía que convivieran, no sin extraordinarias dificultades en su seno desde independentistas, republicanos, comunistas, filocomunistas hasta filocentistas, antilibertarios y filofascistas. De lo que se desprende una realidad incuestionable: el alejamiento profundo que existe entre el mundo académico del Derecho y del constitucionalismo respecto del de la historiografía; y, por supuesto, viceversa.

DAVID MARTÍNEZ FIOLE  
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA  
(UAB)

**Ludger Mees / Klaus-Jürgen Nagel / Hans-Jürgen Puhle: *Una historia social del vino. Rioja, Navarra, Cataluña 1860-1940*. Madrid: Tecnos 2019. 507 páginas.**

Entre 1989 y 1992, la Fundación Volkswagen financió un ambicioso proyecto de investigación a un prestigioso politólogo alemán, Hans-Jürgen Puhle, y a sus doctorandos, ya doctores, Ludger Mees y Klaus-Jürgen Nagel. El proyecto tenía como objeto los procesos de modernización y la política de intereses en la vitivinicultura española, a partir de los casos de La Rioja, Navarra y Cataluña. La investigación inicial dio lugar a diversas publicaciones y presentaciones en seminarios y congresos a lo largo de la década de 1990 y se plasmó en 2005 en un libro: *Kampf um den Wein. Modernisierung und Interessenpolitik im spanischen Weinbau. Rioja, Navarra und Katalonien 1860-1940*.

El libro que reseñamos es algo más que la traducción de esta obra de 2005: se trata de una actualización, no solo bi-

bliográfica, sino también de algunos de los resultados y conclusiones de *Kampf um den Wein*, a la luz de “las tendencias recientes” y de los nuevos temas de debate, se nos dice en el prefacio. Una historia social del vino condensa, por tanto, la investigación y el sutil análisis de los autores, a lo largo de casi tres décadas, de las transformaciones del sector vitivinícola español entre comienzos del siglo XIX y la Guerra Civil. No quiero con ello decir que Mees, Nagel y Puhle hayan dedicado en exclusiva treinta años a acumular bibliografía, sumergirse en archivos públicos y privados, y recabar información cuantitativa: todo apunta a que, a partir del esfuerzo intenso del cuatrienio inicial, han ido aprovechando, intermitentemente, oportunidades para ver nuevas fuentes, han mantenido su interés por las nuevas publicaciones y han regresado una y otra vez a sus preocupaciones iniciales, sumándolas a las nuevas perspectivas que les ha ido ofreciendo la actualidad sectorial y política.

Las numerosas virtudes y las escasas debilidades del libro que reseñamos tienen mucho que ver con el proceso descrito. Lo primero que resulta patente a quien se acerque a estas páginas es que el contenido del libro está guiado por un modelo teórico coherente: una teoría de la modernización, proceso clave que se entiende a su vez como resultante de subprocesos básicos como la burocratización, la industrialización y la democratización. Independientemente de cómo se juzgue ese modelo de estirpe weberiana que Puhle resume y matiza en las páginas 33-38, el hecho es que su presencia tiene consecuencias a mi entender muy positivas. La primera es que, pese a que los autores mi-

nimicen los mimbres teóricos para construir narraciones históricas propiamente dichas, el texto se abre a la consideración crítica, puesto que enseña sus supuestos e hipótesis, una opción audaz poco habitual en muchos textos de historia, en los que hay que imaginar desde dónde se nos habla a partir de indicios. La segunda virtud es que los autores realizan un ejercicio de historia comparada dentro de un único espacio político, el delimitado por el Estado español, con el objetivo de identificar los elementos comunes y las divergencias a que dan lugar procesos políticos y económicos y políticas comunes en tejidos socio-económicos distintos, aunque relacionados entre sí. Fruto de lo anterior es que, en tercer lugar, el programa de investigación aplicado al Alto Ebro, en particular al espacio ocupado por la actual denominación de origen calificada de La Rioja, y a Cataluña es formalmente casi idéntico —los mismos epígrafes, pero no los mismos subepígrafes en cada uno de los capítulos geográficos— y está organizado de la misma manera: se va de la vitivinicultura actual, “moderna”, a la “tradicional”, para después observar la modernización sectorial, sus implicaciones sociales y su impacto en la representación política de intereses.

Los cambios en las formas de producir uva y vino y en las estrategias de comercialización en diferentes mercados, de por sí un terreno de análisis complejo, se ven completados con el análisis de las transformaciones sociales que las acompañaron: propietarios, colonos, jornaleros, técnicos, bodegueros, mayoristas... y otros grupos preexistentes o emergentes a lo largo de esta historia son descritos y analizados como tales, en sus relaciones entre sí y en sus vínculos con otros grupos ajenos

al sector. Todo ello se corona con un acercamiento a la acción colectiva y a la institucionalización de la representación de intereses por parte de los sujetos del sector y con una lectura sistemática de cómo se fueron configurando las relaciones con el Estado y con los mercados hasta la Guerra Civil. La información proporcionada en estos tres niveles es muy amplia y diversa en ambas regiones y las interpretaciones bien fundadas y, una vez más, con una articulación teórica explícita. Considero que quienes estén interesados en la historia agraria, económica o política del Alto Ebro y de Cataluña, e incluso de España, en el período de 1850-1936, harían mal si no se acercan a la riqueza informativa y hermenéutica de esta obra. Por su parte, ningún historiador de la vitivinicultura puede prescindir de la lectura este libro.

Una ventaja adicional del largo proceso de gestación del libro es que sus autores han podido beneficiarse de lo que podríamos llamar la edad de oro de la historiografía del vino, en la que ellos mismos vienen participando. En 1989, cuando se inició el proyecto de Puhle, Nagel y Mees, apenas había una docena de obras sistemáticas sobre la historia sectorial en la península ibérica. En nuestros días disponemos de una bibliografía muy amplia que cubre la mayoría de los territorios peninsulares productores y que aborda el sector desde puntos de vista diversos: la tecnología productiva, los contratos, la estructura empresarial, el papel de las cooperativas, las organizaciones sectoriales, las políticas públicas, el consumo, la adulteración y la salud pública, el comercio exterior... Junto con los trabajos de la historiografía, se han multiplicado también las obras de encargo de instituciones y empresas,

que pese a su finalidad propagandística y su escaso rigor analítico, en ocasiones proporcionan información interna digna de ser tenida en cuenta. Puhle, Mees y Nagel han hecho uso de gran parte de la bibliografía existente en su trabajo, para recabar información específica y complementaria de la acumulada por ellos y para hacer dialogar sus interpretaciones con las ajenas. La propia referencia a las obras de encargo nos recuerda que en lo relativo a la vitivinicultura, un mundo que mantiene unas relaciones muy particulares con la producción cultural, ese uso explícito de información y ese diálogo no son ni mucho menos la regla.

Pese a todos estos activos, la obra tiene también sus pasivos, que en parte reflejan también esa historia interna del grupo que la ha escrito. Para mí hay uno inicial: el título. Historia social es una etiqueta de difícil definición, porque toda historia es social en el sentido lato de ese adjetivo. Por lo general, cuando se habla de historia social en España, se alude a una tradición historiográfica que en tiempos estuvo delimitada por sus referencias teóricas y que en la actualidad reúne objetos de estudios concretos, alrededor de las relaciones y la estructura social: sin embargo, los aspectos que convencionalmente entrarían en una obra con ese título en España, como las formas de consumo, los problemas vinculados al alcoholismo, el papel del vino en las sociabilidades rural y urbana... no están presentes en el libro que reseñamos. Por el contrario, sí se otorga gran importancia a las políticas públicas alrededor del vino. En todos estos sentidos, creo que el título es equívoco para los posibles lectores.

Un segundo problema está unido de forma doble al concepto de moderniza-

ción. Por una parte, desde el punto de vista más teórico, porque se define un determinado estado en el desarrollo de las tecnologías productivas y las formas de comercialización y consumo que se califica de “tradicional”, con lo que se señala implícitamente que con anterioridad al inicio del proceso de modernización se trataba de una actividad estática, sin dinámicas transformadoras. Si el punto de partida es problemático, todavía más lo es el hecho de que proceso tiene que cerrarse en algún punto, la vitivinicultura moderna, que es imposible fijar en ningún momento salvo con una conceptualización ad-hoc de lo moderno. Por otra parte, y en conexión con lo anterior, el libro no explica por qué un estudio sobre la modernización acaba en 1936, obviando las profundas transformaciones del franquismo y las quizá todavía más amplias que ha experimentado la vitivinicultura en las últimas cinco décadas. En ese sentido, resulta un tanto paradójico que los tres autores inicien sus páginas a partir de datos sobre la producción y exportación de vino y los elementos institucionales más sobresalientes de la vitivinicultura del siglo XXI, para después desplazar su mirada al período 1850-1936, como si los rasgos básicos del sector en 2015 estuviesen ya dibujados en vísperas de la Guerra Civil.

En tercer lugar, creo que la comparación de los dos espacios socio-económicos que protagonizan la obra es, como ya he dicho, muy fértil. Pero las diferencias entre el Alto Ebro y Cataluña en el plano social y en el plano político-administrativo eran y son muy amplias y deberían haber sido analizadas en mayor profundidad. Es la pertenencia de estos espacios heterogéneos a un Estado lo que finalmente

permite la comparación. En este ámbito —en el de la construcción del Estado y de sus instrumentos político-económicos en España, durante el siglo XIX largo— creo, francamente, que falta una mayor actualización de la historiografía manejada, al igual que ocurre en lo relativo a la historia de la agricultura en general. Dudo que mucha gente en el campo de la historia agraria comparta la afirmación —puesta en cuestión al menos desde el pozo de todos los males— de que “el atraso relativo del desarrollo económico español se manifestó en la persistencia de formas de cultivo relativamente extensas y tradicionales, sin apenas racionalidad y mecanización [...], así como en el minifundismo, de baja rentabilidad” (p. 39).

Estos problemas no empecen que, como hemos dicho, Una historia social del vino constituya una obra de gran calidad. Combina la síntesis de una amplia historia político-económica del sector en dos regiones clave del vino español, con una mirada que desborda con creces las fronteras de ambos. Es capaz de integrar campos de análisis, habitualmente separados como producto de la especialización en áreas diversas de quienes trabajan sobre la vitivinicultura. Integra una gran cantidad de información nueva en un texto que efectúa un diálogo abierto con las ciencias sociales. Es, en definitiva, un libro original, complejo y ambicioso, que estoy seguro de que —tras la traducción y ampliación del original en alemán— aparecerá, a partir de ahora, en la lista de referencias de cualquier obra de historia contemporánea de la vitivinicultura española.

JUAN PAN-MONTOJO  
(UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID)

**Diego Díaz Alonso: *Disputar las banderas. Los comunistas, España y las cuestiones nacionales (1921-1982)*. Gijón: Trea (Piedras Angulares) 2019. 399 páginas.**

El punto de partida de este libro es el resultado de una paradoja. Se plantea estudiar la posibilidad histórica en nuestro país de un patriotismo español que reconozca su plurinacionalidad y conviva con ella. Esa mirada se establece desde la izquierda —y, en concreto, desde la comunista—, pero es precisamente esa izquierda la que históricamente ha limitado esa posibilidad al asumir el precepto nacionalista (catalán o vasco) de que España es solo un Estado, y en absoluto una nación o algo que pueda suscitar un sentido de pertenencia colectiva. El asunto es más complejo porque esta afirmación no es sino el resultado final de esta historia; antes, desde 1921, en la aplicación del leninista desmontar para luego volver a montar “libremente”, el comunismo alimentó a un tiempo los autodeterminismos periféricos y un patriotismo español antiextranjero y popular (con la Guerra Civil *patria* como mejor ejemplo y momento, sin olvidar la política nacional del exilio). De esa complicada historia habla este libro.

Estamos ante un excelente trabajo, resultado de una tesis doctoral, tan bien dotado de perrecho empírico como inteligente y ordenado tanto en las posibles preguntas a formular como en la articulación de los argumentos para proceder a las correspondientes respuestas. Un trabajo, además, que, aunque parte del posicionamiento del autor, demuestra de nuevo que, asumiendo una metodología exigente y sin caer en autocomplacencias, no tiene por qué terminar en algo parcial, partidista o limitado en su mirada.

En sus cuatrocientas páginas, a través de un relato cronológico, establece la compleja relación del Partido Comunista, de la Izquierda Comunista de los años veinte y treinta, y, luego, desde los sesenta del siglo xx, de las formaciones surgidas de la Nueva Izquierda y de algunos otros grupos abiertamente nacionalistas con la idea de nación en España. Los hitos básicos pueden resumirse como sigue. Un leninismo doctrinal se impone a cualquier adhesión españolista espontánea para establecer como criterio la defensa de la autodeterminación de las regiones periféricas y el rechazo de un españolismo asociado a la oligarquía de la Restauración. El problema es que esa fórmula solo tiene seguidores, recorrido y convicción en Cataluña, resultado de la propia historia inmediata de esa comunidad. Son los primeros años veinte, donde prima una política de clase que pretende llevar al elemento popular y obrero nacionalista a la adecuada senda que marca el comunismo. La obediencia moscovita es patente en los años treinta, con constantes cambios de posición: de menospreciar la vía estatutaria en la fase estratégica de clase contra clase hasta ir asumiendo su realidad en Cataluña (y luego en el País Vasco) al pasar a la secuencia de Alianza Obrera y luego de Frente Popular. Una dependencia que se observa otra vez en la posición *patriótica* española adoptada durante la Guerra Civil por un PCE que prospera representando a los sectores más moderados en términos revolucionarios y más pragmáticos en relación al resultado final de la guerra. La similitud de la idea de guerra *patria* (más aún que civil) con la que con esa denominación sufrirían los soviéticos un lustro después es clara. Como lo es la reiteración

del nacionalismo español antiextranjero durante los años cuarenta, en paralelo a la identificación nacional de la resistencia antifascista gala o italiana (o de otros lugares) que conducían los comunistas. Pasionaria lo sintetiza en 1941 con precisión: “Mejor Pérez Galdós que Lenin”. Una línea que tiene en España también su “giro de Salerno”, cuando la unidad constitucional patriótica pasa por encima provisionalmente de anteriores anhelos republicanos. Después del fracaso de la “invasión” de Arán, Carrillo vuelve al republicanismo y después de 1953 hace otra vez el viaje contrario. Por esos años está el socialista Prieto envuelto en semejante galletmatías, como se sabe, los dos igualmente improductivos por diversos motivos.

Se aprecia así cómo –aunque el autor no sea de esa opinión; tampoco dice lo contrario– la cuestión nacional, a pesar de su importancia y del interés que le prestan los comunistas españoles, es funcional a su objetivo de clase y de incrementar la presencia y prestigio del partido. Estas formaciones se mueven entre lo oportunista y lo doctrinal, acomodando la realidad a análisis dotados de notable artificio y a las directrices “internacionalistas” dictadas desde Moscú. De ahí esa danza constante de posicionamientos con su correspondiente auge y caída de dirigentes que las representan a cada momento (de Heriberto Quiñones a Comorera), más allá de los incombustibles Carrillo y Pasionaria, obedientes a los aires de aquel siglo de los extremos. Así se explica que en un corto espacio de tiempos sostengan una cosa y su contraria, y que sus argumentos resulten igualmente “científicos”.

Una afirmación que no por eso resta valor a la convicción con que en sitios

como la Cataluña de los años sesenta el PSUC integró bajo un argumento nacional abierto a la gran masa de trabajadores inmigrantes. Algo similar a lo que había hecho el socialismo vasco más de medio siglo antes, pero en este caso enfrentándose a un paralelo vasquismo que aparecía como lo que también ha acabado siendo el catalanismo: el discurso hegemónico de la clase dirigente no precisamente proletaria. El prestigio del partido era en este caso el objetivo último a lograr —y lo hizo—, pero el resultado final invita a la pregunta que se atisba en el libro, aunque no se formula abiertamente: cuando una fuerza social o política disputa en la preocupación, las claves y el terreno ideológico de otra, ¿no resulta indefectiblemente derrotada? ¿No es la historia de esa relación socialismo-nacionalismo un éxito reiterado de los segundos, toda vez que la competición se establece en el campo propicio para estos? El libro está todo el rato sacando la patita por ahí, pero tiene la prudencia de no dejarse ganar en ninguna de sus páginas por un exceso de presentismo y de coyuntura. Otra virtud.

Curiosamente (o no), a partir del segundo franquismo la “mirada españolista” del comunismo hispano desaparece casi por completo y solo se presta atención al escenario de las “nacionalidades y regiones”. Es como si el autor se dejara ganar por la nueva lógica de ese instante: del PCE casi no se habla, pero sí del PSUC, del EPK vasco o de su correspondiente gallego. El PCE renuncia desde el Proceso de Burgos en 1970 a ser el armazón de un discurso españolista popular y progresista, como había sido antaño, como perfectamente podía haber hecho ahora y como le pedía una parte de su base social

que a regañadientes iba asumiendo una lógica territorialista que se imponía a la clase y, a la postre, a la misma democracia. Las advertencias del destino final y la incomodidad del sentimiento comunista con los nuevos paradigmas nacionales son constantes entonces: desde Bandera Roja, Solé Tura anticipa el *pujolismo* y su deglución de la izquierda ya en 1970; los comunistas vascos se incomodan con la función de marca y división social del euskera y en unos pocos años se preocuparán por la posible emergencia de “dos comunidades” (Manu Escudero, 1978) y por la consecuencia letal del terrorismo ultranacionalista; y los nuevos partidos maoístas, trotskistas y consejistas viajan del no nacionalismo (por indiferencia o beligerancia) de sus inicios a la fe autoderminista de la Transición. Los diferentes escenarios catalán, vasco y gallego, condicionados sobre todo por la distinta entidad y papel de sus partidos comunistas regionales, a pesar de que en los ochenta y noventa parecían conducir a realidades harto distintas, confluyen finalmente en el siglo XXI en una coincidente donde se impone el factor territorial sobre otros.

El trabajo del autor sobre algunas cuestiones clave en esos años es digno de elogio por su precisión, seriedad y novedad. A la vista de sus páginas surge la pregunta de si no será a partir de la ruptura entre ETA V y ETA VI, en 1974, cuando el antifranquismo vasco se nacionaliza, y no con motivo del Proceso de Burgos cuatro años antes como se ha venido sosteniendo (de Javier Corcuera al que suscribe). La descalificación del terrorismo como violencia elitista ajena a las masas, que tan bien desarrolló el PCE (y no solo él), acabó enfrentándosele cuando la consecuen-

cia fue un mayor fortalecimiento de aquella organización, cada vez más terrorista y cada vez más nacionalista. El esfuerzo comunista en España y en el exterior en la denuncia antirrepresiva del franquismo en 1970 y 1975 acabó rentando solo al más cerrado mundo de ETA; el EPK se vio entonces desautorizado ya como “españolista”. El postrero esfuerzo carrillista por una España diversa y unida era identificado por el nacionalismo periférico como puro centralismo; más si tenía que ser representado con la bandera asociada a la monarquía (y al franquismo). El último intento por un españolismo popular y progresista resultó baldío. Ni siquiera la bandera republicana, como ocurre hoy, era identificada con la adhesión a un país y sí a una idea vaga de política alternativa.

A partir de ahí, la España de las autonomías —o “la de los Pueblos” de los cantautores— construyó un país parcelado donde la identidad con su conjunto fue monopolizada por la derecha. El PCE izaba la rojigualda en Madrid, pero en Cataluña, Euskadi y Galicia no había más bandera que la local respectiva. Como señala el autor, ese partido realizó un gran esfuerzo nacionalizador español, pero el escenario y una diversidad de factores jugaron abiertamente en contra. Para rematar el fracaso, la nueva generación que alumbraron los ochenta coincidió aquí con una fase ascendente del discurso nacionalista, asociado a una nueva modernidad, donde cualquier argumento alternativo, empezando por aquel patriotismo popular español, resultaba demodé. El realismo y la responsabilidad ante este y otros temas, esta vez, jugó en contra del PCE. Además, la desaparición de la cultura republicana durante el franquismo y

su instrumentalización también por parte de los partidos de izquierda al ponerse en relación subordinada o preferente, según los casos, con la recuperación democrática impidieron contar con una identidad española avanzada políticamente. En su ausencia, las identidades territoriales regionales llenaron el hueco y fueron asimiladas semánticamente con un criterio progresista; la idea de España se hizo de nuevo irremediablemente conservadora y ni siquiera el patriotismo constitucional de después del 23-F consiguió convertirse en un banderín de enganche emotivo. La izquierda no nacionalista en España quedaba definitivamente huérfana de patria. Pérez Galdós había perdido (por el momento)... y con él Lenin.

ANTONIO RIVERA BLANCO  
UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO  
(UPV-EHU), VITORIA-GASTEIZ

Teresa María Ortega López / Ana Aguado Higón / Elena Hernández Sandoica (eds.): *Mujeres, Dones, Mulleres, Emakumeak. Estudios sobre la historia de las mujeres y del género*. Madrid: Cátedra 2019 (Historia. Serie Mayor). 437 páginas.

*Mujeres, Dones, Mulleres, Emakumeak. Estudios sobre la historia de las mujeres y del género* es un libro que, desde mi punto de vista, tiene un doble objetivo. En primer lugar, como se anuncia en la introducción, se trata de un homenaje a Mary Nash por su carrera investigadora y como profesora de la Universidad de Barcelona. En segundo lugar, a lo largo de los 20 capítulos de la obra (divididos en cuatro partes) se desarrollan líneas de investiga-

ción consolidadas sobre la historia de las mujeres y los estudios de género. Con esto me refiero y, aunque no se anuncie explícitamente a lo largo del texto, a que este libro también es un homenaje a las propias autoras de los capítulos escritos, es decir, profesoras e investigadoras asentadas en su carrera académica.

De esta manera, el objetivo principal es homenajear la carrera académica de Nash, como se deja por escrito y se ha comprobado en las presentaciones del libro en varias universidades españolas en donde Mary Nash ha participado y relatado, por ejemplo, cómo accedió a las fuentes de su tesis doctoral que, una vez publicada (en castellano bajo el título de *Rojas: las mujeres republicanas en la Guerra Civil*) ofreció nuevas posibilidades de investigación, como inciden las autoras de los capítulos. La homenajeadada fue una de las primeras investigadoras en acercarse a la historia de las mujeres y los estudios de género en España. Esto se demuestra en sus investigaciones, pero también, por ejemplo, en la traducción en 1990 del artículo de Joan W. Scott (“El género: una categoría útil para el análisis histórico”) que sigue siendo una lectura obligatoria en las asignaturas de género y que ha resultado fundamental para la conformación de la historiografía española.

El homenaje a esta profesora se lleva a cabo en los capítulos de la obra en cuestión. Por ejemplo, en el firmado por Miren Llona y Nerea Aresti que parten de Nash como sujeto histórico con vivencias que pueden ser relatables. A este título, responde la asistencia de la homenajeadada a las I Jornades Catalanes de la Dona (1976). Con esto, se muestra la unión inseparable del impulso del feminismo

en España en el decenio de 1970 con las temáticas feministas desarrolladas en la academia, especialmente la historia de las mujeres.

Algunos capítulos tratan directamente sobre las obras firmadas por Nash. Un ejemplo es el texto de Ángela Cenarro. Esta autora la reconoce como una de las impulsoras del cambio de paradigma pasando de la historia estructuralista o marxista a la búsqueda de los sujetos. Demuestra Cenarro que la idea del progreso circulaba en la historiografía durante los años setenta-noventa y en esta no cabía el sujeto mujer; aspecto que se rompe con la publicación de la tesis de Nash. Una de las consecuencias fue la aparición de nuevas vías de investigación como la historia social o de la familia, la maternidad, la sexualidad, etc.

Vicenta Verdugo rubrica un capítulo donde se hace una relectura de la obra *Rojas...* a través de dos estudios de caso (Pilar Soler y Rosa Estruch) con el fin de continuar el “relato colectivo” o las historias de vida de mujeres anónimas para la conformación de genealogías. A esto ayudaron, desde la divulgación y el afán memorialístico, las grabaciones y transcripciones de Tomasa Cuevas. Asimismo, Verdugo afirma que el primer libro de Nash sirvió para suprimir la idea de la victimización de la participación de las mujeres en la Guerra Civil, calificadas, de manera extrema, como liberadas o subyugadas.

Siguiendo la temática del capítulo anterior, una de las arterias que estructura el libro es el antifascismo y la transgresión, palabra esta última que organiza la tercera parte de la obra. De hecho, destacan algunas autoras que se asocian con temas

de investigación de género y antifascismo como Mercedes Yusta que sitúa el antifascismo en un marco más amplio, especialmente como un movimiento transnacional y afirma que existió un antifascismo con rasgos femeninos. En este mismo apartado, Mercedes Arbaiza escribe sobre las mujeres en la Transición española desde el giro corporal y el de las emociones. Esta misma cronología investiga Mónica Moreno Seco desde un punto de vista interseccional analizando mujeres que transgredieron los límites de la política, la edad, la clase y el género.

En relación al segundo objetivo que he señalado al principio de esta reseña, sirve este libro como lugar recopilador de las teorías desarrolladas sobre la historia de las mujeres. Así, los capítulos se pueden comprender como grandes resúmenes de las líneas de investigación, aunque otros son reflejo de la aplicación de las últimas tendencias historiográficas.

Siguiendo el título de la obra, que consiste en la traducción de la palabra mujeres a las diferentes lenguas del estado español, se recogen estudios que cubren variados espacios de España. Este es el caso de Granada que presenta Rosa María Capel. Con este escrito, regresa al que fue su primer tema de investigación: el sufragio femenino durante la Segunda República. Este capítulo, al retomar sus primeros intereses académicos, es la prueba de que la obra es un (auto)homenaje a la carrera investigadora de muchas compañeras que quieren cerrar un círculo que comenzó en los años setenta. De todas formas, en esta investigación se echa en falta la citación de las publicaciones más recientes sobre el sufragio en época republicana.

Algunos textos, como el de Ana Aguado Higón, recogen un tema desarrollado a lo largo de su carrera profesional y publicado, en este caso, en forma de libro. Explica la cultura política socialista a partir de un sujeto: María Cambrils. La autora la propone como un ejemplo de la intersección entre los discursos de clase y los feministas (por ejemplo, denunció el carácter indisoluble del matrimonio) en los años finales del siglo XIX y los primeros del nuevo siglo.

En cuanto a la forma del libro, se divide en cuatro grandes apartados. Los tres primeros tratan sobre investigaciones centradas en España y están clasificados por orden cronológico partiendo desde los primeros años del siglo XX hasta la Guerra Civil. En la segunda parte se abordan los años cuarenta-cincuenta, aproximadamente, y la tercera parte, como había indicado con anterioridad, se dedica a la transgresión durante los últimos cincuenta años del siglo XX. Por último, el apartado cuarto queda un tanto desligado al contemplar capítulos que se alejan de la cronología principal, como el de María Dolores Mirón Pérez sobre las genealogías, temática que aparece varias ocasiones en esta obra, de arquitectas del periodo de la antigua Grecia. Asimismo, este apartado se sale de las temáticas de contenido histórico con el capítulo firmado por Cándida Martínez López, directora actual de la revista *Arenal*, en donde se trata la relevancia de esta revista, avance en el tiempo, su consolidación, los retos que quedan en la historia de las mujeres, etc.

Por último, me parece relevante rescatar algunos de los planteamientos que las editoras de la obra subrayaron en la

introducción. Apuntan la relevancia del giro subjetivo en la historia de las mujeres y del género y, en mi opinión y tras la lectura de los capítulos, no solo se tiende a esa búsqueda de las subjetividades en los sujetos del pasado, sino que también se aprecia en algunas temáticas escogidas por las autoras. El ejemplo más patente es el texto de Pilar Ballarín Domingo, ya que parte de su propio testimonio, de sus reencuentros con objetos, con libros, para desarrollar su capítulo. En este caso, parte de los manuales y libros de texto que ella y algunas de sus predecesoras emplearon y analiza qué mujeres, es decir, sujetos históricos, aparecen en estos y cómo son presentadas.

Asimismo, a la par que se presentan temáticas desarrolladas durante décadas de investigación, en gran parte de estas se incluyen las últimas tendencias historiográficas. Por ejemplo, la importancia que se aporta al espacio físico como recoge Susanna Tavera en la intersección entre la conformación de una ciudad y los primeros esbozos del feminismo en el espacio catalán. A esta tendencia podemos sumar la historia de las emociones, ya citada en el texto de Arbaiza, y también desarrollada por José Javier Díaz Freire y la idea del amor cortés analizada a través de textos de Unamuno, Ortega y Gasset, Zambrano y Chacel.

Debido a la amplitud de la obra, y la falta de espacio en esta reseña, se quedan en el tintero algunas autoras que rubrican textos en esta obra. Creo necesario, aunque sea en este corto espacio, continuar su homenaje citando brevemente sus investigaciones. Rosario Ruiz Franco realiza un análisis del discurso de la ley del divorcio en los años republicanos; Luz Sanfeliu

Gimeno firma un capítulo sobre la Unión Republicana Femenina; Montserrat Duch Plana subraya los cambios en la profesión de las maestras catalanas entre la Segunda República y el franquismo cuando fueron depuradas; Elena Hernández Sandoica prosigue la línea de investigación del espacio público, a través grandes figuras de mujeres rusas durante los primeros años del siglo xx; Teresa María Ortega López regresa a su investigación sobre las mujeres campesinas en España; María Dolores Ramos Palomo se engloba en los estudios sobre la transgresión a través de la Agrupación de Mujeres Antifascistas y, por último, pero no por ello menos importante, Pilar Pérez-Fuentes analiza las masculinidades a través de un análisis transversal en la Cuba casi noventayochista.

IRENE MENDOZA MARTÍN

(UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID)

**Juan Carlos Jiménez Redondo: *España y Portugal en los siglos xx y xxi. Geopolítica de una vecindad conflictiva*. Granada: Comares (Colección Historia). 151 páginas.**

La obra del Dr. Juan Carlos Jiménez Redondo, *España y Portugal en los siglos xx y xxi*, es una obra imprescindible para conocer la realidad de ambos países ibéricos. Consta de siete capítulos, que tratan del universo peninsular y de la obsesión portuguesa por “el peligro español”. De hecho, España sufrió, a partir de 1640, un complejo de amputación, y desde esa época la raya que divide España y Portugal se convirtió en el territorio más pobre de ambos Estados. Y, de hecho, la vecindad entre los municipios fronterizos se

consagró con una frase siempre repetida de “*costas viradas*” o con un refrán, “*De Espanha ni bom vento ni bom casamento*”.

Como señala el profesor Juan Carlos Jiménez los dos últimos siglos la relación bilateral sucumbió a las discordancias centrípetas y centrifugas. De hecho, entre los portugueses no hay un consenso sobre el concepto de lo ibérico, porque siempre han considerado que es una palabra retórica, que usan los españoles y que tiene por objetivo satelizar Portugal, o peor aún anexionarse su país. Con todo, lo más reseñable es que Portugal y España, desde finales del siglo xv conectaron, prácticamente, todo el globo llegando a los territorios más aislados. Y esa proyección hispano-lusa les permitió articular el primer sistema internacional que produjo la mundialización y establecieron los fundamentos de su estructura geopolítica y geoestratégica.

A diferencia de lo que ha sucedido en España, los portugueses tienen un sentido identitario muy arraigado y consiguieron establecer su Estado en una época muy temprana. Y eso constituyó una alteridad con todo lo que es español. Los tópicos de la relación peninsular pueden seguirse con la persistencia del mito “*alem do mar*”, según el cual Portugal para huir de las pretensiones territoriales españolas se habría refugiado en el océano Atlántico dando la espalda a España. Y, de hecho, las relaciones comerciales y económicas entre España y Portugal durante el siglo xx fueron muy marginales. Por otra parte, si comparamos estas relaciones de España con Francia establecieron una tupida red de conexiones tanto ferroviarias como viarias, además de la mutua influencia cultural y económica. A diferencia de lo

que ha sucedido entre España y Portugal que cada intento de crear infraestructuras ha sido un calvario. Como puede evidenciarse con la imposibilidad de comunicarse con un tren de alta velocidad.

El colonialismo español y portugués condujo a rebajar la capacidad operativa tanto de España como el de Portugal, con la salvedad de que el gobierno de Lisboa consiguió hasta 1974, mantener el Tercer imperio. Otro aspecto mimético entre ambos Estados fue la pulsión autoritaria que se produjo en los años veinte del siglo pasado en el que Portugal tuvo la dictadura de Salazar y España la de Franco, durante cuatro décadas. Con la época de la globalización se ha hecho más permeable el discurso colectivo, y ha permitido tanto a España como en Portugal reforzar su potencial demográfico a partir de la llegada de emigrantes de otras latitudes. Portugal tiene una mayor cohesión territorial que la que tiene España, también, aún padecemos el síndrome de la Guerra Civil, lo que ahonda en la fractura de una sociedad más tolerante.

Otro de los grandes tópicos de las relaciones peninsulares es el del fantasma del “*peligro español*”. El autor, se interroga en el sentido de que sí, verdaderamente existió como tal. Sea como fuere Portugal consiguió establecer un sólido Estado-nación para construir un Estado independiente. Otro aspecto imprescindible de la relación bilateral es que a lo largo de la historia las relaciones ibéricas se habrían caracterizado por la lógica básica de la contradicción según la cual, la potencia menor, Portugal en ese caso, se habría visto obligada a concentrar sus intereses para defenderse de España, que podía ser una potencia agresiva. Por ello el proyecto de-

fensivo luso generó una visión antiespañola de carácter estructural y permanente que llevó a creer que los españoles siempre querían destruir Portugal.

El iberismo, des de la perspectiva portuguesa, era el caballo de Troya por el que España se apoderaría de Portugal. Esta lógica básica de conflicto estructural existió, prácticamente, durante el siglo XIX. De hecho, como señala Juan Carlos Jiménez Redondo, el caso del iberismo decimonónico es paradigmático en un triple sentido: porque no fue capaz de llegar a tener influencia política que permitiese hacer el proyecto unificador se pudiese llevar a la práctica. También porque el iberismo era contradictorio con las tendencias básicas de ambos Estados. La lusa porque tenía una raíz marítima e imperial y de espaldas a Europa, y la española con una dirección terrestre peninsular y continental, con presencia en el norte de África y que aún conservaba la dimensión iberoamericana. Y, finalmente, porque el iberismo nunca fue un proyecto alternativo de nada.

El tránsito de Portugal en el siglo XX estuvo marcado por la crisis terminal de la monarquía que quedó desestructurada por el mazazo del Ultimátum de 1890. Fue por esa causa que Portugal decidió entrar en la Gran Guerra, al lado de los aliados para salvar su imperio africano. El gobierno democrático cayó en el marasmo y creyó que el objetivo de España era anexionarse Portugal. No obstante, la política española protagonizada por Alfonso XIII cambió y a diferencia del 1919 en que mostró su deseo anexionista, entonces se mostró más cauto en relación a la situación internacional que no era muy clara. Iniciada la Segunda Repúbli-

ca, Salazar actuó en consideración a las amenazas que se le presentaban y procuró alcanzar lo que consideraba sus intereses nacionales y procuró defender su régimen recién implantado, lo que le supuso afrontar los riesgos que representaba la oposición política a la dictadura. Para el Estado Novo el peligro español de verdad apareció cuando se instituyó la Segunda República, a la que Salazar demonizó de inmediato, haciéndola perversa desde su inicio e intentando concentrar todo su apoyo para unificar el régimen.

La Estrategia de España y Portugal durante la Segunda Guerra Mundial fue diferente. Así, mientras Franco optó por una inserción en el nuevo orden fascista, Salazar se orientó a una fórmula de coexistencia. La declaración de diciembre de 1942 señalaba que la península adoptaba la forma de un sólido Bloque Ibérico, demostrando que la idea de homogeneidad y dependencia mutuamente establecida por los regímenes autoritarios mostraba una función defensiva y trataba de acercarse a los aliados pensando en el nuevo orden de posguerra. Salazar apoyó entusiásticamente el golpe de Estado de Franco y para ello estableció un cordón militar en la frontera occidental y para mantener a los “rojos” controlados envió a las 2.000 o 3.000 personas refugiadas en Portugal a campos de concentración.

La obra de Jiménez Redondo también resalta los grandes vectores de la geopolítica autoritaria peninsular. Igualmente, el capítulo dedicado a Iberoamérica como comunidad imaginada es destacable por lo que los portugueses definen como comunidad luso-brasileña, pero, para los portugueses, la pretensión española de incluir a Brasil e incluso al propio Portugal

en el tronco común de la Hispanidad les revolvió las tripas.

Otro aspecto relevante de la obra del Dr. Jiménez es la diferenciación de los imperios ibéricos. El trauma del 98 obligó a las élites españolas a buscar el sucedáneo norteafricano. Mientras que Portugal continuó aferrado al Tercer Imperio, que hizo que se uniese ante ese nuevo reto descomunal y patriótico. El último capítulo trata del posiberismo y peninsularidad. La aportación peninsular al proyecto

europeo en crisis, y los procesos transicionales de ambos países con la llegada de las democracias. De hecho, esta obra sobre las relaciones entre España y Portugal tiene la capacidad de analizar la relación entre los dos pueblos que van entendiéndose dentro de un mundo cada vez más complejo y globalizado.

JOSEP SÁNCHEZ CERVELLÓ  
(UNIVERSIDAD ROVIRA I VIRGILI,  
TARRAGONA)

#### 4. HISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES: AMÉRICA LATINA

Markus Eberl: *War Owl Falling. Innovation, Creativity, and Culture Change in Ancient Maya Society*. Gainesville: University of Florida Press 2017 (Maya Studies 14). 290 páginas.

Markus Eberl es un arqueólogo especializado en las tierras bajas mayas del Clásico. En su libro se plantea la tarea de explicar el cambio cultural de las sociedades mayas del clásico (250-900) a través de los conceptos de innovación y creatividad. Haciendo uso de sus propias investigaciones arqueológicas en los sitios Nacimiento y Dos Ceibas del sureste del Petén, Guatemala, tanto como de datos de otros centros mayas, la base empírica de sus argumentos se va elaborando de manera saturada.

Metodológicamente, Eberl tiene un acercamiento tanto multidisciplinario como comparativo al tema de la innovación. Entre sus principales referencias se incluyen obras de la arqueología, antro-

pología, epigrafía y filosofía, cuyas implementaciones se encuentran frecuentemente enriquecidas por datos etnohistóricos de la época colonial. Los capítulos abundan en comparaciones explicativas que vienen de otras épocas históricas y regiones ajenas como Australia y Tasmania, Europa, Tíbet o el mundo musulmán, entre otras. Sus diversos instrumentos analíticos se componen igualmente por el concepto de *habitus* de Bourdieu, la “rutinización” de Giddens o la fenomenología de Husserl. A pesar de la aparente diversidad de sus escritos, Eberl logra una suficiente concentración temática en cada uno de sus capítulos, los cuales además están concebidos como ensayos autónomos. Acompañando los siete capítulos se encuentran imágenes de alta calidad, los cuales sirven además para ilustrar sus argumentos teóricos. Al enfocarse en el icono del búho, Eberl explica el surgimiento de este como símbolo de la élite para significar la guerra durante el periodo Clásico tardío (a partir de 550) para ser

transformado al fin del periodo en un motivo artístico, empleado también en contextos residenciales fuera del ámbito elitista para significar cambio e innovación.

En el primer capítulo, se presentan los conceptos claves empleados para explicar la relación entre innovación y cambio social en sociedades antiguas a partir de una discusión sobre los murales de San Bartolo y el *Popol Vuh*. El segundo capítulo se propone identificar la creatividad a través de los juegos de símbolos en los hallazgos arqueológicos. Aquí, el autor reflexiona sobre los modos de cómo hacerse con conocimiento dentro de estas sociedades, así como sobre las capacidades creativas entre los mayas clásicos, apoyándose en las imágenes del dios creador Itzamnaaj y su donación de alas a los colibrís como un acto de innovación. El espejo, que forma parte del nombre Itzamnaaj en la escritura jeroglífica, es interpretado como símbolo maya de creatividad y aprendizaje. “Creatividad”, concluye Eberl, “cuestiona la interpretación mental corriente del mundo... [y]... encuentra nuevas relaciones entre los elementos para convertirlos en símbolos” (p. 64). En el tercer capítulo, Eberl introduce a la incrustación de creatividad en las relaciones sociales a través de las representaciones de la corte real maya como nexo de creación y aprendizaje artesanal. La creciente extensión y diversificación de la élite maya, perceptible en los sitios de excavación trabajados por el propio Eberl, tendió a fomentar relaciones sociales más allá de lo jerárquico y a dispersar el conocimiento cultural hacia regiones fuera de los centros urbanos.

La producción artesanal y sus circunstancias en relación con innovaciones son el tema del cuarto capítulo, en el

cual Eberl introduce un mapa cognitivo que llama “el jardín de los senderos que se bifurcan (The Garden of Forking Paths)”. En su modelo de innovación, “... individuos crean continuamente relaciones entre pasado, presente, y futuro por medio de la lógica [...] El proyectar acciones futuras para alcanzar al objetivo implica trazar caminos específicos y delinear el mapa cognitivo, siguiendo un viaje mental por diferentes caminos” (p. 113). Tomando varios ejemplos de la artesanía maya, Eberl refuta la contradicción entre innovación y tradición establecida en el pensamiento occidental y razona en favor de su combinación en el proceso abierto de la innovación. El quinto capítulo trata las relaciones entre estatus, poder e innovación, trazando la dispersión de símbolos de autoridad y nobleza —como el juego de pelota, la estera y el bastón— en el sitio de Copán. Durante el siglo VIII, concluye Eberl, los últimos reyes clásicos de Copán tuvieron que renegociar su estatus, por lo que incluyeron más y más plebeyos. Esta participación extendida fomentó la innovación, pero, eventualmente, también la agitación. En el capítulo 6, Eberl contempla la función atrayente del liderazgo maya a través de las conexiones materiales entre las familias reales, las otras élites y la gente común. En vista de la creciente dispersión de los glifos del búho y del *ajaw* (señor) entre las élites de baja nobleza y la mayor visibilidad pública de los reyes hacia el fin de la época clásica, Eberl identifica la constante necesidad de innovaciones sociales, en vez de innovaciones tecnológicas, para el mantenimiento de la cultura y sociedad. Siguiendo este camino, el último capítulo sostiene que una investigación concentrada en la innovación debe

ser disociada de la noción de progreso y debe de poner más énfasis en la agencia de individuos que en modelos del *habitus*: “Las invenciones manifiestan visiones alternativas de la cultura y, al adoptarlas de manera diferente, los miembros de la sociedad dan forma al discurso público. Las innovaciones tienden un puente entre las realidades y los deseos sociales” (p. 213). Con el libro *War Owl Falling*, Markus Eberl ha contribuido al estudio de los mayas clásicos de una forma que combina de manera innovadora lo descriptivo y empírico con la interpretación sociológica.

LASSE HÖLCK  
(FREIE UNIVERSITÄT BERLIN)

**Eva María Bravo-García (2018): *Las voces del contacto. Edición y estudio de las Relaciones geográficas de México (siglo XVI)*. Varsovia: Facultad de “Artes Liberales”.**

El volumen objeto de esta reseña viene avalado, entre otras cosas, por el Consejo Europeo de Investigación, quien otorgó su apoyo para la realización de esta edición. En él, se recopilan 23 relaciones mexicanas elaboradas entre 1579 y 1582, documentos todos ellos originales, en los que intervinieron escribientes indígenas, criollos y españoles. La precisión y el rigor en el aporte detallado de los intervinientes preside cada una de estas relaciones, que se agrupan según las diferentes áreas y las distintas autorías e intervinientes, ya que en el proceso de redacción de estos singulares documentos intervenían, según demuestra la investigadora, diversos ejecutores. Así, por ejemplo, para el área de Zimapán:

**Conduce:** Alexo de Murguía (juez repartidor)

**Presentes/testigos:** Juan de Placencia, Francisco Hernández de la Puente

**Informantes:** testigos e informantes nativos: don Martín, Francisco Jiménez, don Francisco y otros muchos naturales.

**Intérpretes:** Garcí Gómez (lengua mexicana), Pedro Nicolás, indio (alcalde e intérprete de otomí a lengua mexicana).

**Escribano:** Antonio Ruiz Beltrán.

La edición de estos documentos de una parte, ya lo hemos dicho, ofrece una importante y variada nómina de escribientes, en consonancia con los diferentes orígenes de los miembros de la nueva sociedad colonial (indígenas, criollos y españoles), muchos de ellos escribanos de profesión, dado el carácter oficial de los mismos: Antonio Luis Beltrán, Gonzalo de Rojas (escribano), Francisco de Villacastín (escribano e intérprete), Juan de Tolosa Olea, Francisco de Villafuerte (escribano), Toribio de Mediavilla (escribano), Esteban Gutiérrez (escribano), Cosme Damián, Francisco Sánchez Moreno (escribano), Francisco de Molina (escribano), Valentín de Jaso, Benito Martínez, Alonso López (escribano), fray Bernardo de Santa María, Juan Pérez Bejarano (escribano), Hernán García Ruiz (escribano), Alonso Vázquez (escribano), Alonso García (escribano), Alonso Cid (escribano), Cristóbal Godínez (corregidor), Marcos de Berrearza (escribano), Pedro de Monjaraz (corregidor), Diego Pérez (escribano), Francisco Dávila.

Los documentos han sido transcritos con rigor científico, en concreto, según los criterios de la Red CHARTA 2013, de la que se hace un uso, en mi opinión, muy adecuado al evitar la redundancia

que supone ofrecer dos transcripciones, siendo que la segunda no aportaría nada relevante. Antecede a la magnífica edición de estos valiosos materiales un corto pero excelente estudio, que prepara al investigador para iniciar la lectura de estos singulares manuscritos. En él se comienza con una panorámica general del espacio geográfico en el que se gestaron estos documentos y de los motivos históricos que llevaron a su creación. A continuación, se introduce al lector en las peculiaridades de producción de los manuscritos, mostrando que constituyen una nueva tradición discursiva: las relaciones geográficas. La autora da cuenta, con cuadros explicativos, de las peculiaridades que encierra este tipo textual, así como del peculiar modo como se realizaban dichas relaciones. Pone así de manifiesto, entre otras cosas, el importante papel que desempeñan estos textos para el mejor conocimiento de la realidad mexicana tanto en el momento en que fueron escritas como en época prehispánica, pues muchos de sus informantes fueron indígenas. Los aspectos lingüísticos son, asimismo, analizados, sobre todo en lo que tiene relación con las innovaciones propias de la nueva tradición discursiva como, por ejemplo, el desarrollo de estructuras formularias específica para referenciar las fuentes que se utilizan en su confección. La autora, asimismo, llega a interesantes deducciones relacionadas con el estudio de los fenómenos fonéticos hallados en algunos de estos escritos y su relación con el contacto intenso del castellano con las lenguas indígenas de la zona, sobre todo el náhuatl, en que se gestan estos escritos. Cierra la edición con seis interesantes anejos, que constituyen en sí mismo, en

su mayor parte, interesantes análisis del contenido de esta singular edición. Estamos, pues, ante una excelente edición de indudable interés científico para no pocas disciplinas: la lingüística, la historia, la etnografía, etc. que amplía los horizontes de viejos y nuevos investigadores.

ROSARIO NAVARRO GALA  
(UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA)

Nora E. Jaffary / Jane E. Mangan (eds.): *Women in Colonial Latin America, 1526 to 1806*. Indianapolis: Hackett Publishing Company, Inc. 2018. 286 páginas.

*Women in Colonial Latin America, 1526 to 1806* reúne una notable colección de fuentes primarias, la mayoría traducidas por primera vez al inglés, que ofrece al lector una mirada sobre la vida cotidiana de las mujeres en un amplio espectro geográfico, social, étnico y cultural. Así, los documentos se refieren a experiencias de mujeres europeas, indígenas, africanas y mestizas, pobres y de familias acomodadas, libres y esclavas pertenecientes al mundo rural o urbano de España, Portugal, la región de los Andes, México, Brasil y de la península de la Florida.

El amplio y variado rango de los documentos, sin embargo, no es aleatorio. Su selección busca responder a uno de los temas clave para la historia de las mujeres en la etapa colonial: ¿cómo las mujeres interactuaron con instituciones que eran dominadas por los hombres? En función de ofrecer respuesta a aquel interrogante, el libro se organiza en 21 capítulos que dan cuenta de la vida individual de las mujeres reflejada a través de los testamentos, los

expedientes judiciales, las peticiones a las autoridades, los contratos de trabajo y la correspondencia o los diarios personales. Cada capítulo contiene una breve introducción que contextualiza geográfica y temporalmente la documentación y en la cual también se plantean interesantes interrogantes que pueden ser utilizados como guía para la lectura de las fuentes. Además, en cada capítulo también se sugiere bibliografía de referencia y un listado de los temas generales abordados.

La estructura del libro se organiza en forma cronológica, pero, a su vez, se evidencia un nucleamiento temático que posibilita la reconstrucción de una imagen más matizada y rica de las experiencias de las mujeres al interior del sistema legal e institucional colonial. En este sentido, tres grandes tópicos del campo de la historia de las mujeres –la familia, el mundo del trabajo y la religión– constituyen ejes transversales de la documentación seleccionada.

Las nociones de maternidad, femineidad y las expectativas sobre el comportamiento adecuado de la mujer pueden ser advertidas en los juicios sobre abuso sexual y las acusaciones de aborto incluidos en los capítulos 7, 12 y 21. A su vez, las relaciones matrimoniales y cómo los límites a la autoridad que los esposos ejercían es apreciada en las cartas incluidas en el capítulo 5 o en el juicio sobre abuso físico transcripto en el capítulo 8.

Las actividades laborales y el manejo de los recursos económicos por parte de las mujeres son abordados en el capítulo 1, 3 y 16, que contienen los testamentos de una mujer indígena perteneciente a la élite, Isabel Moctezuma; dos indias propietarias; una morena libre; una mestiza y una criolla de la élite rural. Pero también este

tópico se encuentra reflejado desde otro ángulo en los contratos de trabajo; en un juicio por hechicería realizado contra una curandera y en el reclamo de una esclava a explotar una porción de una hacienda con árboles de cacao, incluidos en los capítulos 6, 11 y 16. Asimismo, diversas estrategias de las esclavas para obtener la libertad se hallan retratadas en los capítulos 2 y 15.

Por último, el rol que cumplieron en el proceso de evangelización y las distintas apreciaciones que las mujeres esgrimieron sobre sí mismas pueden ser observadas en el diario de viaje escrito en la travesía desde México hacia Manila por sor Ana de Cristo, incluido en el capítulo 9; en los escritos de una esclava que servía en el convento de Santa Ana, presentado en el capítulo 10, o en las investigaciones efectuadas respecto de la fundación de un convento para novicias indígenas incluidas en el capítulo 13.

En síntesis, *Women in Colonial Latin America, 1526 to 1806*, constituye un valioso recurso para estudiantes e investigadores interesados tanto en la historia de las mujeres como de la etapa colonial en Latinoamérica en tanto la variedad y riqueza de su compilación documental no solo posibilita la reconstrucción de una imagen más compleja de aquel período sino que, como señalan las editoras, permite comprender los mecanismos por los cuales las mujeres utilizaron los recursos legales en su propia ventaja, en qué ocasiones estaban en desventaja frente a la ley o cuándo esta no fue suficiente para asistir las y protegerlas.

RAQUEL BRESSAN  
(UNIVERSIDAD NACIONAL DE GENERAL  
SARMIENTO LOS POLVORINES,  
BUENOS AIRES)

**Javier Ortiz Cassiani:** *Un diablo al que le llaman tren. El ferrocarril Cartagena-Calamar*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica 2018. 201 páginas.

La historia ferroviaria de Colombia es una veta de investigación que, en su mayoría, ha sido trabajada por aproximaciones de corte económico y empresarial. Como contrapunto a esos enfoques convencionales, el libro de Javier Ortiz presenta una perspectiva que pareciera estar más cerca de la historia social y cultural. Esto en la medida que demuestra un marcado interés por la forma en que el Ferrocarril Cartagena-Calamar, inaugurado un 20 de julio de 1894 y objeto central de su estudio, transformó las prácticas, las representaciones de lo cotidiano y hasta la memoria popular de las poblaciones costeras que atravesaba la línea. Así, este trabajo constituye un esfuerzo novedoso por rescatar un conjunto de voces, actores y experiencias poco conocidas por la historiografía, y que adentran al lector en la metamorfosis cultural vivida por el caribe colombiano en el marco de la fiebre ferrocarrilera que tuvo lugar entre los siglos XIX y XX como parte de la modernización del Estado.

Aunque el libro pertenece a la colección “Historia” del Fondo de Cultura Económica, es preciso anotar que su estructura argumentativa no se ciñe a un estricto estilo historiográfico. De hecho, este no parece ser propósito del autor, quien deliberadamente hace constantes guiños a otros géneros textuales, como la crónica y el ensayo, que le han acompañado en su faceta como periodista. Quizás sea esa la razón por la cual la investigación tiene facilidad de llegar a diferentes audiencias,

sin descuidar, por supuesto, el empleo de un rico acervo de fuentes primarias que incluye documentación oficial, diarios de viaje, fotografías, canciones, poemas y, de manera bastante acertada, testimonios orales recogidos por el mismo Ortiz en las localidades que alguna vez asistieron a la llegada de la locomotora como presagio de civilización y progreso nacional.

El libro consta de dos partes: una de carácter contextual en donde Ortiz reconstruye los agónicos esfuerzos de la Colombia decimonónica para definir una política ferroviaria mediante concesiones extranjeras; y una segunda mitad de cariz más contemporáneo en donde los poblados atravesados por la ruta Cartagena-Calamar entran en escena a través de remembranzas de actores regionales que vieron alteradas sus rutinas sociales con la materialización del proyecto, el cual sería finalmente desmontado en 1951 bajo la presidencia de Laureano Gómez. Cabe añadir, que esta segunda parte de la obra es antecedida por una reflexión crítica del autor respecto a la memoria hegemónica que ha privilegiado el pasado colonial de ciudades como Cartagena y que, en vista de dicha primacía patrimonial, ha tendido a difuminar el recuerdo de trenes y estaciones que se instalaron de forma duradera en la tradición oral y en los afectos de quienes aún los evocan con nostalgia. De esta manera, el libro apuesta por alternar un juego de escalas que se inician en lo nacional, y desembocan en experiencias provinciales presentadas por el autor en un tono más íntimo y despojado de lenguajes académicos.

Ortiz ubica las primeras proyecciones para surcar la república con ferrocarriles a finales de la década de 1820, cuando

Simón Bolívar solicitó a dos militares europeos levantar un plano del istmo panameño, el cual sugiriera la ruta más eficaz para trazar una línea férrea o, en su defecto, un canal que conectara los dos océanos. Aunque la comisión cumpliera con los plazos fijados y consignara sus resultados en órganos de difusión científica como la revista *Philosophical Transactions of the Royal Society of London*, las ferrovías de Panamá solo llegaron a ser tangibles a mediados del siglo XIX, impulsadas por la fiebre del oro californiano y construidas por ingenieros estadounidenses en un entorno agreste que arrastraba el estigma colonial de ser espacio “salvaje” pero abierto a la misión civilizatoria de la locomotora. Lo que siguió a la inauguración de la línea fue una cadena de tensiones diplomáticas entre el imperialismo informal estadounidense y la joven república colombiana, asunto que alentó la búsqueda de una nacionalización de obras posteriores.

Esa consigna tuvo que esperar hasta las bonanzas agroexportadoras del decenio de 1920. En un “paneo” de varias tentativas decimonónicas de modernización, Ortiz concluye que la política ferroviaria colombiana no logró desmarcarse de un modelo de contratación inestable basado en compromisos desproporcionados adquiridos por el gobierno con hábiles empresarios extranjeros que lograron sacar partido de un Estado débil. Tales flaquezas estructurales ya habían sido advertidas por trabajos referenciales como el del sociólogo antioqueño Alberto Mayor Mora, con quien el autor entabla un somero diálogo antes de examinar otras dimensiones del tema poco tocadas en estudios previos, principalmente para el caso de la región Caribe.

Una de estas es, sin duda, la dimensión cotidiana. Además de constituirse en elementos protagónicos de la literatura de viajes, los trenes modelaron una novedosa fisionomía del paisaje costero y activaron circuitos comerciales de los cuales emergieron municipios con dinámicas que gravitaban en torno a las noticias y mercancías traídas por estos. Al desplazar presidentes y notabilidades políticas a poblados recónditos, se legitimaron como dispositivos con la autoridad de movilizar los discursos y la simbología del Estado. A esto se suma el hecho de que los vecinos de las vías se hicieran a una nueva experiencia temporal traducida en el ajuste de sus relojes cada vez que arribaba el ferrocarril, a nuevas estéticas musicales que empleaban sus viajes como telón de fondo narrativo y, en resumidas cuentas, a modos populares de apropiación que desbordaron los propósitos originales para los cuales este había sido construido.

Dichas interacciones moleculares con el moderno vehículo ganan sentido al ser vistas en conjunto en la segunda mitad del libro. Inspirado por los estudios subalternos y la llamada historia “desde abajo”, el autor recurre a la entrevista como un recurso metodológico que le permite construir relatos colectivos de pueblos aledaños a la extinta línea Cartagena-Calamar. Soplaviento, Hatoviejo, Arjona y Turbaco son algunas de las localidades en las que una predominante memoria oral se convierte en un cuerpo de testimonios presentados por Ortiz a manera de “reconocimiento epistemológico” de aquellas “voces bajas” que no pertenecen al discurso estatista, pero sin las cuales es imposible reconstruir el complejo en-

tramado de sentidos y polémicas negociaciones alrededor del ferrocarril. Es así como las experiencias de comerciantes, pescadores, maquinistas y operarios retirados, conforman un registro contemporáneo susceptible de ser cotejado con fuentes más trajinadas de la fiebre ferrocarrilera como las memorias de Miguel Samper, Salvador Camacho Roldán, el presidente Rafael Reyes o poetas como José Asunción Silva y Rafael Pombo, todos ellos presentes en la primera mitad del libro.

Un diablo al que le llaman tren, aparece entonces como una iniciativa valiosa del renovado interés por el pasado ferroviario colombiano. No tanto por llenar vacíos historiográficos de la dinamización comercial en el Caribe, como por exponer mediante un ameno hilo conductor de tono divulgativo, la creatividad cotidiana con la que sectores subalternos desconocidos por el discurso histórico, adaptaron la función disciplinante de un símbolo industrial a sus necesidades inmediatas, así como a sus formas de significar una geografía cambiante como la del actual departamento de Bolívar en su tránsito al siglo xx. Se resalta, una vez más, el uso de diversas entradas empíricas que posibilitan reescribir una historia más completa de la accidentada aventura ferrocarrilera del país. Una aventura de victorias efímeras y de una crisis prolongada que se inició con la difusión del transporte automotor en las décadas de 1930-1940, dejando un sinsabor generalizado que hasta la fecha pareciera mantenerse en la opinión pública.

ÓSCAR DANIEL HERNÁNDEZ QUIÑONES  
(UNIVERSIDAD DEL ROSARIO, BOGOTÁ)

Rielle Navitski: *Public Spectacles of Violence. Sensational Cinema and Journalism in Early Twentieth-Century Mexico and Brazil*. Durham: Duke University Press 2017. 344 páginas.

Para el filósofo James Dodd, la violencia encierra en sí un problema de significado: “Violence is situated in world of sense, but in a manner that seems to hold it apart from all sense. This anarchy undermines our capacity to hold it in place”.<sup>10</sup> La investigadora Rielle Navitski utiliza esta reticencia fenomenológica y la ambivalencia moral de la violencia como lente para leer los conflictos de la modernización en México y Brasil a principios del xx. La autora demuestra cómo la compleja trama de realidades violentas y ficciones sensacionalistas (re)producidas por textos filmicos y literarios pone la vida cotidiana en escena y propone un modo de leerla para las incipientes audiencias nacionales. Los regímenes sensacionalistas enmarcan la realidad de la violencia en discursos moralistas, los cuales legitiman los costos sociales y políticos de la modernidad global. Así, los espectáculos públicos de la violencia se vuelven documentos de la modernización capitalista, excluyente y abusiva. El análisis de Navitski retrata con detalle la compleja interconexión de actores, experiencias, discursos y contextos divergentes en transición. Sin embargo, en el transcurso de la argumentación, la historicidad y polisemia de la violencia se pierden de vista. En este sentido, la obra aborda solo parcialmente “la anarquía semántica de la violencia”, planteada por Dodd.

<sup>10</sup> Dodd, James. 2009. *Violence and phenomenology*. New York/London: Routledge, p. 15.

El análisis de Navitski toma un enfoque “intermedial” (p. 8), el cual explora intersecciones entre recreaciones de crímenes violentos en el cine mudo, películas regionales de aventuras inspiradas por tendencias internacionales, melodramas cinematográficos e impresos en serie, obras de teatro, reconstrucciones de obras perdidas, reportajes y críticas de cine en la prensa especializada y la general. La densa red de textos fílmicos y literarios se analiza en dos contextos desiguales mediante una “triangulación comparativa” (p. 4): México (1896-1927), donde la industria de cine se desarrolló dentro del marco nacional, y Brasil, (1906-1930), donde la producción cinematográfica funcionó de forma descentralizada. La argumentación se estructura en cinco capítulos con un orden cronológico. El análisis articula cuatro focos: la violencia, el sensacionalismo popular, las experiencias de la modernización y las geografías de la modernidad. Navitski remarca que, pese a las estrechas conexiones entre los medios visuales e impresos y las élites nacionales, los discursos de modernización demuestran cierta ambigüedad (pp. 40 y 201). Así, la criminalidad y los riesgos del avance tecnológico, el cual facilitaban la circulación irrestricta de objetos y personas, aparecen en las narrativas y discursos como indicadores del progreso nacional (p. 175).

El sensacionalismo popular, entendido como forma cultural capaz de provocar respuestas poderosas, sensoriales, emocionales y morales mediante la dramatización de la realidad (p. 2), es para la autora un modo de producción cultural distintivo de la modernidad latinoamericana, donde el progreso resignifica viejos y nuevos problemas sociales (p. 16).

Mediante el uso de tecnologías visuales y retórica melodramática, las ficciones sensacionalistas hacían inteligibles –determinaban y legitimaban– para las incipientes audiencias nacionales los conflictos de la modernización, dándole un carácter a la vez fascinante y macabro (p. 83).

En las “geografías de la modernidad” (p. 118), la relación centro-periferia funciona como lugar de enunciación y como tema de las narrativas sensacionalistas. Mientras que las urbes son postuladas como *loci* del progreso y de su contracara violenta, el espacio rural se presenta a las audiencias como riqueza nacional, pero también como prueba del atraso (p. 200). Esta asimetría se manifiesta de modo más claro en la producción de películas regionales en el *sertão* brasileiro y su recepción por la prensa carioca, la cual reconocía su aporte a la industria nacional, pero criticaba las tramas inspiradas por los *westerns* y la estética realista del filme natural por su anacronismo y falta de atractivo para la audiencia moderna (p. 203). Aun cuando la cultura visual sensacionalista mexicana y brasilera puede ser interpretada a la luz de los discursos ambiguos de modernización nacional, la comparación revela el mayor peso de la relación metrópolis-periferias en el caso brasileiro y, en el mexicano, de la compleja relación de amor-aversión hacia culturas visuales importadas del norte global. Para Navitski estas tensiones entre lo local, lo nacional y lo global revelan la complejidad de una modernidad multitemporal y heterogénea (pp. 2 y 175).

Con ciertas diferencias, el sensacionalismo popular de principios del siglo xx resuena para Navitski en los actuales espectáculos públicos de violencia paraesta-

tal en Brasil y México (pp. 255 y 258). Al respecto se plantea la pregunta de si la continuidad histórica expuesta no alude más a la matriz de la modernidad que a los espectáculos de violencia en sí. Otro aspecto descuidado por el análisis es la polisemia de la violencia. ¿Qué significados adquirió la violencia en los intersticios de la modernidad, más allá de la relación centro-periferia? La inclusión de las miradas subalternas presenta siempre un desafío para el trabajo historiográfico, debido a su presencia fragmentada en los archivos. Sin embargo, un análisis más detenido de la polifonía hubiese hecho un gran aporte al complejo estudio de los espectáculos públicos de la violencia en México y Brasil a principios del siglo xx, desarrollado por la autora.

AGUSTINA CARRIZO DE REIMANN  
(UNIVERSITÄT LEIPZIG)

**Antonio Monte Casablanca: *Paisaje/Sujeto/Nación. Turismo e inversión en Nicaragua (1892-1940)*. Managua: IHN-CA-UCA 2017. 168 páginas.**

Desde abril de 2018 la crisis política en Nicaragua se ha desarrollado de manera violenta, afectando fuertemente al sector turístico. Según los informes de la Cámara Nacional de Turismo, más del 50% de los empleados en este sector han perdido sus trabajos a causa de los enfrentamientos violentos entre el régimen de Ortega y los manifestantes. Como consecuencia de que los ingresos generados por el sector turístico están cayendo continuamente, el Producto Bruto Interno del país también se redujo, ya que casi el 5% de este

es generado por el turismo. Esto muestra la importancia del turismo en Nicaragua, especialmente desde las últimas décadas.

Aunque existen estudios básicos especialmente de disciplinas como la antropología, estudios culturales y postcoloniales, el turismo, en el contexto centroamericano, es un fenómeno poco tocado por la academia. Desde la perspectiva global, desde los años noventa entramos en una época de turismo de masas. El sector turístico se convirtió en un generador de fuentes de trabajo y con esto en un elemento significativo de las economías locales, por lo que parece importante girar la atención a un fenómeno que tiene su base a lo largo del siglo xix, y analizarlo desde la perspectiva histórica.

Por lo tanto, ¿cómo se puede construir un país como Nicaragua en el siglo xix que, por un lado, comparte ciertas características con sus países vecinos, pero al otro lado quiere ser “único” en Centroamérica? Esta interrogante se planteaban las élites nicaragüenses mientras reflexionaban sobre la imagen de Nicaragua, conectándola con sus esfuerzos de modernizar el país y entrar en el “concierto de las naciones”. Este siglo fue fundamental para la concepción de los estados centroamericanos y sus sistemas políticos, como también su inserción en el capitalismo global. Especialmente mediante el modelo económico de las agroexportaciones (café, bananas, etc.), junto con el proyecto político que se puede determinar con los ejes orden, progreso y modernización, las repúblicas centroamericanas se presentaron como “un laboratorio” de conocimientos, experiencias y culturas híbridas de elementos del Norte y el Sur Global. Es ahí donde entra también la hipótesis central del his-

torizador nicaragüense Antonio Monte Casablanca cuando afirma que el “turismo e intervención son elementos significativos del discurso del progreso del país” (p. 11). Esto se observa en el análisis discursivo, que es el elemento metodológico del libro.

El libro, que además fue la tesis de maestría de Monte, es más que una historia del turismo de Nicaragua. Monte se enfoca en las narrativas de las élites nicaragüenses entre 1892 hasta 1940, periodo en el que se construye “el paisaje nicaragüense como un paraíso terrenal y catalogan los cuerpos que lo habitan según criterios de raza, primordialmente el mestizaje” (p. 11). De esta manera, se encuentran tres ejes centrales en el libro: el paisaje (lagos, montañas, bosque tropical, volcanes), el sujeto (cuerpo) y la nación (narrativa) que el autor des- e interconecta con mucho talento analítico y lingüístico. Sus fuentes principales son las guías de turismo publicadas entre 1892 hasta 1940 y que se encuentran en su mayoría en el archivo del Instituto de Historia de Nicaragua y Centroamérica en Managua. Este material fue hasta entonces poco tocado, lo que hace a la presente investigación innovativa.

El libro de Monte se compone de cinco capítulos temáticos, enmarcados por una introducción y un epílogo. En el primer capítulo, Monte contextualiza los guías de turismo y propone una descripción general. Los cuatro capítulos siguientes tratan de desenterrar “las metáforas utilizadas por los grupos dominantes para imaginar, pensar, ordenar y organizar el país” (p. 13). El capítulo dos es el paisaje en función del “desarrollo”, y la inserción de Nicaragua en la economía capitalista globalizada. En una manera similar a como en las obras de viajeros

e intelectuales como el estadounidense Ephraim George Squier (1821-1888) y el francés Paul (Pablo) Lévy (†1886) Monte hace énfasis en que los textos en las guías turísticas fueron concebidos para atraer el capital extranjero y financiar así la modernización del país. El tercer capítulo hace énfasis en la exclusión discursiva de las comunidades indígenas en las guías de turismo. En el contexto de las políticas “liberales” de fin del siglo XIX, Monte analiza esta contradicción presente dentro del país, y la percepción imaginaria de su élite: por un lado, un país moderno, lleno de riquezas naturales, pero al otro lado “arcaico”, pobre y subdesarrollado. Lo último está representado en las guías, donde Monte afirma que el indio está “presente” solo para hacer énfasis al pasado (pp. 77-78), que es un pasado colonial abstracto. De esta manera la élite señala de forma explicativa cuál es la posición de las minorías, sean indígenas o comunidades afrocaribeñas: abajo y marginalizadas, si no abrazan lo moderno. El capítulo cuatro trata de cómo en las guías hay un intento de apropiarse de la naturaleza y de sus riquezas para el mundo moderno, representado en Nicaragua desde la época colonial por el deseo de construir el canal interoceánico. Ahí Monte muestra de forma muy viva cómo las ciencias y el mundo moderno quieren racionalizar el supuesto “desorden” y lo “anárquico” de un país tropical del Sur Global. Finalmente, en el capítulo cinco Monte analiza a quienes se quedaron afuera de las políticas inclusivas, enfatizando no solamente otra vez a las comunidades indígenas o afrocaribeñas, sino también a las mujeres.

Con mucha sensibilidad Monte detecta las estructuras de poder en el lenguaje,

en las frases y en las palabras usadas en las guías, lo que constituye una medida estructural del libro. Otro de los méritos de este libro es que Monte muestra la larga duración del imaginario colonial hasta el siglo XIX y los principios del siglo XX. Monte afirma que este legado colonial “nutre las fantasías, deseos e ideologías estructurantes de nuestro universo simbólico y, además, teje los vínculos afectivos e identitarios de la cultura nacional nicaragüense” (p. 13). En la intertextualidad Monte observa una proyección predominante considerando Nicaragua como “un paraíso prometedor”, primero establecido por Cristóbal Colón durante su cuarto viaje a las Américas, y luego por sus seguidores.

Junto con esto Monte se enfoca también en las narrativas de lo femenino y masculino en la descripción del país. Monte habla de una “erotización del paisaje por medio de la feminización de sus descripciones” (p. 50), en su mayoría hecho por hombres empresariales, especialmente del Norte Global. Ahí, en la periferia, en Centroamérica, se manifestaron las ambiciones de estos hombres, para invertir y sacar los bienes. Los hombres de la élite “local” o “nativa” presentaron los paisajes femeninos y vírgenes, para que aparezcan “accesibles” para el inversor. Este desapoderamiento de lo femenino se refleja también en la política, donde los actores políticos intentaban disminuir el rol de las mujeres, limitándolas al ámbito de la casa, al cuidado de los niños y como representantes y guardianas de la moral cristiana. Entonces, la nación nicaragüense se convierte —como metáfora— en lo masculino y la tierra, en lo femenino.

El panorama que nos ofrece Antonio Monte Casablanca es rico y diverso, por-

que el libro no solamente nos cuenta una historia de las mentalidades de las élites nicaragüenses durante el fin del siglo XIX y los principios del siglo XX. También se puede leer el libro como una historia de la violencia en Nicaragua: si se trata de “penetrar” el paisaje virgen (lo femenino) por parte del capital extranjero y la supuestamente “modernización” (p. 73), o de la exclusión de los indígenas a través del discurso desarrollista (pp. 69-94), Monte muestra las estructuras hegemónicas y de poder, muchas de las cuales se pueden detectar hasta nuestros días. Los países del Sur Global (todavía nombrados como “Tercer Mundo” o “países subdesarrollados”) permanecen aún en la imaginación conectados con imágenes estereotípicas, como playas blancas de arena, el mar azul, el bosque tropical y con sus etnias y culturas “originales”. Hoy en día el etnoturismo quiere captarlos y popularizarlos en los nuevos medios para que un nuevo ciclo de penetración del capital extranjero empiece. En este sentido, el estudio de Monte enriquece nuestro panorama del fenómeno del turismo y contribuye a la historia de Nicaragua y de la región centroamericana.

Laurin Blecha  
(INSTITUT FÜR GESCHICHTE,  
UNIVERSITÄT WIEN)

**Eric D. Duke: *Building a Nation. Caribbean Federation in the Black Diaspora*. Gainesville: University Press of Florida 2016. 359 páginas.**

Um dos temas que tem gerado um expressivo interesse acadêmico na atualida-

de é relativo à diáspora africana ou negra. Na obra *Building a Nation. Caribbean Federation in the Black Diaspora*, Eric D. Duke parte de um recorte histórico sobre a formação da Federação das Índias Ocidentais, para associá-lo a um debate mais amplo, que diz respeito aos ativismos negros em diferentes países, bem como à construção coletiva do conceito de nação.

Nesse sentido, o autor apresenta determinadas políticas da diáspora negra, assumindo-as de um modo amplo, para abarcar uma gama de atividades e de objetivos de inúmeras organizações ligadas à raça e aos ativismos do contexto político, incluindo tanto esforços nacionalistas quanto internacionalistas. A sua opção por “diáspora negra”, ao invés de “diáspora africana, nos permite relacionar diferentes comunidades negras fora da África continental, como a do Caribe, a dos Estados Unidos e a da Grã-Bretanha.

Este estudo distingue o “transnacionalismo das Índias Ocidentais” do “ativismo da diáspora negra”. O primeiro deles é uma expressão do nacionalismo das Índias Ocidentais além das fronteiras da região, apesar do foco principal estar nela. O segundo é uma forma de transnacionalismo mais centrado na diáspora negra em sentido mais amplo, o que inclui o continente africano.

Na introdução, Duke contextualiza a situação colonial caribenha para o seu leitor: no topo dessa sociedade, estava um pequeno grupo de colonizadores brancos, enquanto que, na base, havia os escravos africanos. O espaço entre essas duas extremidades era preenchido por escravos libertos, descendentes de africanos, negros ou mulatos. Como consequência dessa distribuição social, as questões que

envolvem raça inevitavelmente marcaram o passado da região, ao passo que também formataram muitas visões de seu futuro, pois esse sistema produziu uma hierarquia de raça, cor e classe que permaneceu como uma característica da região durante o século xx.

*Building a Nation* proporciona uma leitura esclarecedora sobre as colônias das Índias Ocidentais e sobre muitos movimentos ativistas da diáspora negra, com suas questões relacionadas às tentativas de construção de uma nação. Desta forma, a obra apresenta a história diaspórica da Federação do Caribe como um ponto de partida para se explorar várias outras questões relacionadas às lutas das sociedades coloniais marcadas pela segregação racial.

O texto retoma algumas fases importantes da história mundial, dentre as quais destacamos o movimento abolicionista (entre 1770 e 1830). Esse abolicionismo se fortaleceu no Império Britânico, gerando algumas incertezas sobre o futuro da população afro-caribenha, principalmente entre aqueles que haviam sido escravizados. Sobre esse aspecto, muitos representantes das Índias Ocidentais, de um lado, apontaram a necessidade de suprimir a discriminação racial dessas sociedades, a fim de favorecer liberdade política, social e econômica aos que deixavam de ser escravos. Por outro lado, algumas autoridades previam que essas ideias receberiam muitas críticas por parte da população branca, tradicional detentora dos poderes na região.

Tais críticas fundamentavam-se primordialmente nas noções de inferioridade africana e de superioridade europeia, que tinham muita legitimidade em meados do século xix, devido a estudos

científicos que tornavam populares os determinismos raciais, influenciando, assim, as políticas públicas. Esses debates ideológicos sobre o futuro da região, que giram em torno das capacidades de autonomia e governabilidade dos afro-caribenhos, pautados em noções raciais, são apresentados de um modo bastante rico e detalhado, por meio de citações dos discursos institucionais e de aportes teóricos efetivamente claros.

O primeiro capítulo trata do período que corresponde ao final do século XIX até a década de 1920. Nele, ganham notoriedade as conceituações em torno da formação de uma nação unificada nas Índias Ocidentais. Observa-se, ainda, uma visão geral das propostas da Coroa e das oligarquias brancas das Índias Ocidentais para essa federação, além da percepção tradicional da historiografia deste período. Ademais, o autor destaca a ideia de ativistas do Caribe acerca da federação, bem como as expectativas de diferentes movimentos negros da diáspora, demonstrando a forma com a qual os conceitos de raça influenciaram os projetos de federação neste período, um tópico cada vez mais em debate entre políticos, ativistas e organizações de dentro e de fora do Caribe durante a Primeira Guerra Mundial.

No capítulo 2, o pesquisador examina a história da Federação do Caribe, dos anos de 1930 até o fim da Segunda Guerra Mundial. Segundo o texto, o aumento dos movimentos políticos marcou sobremaneira esse período dentro das colônias inglesas no Caribe, enquanto que o ativismo anticolonial também crescia em outras regiões da diáspora negra. Nesta época, com exceção de Barbados e de Bahamas, as Índias Ocidentais permane-

ceram sob o regime da Colônia Real, que restringia a pequenos grupos o acesso à economia, à política e à ascensão social. Nesse quadro, examina-se a busca constante pela autonomia de governo e pela formação da nova nação, trazendo para a reflexão o papel de organizações ativistas dos Estados Unidos e da Grã-Bretanha, relacionando constantemente esses movimentos políticos às ideias de raça.

O terceiro capítulo investiga a transição da Federação do Caribe entre o estágio de projeto e sua concretização, no período entre a Segunda Guerra Mundial e o pós-guerra. O foco da seção está na relação entre a diáspora negra e as políticas internas das Índias Ocidentais. Aqui, o autor posiciona essa reflexão no contexto da fundação das Nações Unidas e do Quinto Congresso Pan-Africano, apontando para o fortalecimento das ações colaborativas entre afro-americanos, moradores das Índias Ocidentais e ativistas africanos.

O capítulo 4 explora os últimos passos para a criação da Federação do Caribe, na década de 1950, até a sua inauguração, em 1958. Segundo o estudo, desde o início do período em análise, as opiniões divergentes dentro de praticamente todos os grupos envolvidos continuavam a existir, sobretudo no que diz respeito à conquista da autonomia de governo e ao desenvolvimento da nação, individual ou coletiva, dado que uma das principais questões na época era saber se a consciência regional existia e qual seria a sua importância para a identificação dos diferentes povos da região de uma forma unificada.

No epílogo, Eric D. Duke sintetiza algumas discussões sobre os problemas inerentes à nova nação, sobre a relação en-

tre as unidades membros e o seu colapso quatro anos após a sua criação, sob a ótica de autoridades das Índias Ocidentais, de discursos diaspóricos e de expatriados. Nessa análise, o autor divide a Federação das Índias Ocidentais em dois momentos: os primeiros dois anos, nos quais a nação buscava transpor uma série de obstáculos para o seu desenvolvimento, e os últimos dois anos, que demonstraram o fracasso em superá-los.

Dentre as razões para essa existência tão breve estariam fatores externos e internos, representados pelo papel da instituição colonial britânica e pelo foco na falta de habilidade dos participantes da Federação em concordar a respeito de pontos constitucionais cruciais. No que se refere às questões raciais, uma das causas dessa queda seria o fracasso do nacionalismo crioulo multirracial, que teria expressiva relevância para a formação de uma unidade regional. Nesse quadro, o autor pontua que a Federação do Caribe teria incorporado um projeto de construção de uma nação negra fora da África e uma busca pelo ativismo da diáspora negra ligado às lutas africanas e da América negra no século xx.

Em resumo, o leitor encontrará nesta obra muitos dados históricos específicos de um contexto colonial britânico, que envolvem discursos oficiais sobre a autorregulação de povos dominados pela Coroa britânica, com explicações geográficas e políticas. No entanto, a contribuição de maior relevância está na relação constante que o autor constrói, de uma forma muito esclarecedora, com as noções sociológicas de raça e nação, ampliando as possibilidades de compreensão sobre os poderes tradicionalmente concedidos aos

brancos e as lutas inerentes à trajetória emancipacionista dos negros.

DÉBORA AMARAL DA COSTA  
(EUROPA UNIVERSITÄT VIADRINA,  
FRANKFURT AN DER ODER / UNIVERSIDA-  
DE FEDERAL FLUMINENSE-NITERÓI)

**Vania Markarian: *Uruguay, 1968. Student Activism from Global Counter-culture to Molotov Cocktails*. Oakland: University of California Press 2017. 230 páginas.**

En mayo de 1968 estallaron en la ciudad de Montevideo unas protestas estudiantiles extensas que duraron hasta octubre del mismo año y que solamente se pueden comparar con los movimientos coetáneos en México y Brasil. El libro de Vania Markarian analiza el movimiento estudiantil del Uruguay durante el año 1968 en el contexto de la crisis económica, social y política de la década de los años sesenta que llevaron al golpe de Estado de 1973. El libro conecta el enfoque en el desarrollo de la izquierda política del país con lo que se ha llegado a denominar “los sesenta global” o “el 1968 global”, poniendo especial énfasis en el surgimiento de una cultura juvenil durante los años sesenta que se nutrió fuertemente de símbolos, ideologías y prácticas de la contracultura de la época oriunda de Estados Unidos y Europa adaptada por los estudiantes uruguayos a la realidad nacional.

El desarrollo de la izquierda política después de la Revolución de Cuba de 1959 y el surgimiento de una “nueva izquierda” o “izquierda revolucionaria” durante la década de 1960 es un campo

establecido de la investigación sobre la posguerra latinoamericana, y el caso de los Tupamaros en el Uruguay es igualmente un fenómeno bien investigado en el contexto de los movimientos guerrilleros del subcontinente. Sin embargo, el vínculo entre izquierda política y cultura juvenil no ha sido abordado mucho hasta ahora. Siguiendo el camino abierto por las investigaciones del historiador estadounidense Eric Zolov sobre el auge de la contracultura mexicana el libro de Vania Markarian abre nuevas perspectivas para ampliar la historia social y política de la época por un análisis de las expresiones culturales tanto en Uruguay como en América Latina en general.

El libro se basa de una parte en las revistas nacionales de la época y en la documentación de la Universidad de la República. Además, el libro es el primer estudio que incluye entre sus fuentes una parte recientemente desclasificada de la documentación del archivo de la Dirección Nacional de Información e Inteligencia (DNII) de la policía uruguaya. Asimismo, la autora analiza diferentes medios culturales e inserta episodios biográficos de artistas jóvenes de la época.

Después del planteamiento del tema y del enfoque, la autora recapitula en la introducción del libro la historia política del Uruguay durante las décadas de 1950 y 1960. Los tres siguientes capítulos de libro se dedican a las formas de movilización de la protesta estudiantil, a las discusiones ideológicas entre los grupos estudiantiles y otras facciones de la izquierda política, y a las expresiones culturales de la protesta estudiantil. Con respecto a las formas de protesta la autora destaca el surgimiento de nuevas estrategias que

contrastan con las movilizaciones masivas y organizadas de épocas anteriores lideradas por partidos y sindicatos, como eran las manifestaciones *flash*, las ocupaciones de espacios públicos acompañadas de fiestas espontáneas e improvisadas. Además, en las protestas de los estudiantes abundaron las referencias a la acción y, sobre todo en el caso de los varones jóvenes, a las expresiones físico-corporales que incluyeron actos de violencia contestados por las fuerzas de policía.

La intrusión de grupos de jóvenes de estudiantes en el campo establecido de las movilizaciones de la izquierda política tradicional provocó fuertes debates sobre los medios, contenidos y fines justos de la protesta y del rol de los estudiantes en el proceso social y político en general. Los diferentes grupos coincidieron en su oposición contra las medidas de austeridad del gobierno, como era el incremento de las tarifas del transporte público, o las demandas clásicas de los sectores laborales. Sin embargo, las acciones espontáneas y menos organizadas del sector estudiantil, como también su base ideológica heterogénea y flexible, chocaron a menudo con las ideas de la izquierda política tradicional, especialmente los comunistas. Aun así, más allá de un conflicto de generaciones o de una oposición entre comunistas y nueva izquierda las tensiones eran la expresión de una creciente radicalización de la izquierda política uruguaya en general, lo que llevó también a una cantidad considerable de estudiantes de unirse a las filas de la guerrilla.

Ante este trasfondo, Vania Markarian interpreta los meses de protesta del año de 1968 como el nacimiento de una nueva generación y de un activismo so-

cial y político original. Según la autora, esto se ve claramente en el análisis de las expresiones culturales de la nueva protesta, como son los íconos de héroes de la lucha política, desde Ernesto Che Guevara hasta los mártires locales de la protesta estudiantil, como también las referencias transnacionales muy diversas a artistas, filósofos y momentos políticos de la época, de Daniel Viglietti a los Beatles, de Herbert Marcuse a Frantz Fanon, de Vietnam a Checoslovaquia. Como en otros movimientos estudiantiles de la época, las acciones performativas superaron las ideologías fijas, y las movilizaciones llevaron a los jóvenes de origen de clase media y media alta a tomar nuevos caminos hacia el inconformismo y a cuestionar roles establecidos de género, aunque a las jóvenes mujeres les costó más definir nuevos espacios individuales y sociales frente al heroísmo masculino dominante.

CHRISTIAN BÜSCHGES  
(UNIVERSITÄT BERN)

**Fernando López D'Alesandro: *Vivian Trías, el hombre que fue Ríos. La inteligencia checoslovaca y la izquierda nacional, 1956-1977*. Montevideo: Debate 2019. 384 páginas.**

Vivian Félix Fernando Trías (1922-1980) fue un destacado dirigente político e intelectual uruguayo. Se afilió al Partido Socialista (PSU) a los dieciséis años. En 1956 ocupó por suplencia un escaño en la Cámara de Diputados. En 1958 se convirtió en secretario general del partido. Desde entonces comenzó a destacar por su abundante publicística historiográfica,

política y periodística, labor por la que se lo reconocerá y ganará trascendencia. Su evolución en el campo teórico lo llevó a una confrontación ideológica y también por el liderazgo del partido con su líder tradicional, Emilio Frugoni. Mientras que Frugoni representaba la línea socialdemócrata tradicional de los partidos de la Segunda Internacional, Trías se mostró sensible a las orientaciones del socialismo en un sentido nacional, popular y antiimperialista, fuertemente influido por los aportes del marxismo-leninismo, lo que en virtud de su liderazgo y su autoridad intelectual terminó redefiniendo la línea ideológica y política del partido. En 1962 participaría de la formación de la Unión Popular, compuesta por el PSU, militantes escindidos del Partido Nacional liderados por Enrique Erro y otras fuerzas políticas menores. La experiencia se saldaría con una derrota: Trías perdió su banca y renunció a la Secretaría General del partido. En 1971 se sumó al Frente Amplio y fue electo diputado ese año. En 1973 apoyó el pronunciamiento militar, convencido de que se trataba de un proceso político de índole nacional, popular y progresista, similar al encabezado por el general Velasco Alvarado en Perú o el teniente coronel Torrijos en Panamá. Sus esperanzas fueron defraudadas: tras el golpe fue proscrito y cesanteado de su cargo docente. Fue arrestado varias veces y recluido en un recinto militar.

En el año 2017 dos periodistas que investigaban las vinculaciones de los servicios de inteligencia del bloque socialista con organizaciones políticas de Brasil dieron a conocer que Trías colaboró entre 1964 y 1977 como informante y activista de la inteligencia checoslovaca

(StB). Desde una perspectiva historiográfica se trataba de una interesante novedad, porque ponía al descubierto las relaciones de los servicios de inteligencia del bloque socialista con organizaciones políticas latinoamericanas de izquierda, por fuera de las tradicionales relaciones de los partidos comunistas nacionales con la URSS. La revelación supuso un fuerte revulsivo para todo el campo de la izquierda uruguaya, pero también a escala regional, dada la trascendencia de la obra escrita de Trías, constituyéndose en un polarizador de posiciones sobre su legado. El centro de la polémica fue la contradicción que suponía el hecho de que Trías, enrolado en la corriente política e intelectual conocida como la izquierda nacional, que había hecho del tercerismo –por tercera posición: equidistancia de los grandes polos de poder: EE UU y la URSS– un núcleo central de sus convicciones, hubiera sido agente al servicio de un país del bloque socialista. Pero también sirvió para revisar sus controvertidos posicionamientos políticos e intelectuales en unos años de extrema agitación en su país y también en la región. En cuanto la información adquirió una relevancia sustancial se abrió la polémica ente defensores y detractores. Entre los argumentos de estos últimos estaba el de traición a la patria y a su partido, al que había manipulado para ponerlo al servicio de las operaciones de la StB.

Pero quizá el planteamiento impugnatorio más profundo y radical provenga de quien en mayor detalle y precisión analítica ha estudiado el caso Trías. Fernando López D'Alesandro es un conocido investigador uruguayo y antiguo militante socialista que ha explorado como nadie

la historia de la izquierda en su país. En este libro delinea la trayectoria ideológica y militante de Trías desde su emergencia como dirigente socialista hasta el fin de su relación con la StB. Resulta difícil pensar que será posible agregar nuevas revelaciones al trabajo del autor: la reconstrucción es muy detallada; el soporte tanto bibliográfico como de archivos partidarios y personales –incluso testimonios orales– es inobjetable. La trayectoria personal de Trías es el hilo conductor que le permite, en un primer círculo de relaciones, relatar la historia de los conflictos internos del PSU durante el periodo estudiado, en la cual fue protagonista principal; y en un segundo círculo las relaciones del PSU con el resto de la izquierda y de las fuerzas políticas uruguayas.

El autor narra con precisión y solvencia los enfrentamientos internos y la progresiva reorientación ideológica del PSU desde mediados de los años cincuenta, los ensayos electorales de las fuerzas de izquierda en la década siguiente, el impacto de la Revolución Cubana, la radicalización ideológica y el surgimiento de Tupamaros, la organización armada nacida del seno del PSU. A partir de mediados de la década del sesenta se suman las alternativas de la relación de Trías con el StB, su enrolamiento (se convertiría en el agente Ríos), la evolución de sus tareas de información y agitación, sus labores de investigación y publicación enmarcadas en las acciones tipo AO (denuncia y desprestigio de la política estadounidense en América Latina), la manipulación del PSU según la directivas de los checoslovacos, el empleo de los militantes socialistas en tareas de infiltración e información. Se presta particular atención a los aconteci-

mientos del crucial año de 1968. También se reconstruyen los informes de los agentes de la StB sobre Trías a sus superiores en Praga. Una línea particular que el autor sigue es la de los posicionamientos de Trías ante un proceso regional en curso: el rol creciente de las Fuerzas Armadas como factor de poder decisivo. Analiza el carácter nacionalista-revolucionario que se esfuerza por darle a los militares golpistas uruguayos y argentinos. Dedicó todo un capítulo a los informes de Trías sobre la situación argentina durante la década de 1970: el gobierno peronista, la guerrilla y el golpe de 1976. Finalmente da cuenta de los detalles del cierre de la relación entre Trías y el StB.

El posicionamiento del autor respecto de su objeto de estudio es bien claro: los hechos, análisis y decisiones de Trías son invariablemente calificados de errores y fracasos. Sus análisis teóricos casi siempre resultan ser parciales y desacertados. Trías aparece como un intelectual y dirigente que incurre constantemente en contradicciones insanables, fatales. La narración completa se desarrolla en un registro que puede definirse como una mezcla de desafecto, desprecio y animosidad. López D'Alesandro no duda en calificar a Trías de ser acomodaticio e interesado principalmente por el dinero. Algo que se echa en falta en su investigación es su desinterés por reconstruir los aspectos más personales y otras dimensiones de la vida de Trías. No hay referencias biográficas anteriores a su protagonismo en el partido: orígenes y entorno familiar, infancia y formación juvenil, estudios. Nada se dice de su labor parlamentaria ni de su docencia. El autor se desentiende totalmente de Trías después del fin de su vínculo con los

checoslovacos. Tampoco hay noticia de esos pocos años que le quedaban de vida y que, por razones personales, profesionales y políticas debieron ser particularmente duros.

En las conclusiones se menosprecia la importancia de su obra y su legado: “Si pocos autores han abordado el pensamiento de Trías de manera sistemática, así también es notoria la ausencia de textos o referencias a ellos en los programas de enseñanza, tanto secundaria como universitaria. Sus concepciones no son de recibo a nivel académico, por tanto, sus aportes se circunscriben al debate en el ámbito político” (p. 374).

Pero entonces ¿qué importancia revisó el caso Trías para la posteridad? Es posible proponer una hipótesis. Afirma López D'Alesandro que “Vivian Trías transformó al Partido Socialista en todo sentido. Sentó las bases de una nueva visión de la izquierda, cometió errores, se contradujo, porque fue un hombre de su tiempo y parte de esa historia. En medio de ese camino se topó con la StB y decidió, conscientemente, trabajar con ellos y para ellos. La implicancia del vínculo y su extensión hacia la KGB era claro, y no violentó en nada a este tercerista y socialista nacional” (p. 356).

Pues bien: si la ocasión de revisar la figura de Trías fueron las revelaciones en torno a su cooperación voluntaria con los servicios secretos de un país extranjero, con su consiguiente carga de desprestigio y descrédito público, el propósito de esa revisión, para estos alineamientos impugnatorios, fue determinar su responsabilidad en el poco feliz derrotero del socialismo uruguayo en particular –y de la izquierda oriental en general– durante

esos difíciles años. La trayectoria de Trías en sus múltiples dimensiones sirve para hilvanar una historia de desaciertos y fracasos colectivos, de derrotas y desencuentros apenas matizados con algún buen resultado electoral. En esta narración de infortunios Trías adquiere un protagonismo central, la causa y raíz de todos los males de la izquierda oriental: responsable por la radicalización ideológica del PSU y la traición a sus viejos ideales y principios; precursor mediato de la lucha armada como instrumento político; impulsor del acercamiento teórico y práctico a movimientos/regímenes políticos de índole antidemocrática, fascista, militarista y populista; cultor de un sectarismo ideológico desconectado de la realidad. López D'Alesandro muestra un particular interés, casi entomológico, en trazar la evolución ideológica de Trías hacia el marxismo-leninismo como testimonio de su distanciamiento –y como fondo implícito de impugnación, su deslealtad– hacia los principios y la doctrina del socialismo democrático. Es constituido así en chivo expiatorio: como si el conjunto de la izquierda latinoamericana hubiera podido mantenerse incólume de la vorágine de esa época. El expediente checoslovaco como contradicción principal de Trías entre ideología y praxis habilita en definitiva su desmitificación/deconstrucción como personalidad política relevante, convirtiéndolo en responsable principal. Adicionalmente, su impugnación constituye un ajuste de la tradición política e ideológica de la izquierda a la sensibilidad contemporánea.

HÉCTOR GHIRETTI  
(CONICET/UNCUYO)

Kirk Tyvela: *The Dictator Dilemma. The United States and Paraguay in the Cold War*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press 2019. 261 páginas.

*The Dictator Dilemma* aborda la relación entre Paraguay y Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría, con la particularidad de que, mientras en Estados Unidos las presidencias y los gobiernos fueron cambiando cíclicamente, Stroessner se mantuvo a la cabeza de una dictadura por 35 años.

Tyvela propone analizar cronológicamente el impacto en las relaciones entre estos dos países a través de los diferentes momentos y autoridades. El análisis se centra en revisar el tratamiento político, económico y de asistencia técnica, militar y monetaria que EE UU proveyó a Paraguay para “luchar contra el comunismo”. Sin embargo, esta asistencia atravesó etapas de tensión y de “chantaje diplomático” por parte de Paraguay y de EE UU. El país del norte estuvo, a lo largo de estas fases, atravesado por la contradicción de apoyar a un gobierno dictatorial y con fuertes rasgos autoritarios y de violación de los derechos humanos, pero que, al mismo tiempo, era funcional al proyecto norteamericano en el Cono Sur.

El libro está dividido en siete capítulos, acompañados por introducción y conclusiones. Pone el acento analítico en las producciones en inglés y los archivos norteamericanos e incorpora escasamente trabajos de Paraguay escritos en castellano y desde América Latina. En la introducción, el autor utiliza el relato de uno de los desaparecidos de la dictadura stronista (“Joelito” Filártiga, un joven de 17 años que fue secuestrado en 1976 por

miembros de la policía, torturado y asesinado) para graficar que hacía más de 20 años que EE UU apoyaba a Stroessner, a pesar de saber que violaba sistemáticamente la Declaración de los Derechos Humanos de 1948, que EE UU decía reivindicar.

En esta parte del libro, el autor presenta “el dilema del dictador”, que es el dilema de EE UU para con los dictadores de los países sobre los que quería tener influencia y generar lealtad. Por una parte, algunos políticos y oficiales estadounidenses sostenían que la solución pragmática era aliarse a esos regímenes autoritarios para “combatir” las amenazas internas y externas, que llegaban de manos de la URSS y de los movimientos sociales afines. Por otra parte, existían actores que consideraban que estas alianzas debilitaban la legitimidad de EE UU como representante mundial de la democracia y que aliarse a estos dictadores era contraproducente. Tyvela explica que la historia de las relaciones diplomáticas entre EE UU y Paraguay durante la Guerra Fría ofrece un ejemplo paradigmático de esta tensión y de sus oscilaciones.

El libro se propone tres objetivos que supera exitosamente: analizar la relación entre los dos países y cómo se aborda el dilema en cada período; aportar al estudio de las relaciones de EE UU con América Latina en la Guerra Fría (logrando evidenciar la confluencia regional de algunos fenómenos); y revisar las especificidades de la respuesta y poder de negociación de Stroessner.

El libro de Tyvela demuestra los claroscuros en esta relación y permite analizar los vaivenes, el juego de “la diplomacia póquer”, el chantaje diplomático y

el uso que los países hacen del contexto internacional, pensando a ambos actores a partir de sus intereses individuales, pero también compartidos. Este es uno de los mayores aciertos del libro.

Respecto a la estructura interna, el primer capítulo intenta una caracterización del caso paraguayo en cuanto a historia y política. El capítulo 2 aborda el período de Eisenhower (1954-1960); el 3, el de Kennedy (1961-1963); el 4, el de Johnson (1963-1968); el 5, el de Nixon y Ford (1949-1976); el 6, el de Carter (1977-1980); y el 7, el de Reagan (1981-1989); dejando para las conclusiones el período posdictatorial en Paraguay.

El libro incorpora archivos y fuentes muy interesantes, que describen y ejemplifican sólidamente el argumento del autor. Sin embargo, el capítulo 1, “Ties of Civilized Society: Inter-American Security and Stability”, es, por la particularidad bibliográfica de este libro, el más débil histórica y teóricamente. El abordaje sobre la dictadura stronista queda muy empobrecido debido a: a) la ausencia de bibliografía fundamental en español sobre la temática, b) la centralidad en obras escritas en inglés y, casi íntegramente, desde países centrales, y c) la falta de diversidad en la bibliografía utilizada. Además, hubiera sido muy enriquecedor la incorporación de literatura multidisciplinaria, que permitiese el uso de conceptos y teorías de la sociología y la ciencia política, para problematizar críticamente algunas afirmaciones presentadas y algunas fuentes recabadas. Por esta causa, este primer capítulo que reconstruye las relaciones de EE UU y Paraguay desde sus inicios e intenta caracterizar y describir el período de Stroessner, es el que

presenta mayores problemas (entre estos, la reproducción de algunas descripciones no sustentadas, la utilización con rigor académico de descripciones periodísticas, la igualación de Stroessner con los líderes políticos del Paraguay del siglo XIX, el uso acrítico del término caudillo o populismo, la descripción no tan rigurosa de la estructura del Partido Colorado, entre otros elementos).

A partir del capítulo 2, el libro se fortalece, dado que la utilización de documentos diplomáticos, personales y políticos de embajadores, presidentes, cónsules y militares estadounidenses, aporta solvencia al argumento y evidencia a su hipótesis. Se describe la puja por el financiamiento norteamericano, en competencia con otros países, y la contradicción de la gestión de Eisenhower respecto al autoritarismo expreso del dictador Stroessner. El “chantaje diplomático” paraguayo se sostenía en promocionar su exitosa campaña anticomunista con el fin de obtener mayor financiamiento. El libro demuestra la variedad de mecanismos empleados por ambos actores y sus representantes.

El capítulo 3 es interesante para descubrir los matices internos de la política estadounidense. La gestión de Kennedy culpó a su predecesora de no haber prevenido la revolución cubana. El nuevo gobierno consideraba que los dictadores habían demostrado ser ineficientes para luchar contra el comunismo. Su política apuntaba a la asesoría en materia de fuerzas armadas, generando una relación más cercana entre ellas. En este capítulo, el autor retoma la conceptualización de escépticos y reformistas, esbozada en la introducción, para representar las dos posturas frente a los

dictadores. Es interesante que los escépticos justificaban la alianza con Stroessner y criticaban la iniciativa de los reformistas de presionar para la apertura política, utilizando como argumento la supuesta tradición autoritaria del Paraguay.

Kennedy impulsó la Alianza para el Progreso y bajo este patrocinio, Stroessner llamó y triunfó en elecciones fraudulentas. Esto relajó las pujas entre los reformistas de Washington y los escépticos de Asunción. El sucesor de Kennedy, Johnson, priorizó la lucha contra el comunismo, estableciendo una conexión mucho más cercana con Stroessner, como se describe en el capítulo 4. Johnson eliminó el componente “democratizador” de la Alianza para el Progreso, garantizando la asistencia económica y militar, pero sin exigir cambios políticos, para no desestabilizar la dictadura ni afectar la trayectoria paraguaya anticomunista.

En el capítulo 5 se evidencia cómo otros procesos internacionales (la situación en Vietnam, el avance de la URSS en el Sur Global, etc.) influenciaron la intervención de EE UU en América Latina. Nixon apoyó económicamente al tronismo, y no hizo peticiones referidas a los derechos humanos, hasta lo que se denominó “el affaire Ricord”. El mayor problema atravesado en este período lo constituyó la declaración de guerra contra las drogas que llevó a EE UU a solicitar una deportación de Paraguay, tensión que fue resuelta a favor del pedido del norte, pero desencadenó el destape de una red de narcotráfico que incluía a miembros de las fuerzas armadas paraguayas. Luego de esto, el Congreso estadounidense empezó a presionar más a Stroessner para lograr una apertura democrática.

Tyvela considera este período como una bisagra en la forma de analizar el caso Paraguayo. El capítulo 6 da cuenta de este cambio a nivel discursivo, aunque no necesariamente en las políticas desarrolladas con los antiguos amigos-dictadores. Sin embargo, el autor remarca que esta retórica de los derechos humanos alentó algunos cambios, como la liberación de presos políticos en Paraguay.

Posteriormente, en la primera administración de Reagan, esto vuelve a disolverse para retornar a la inclinación por mantener la estabilidad dictatorial, como se explica en el capítulo 7. Para esta gestión, Stroessner era necesario y buscaron reactivar la ayuda financiera que había mermado Carter. Al igual que en los tiempos de Kennedy, la agenda reformista logró ganar debate público en Estados Unidos, con la irrupción de diplomáticos, oficiales y el Congreso criticando especialmente la conexión del país con Paraguay y la solvencia económica prestada.

El golpe de Estado que derrocó a Stroessner en febrero de 1989, dio fin al dilema, pero inauguró nuevas tensiones, que son planteadas en las conclusiones. Allí, se describen las relaciones en transición y democracia, y se recupera el caso de Joelito, con el que inició su texto.

A pesar de la debilidad del primer capítulo, el libro presenta un trabajo excelente en los siguientes, destacando el abundante uso de fuentes de alta calidad para describir un período extenso y complejo.

MAGDALENA LÓPEZ  
(CONICET/UNA, BUENOS AIRES)

Elizabeth Kutesko: *Fashioning Brazil. Globalization and the Representation of Brazilian Dress in National Geographic*. London: Bloomsbury Visual Arts 2019. 197 páginas.

Elizabeth Kutesko propõe uma investigação muito rica e interessante sobre as representações acerca dos brasileiros, coletadas através da análise de imagens publicadas na revista National Geographic. O livro é dividido em duas partes: na primeira, a autora aborda o movimento antropofágico do Modernismo brasileiro e a representação do Brasil pela National Geographic, num recorte de cem anos, com início no período modernista. Na segunda, ela trata do olhar da moda brasileira através da National Geographic Brazil, por meio de conceitos como o de mundialização.

Na introdução, durante a apresentação dos capítulos, a escritora inicia uma reflexão sobre a cultura dos trajes, tanto em nível mundial quanto no Brasil, que será desenvolvida ao longo da obra pela seleção de figuras nomeadas snapshots. São dois os conceitos mais basilares desta pesquisa: o primeiro, dress, trata de “um conjunto de modificações e/ ou suplementos corporais”, uma definição que considera as propriedades materiais e as capacidades expressivas de todos os tipos e estilos de roupas usadas ao redor do mundo, o que inclui a maquiagem, o *piercing*, as pinturas corporais, os cortes de cabelo, a tatuagem e o perfume. Para Elizabeth Kutesko, a veste não é somente a roupa, mas um sistema multissensorial de comunicação, no qual muitos significados não são fixos mas continuamente informado e, até certo ponto, até mesmo

performado, por meio do ato de vestir-se e da representação (p. 3).

O segundo conceito fundamental é o de fashion, para o qual a autora apresenta uma definição mais abrangente, relativa à demonstração de mudança e fluxo dentro de qualquer prática de vestir-se. Trata-se da prática cultural de portar um traje, com o sentido de mudança constante e com o consenso compartilhado de tendências, ambos intrinsecamente conectados às nossas experiências individuais de estar no mundo, e incorporando múltiplos sujeitos, seja de raça, gênero, idade, sexualidade, etnicidade, classe e nacionalidade (p. 4).

*Fashioning Brazil* é organizado por meio de onze estudos de caso, nomeados pela autora de snapshots. Ela amplia a noção desse termo para se referir a uma combinação complexa de texto e imagem que aparece em determinados exemplares da revista. Na primeira parte, Elizabeth Kutesko busca em Oswald de Andrade, escritor modernista brasileiro, ferramentas teóricas para analisar a representação dos trajes usados pelos brasileiros na *National Geographic* durante o primeiro século de publicação da revista. Dentre as ideias de Andrade, está a antropofagia, que diz respeito à forma como os brasileiros consomem elementos da cultura norte-americana e europeia, absorvendo o que é necessário e descartando o que não tem serventia.

Em seguida, a escritora recorre ao trabalho de Robert Stam, para analisar criticamente a representação das roupas dos brasileiros após esse centenário da revista, a partir de 1988. No capítulo seguinte, a referência teórica é demarcada em torno de Silviano Santiago, para proceder à análise das representações a partir do ano de

2001. Da reciclagem estética brasileira no contexto de globalização, primeiramente a partir de 1988, na interação entre o local e o global, o tradicional e o contemporâneo, o livro se movimenta rumo ao “entrelugar” da moda brasileira a partir do século XXI.

Na segunda parte, a autora recorre a teóricos como Roberto Schwarz e Renato Ortiz para analisar as representações sobre as vestes dos brasileiros na *National Geographic Brazil*, a partir dos conceitos de “ideias equivocadas” e de “mundialização”. Essas contribuições conferem ao livro um caráter interdisciplinar nos estudos sobre o uso de trajes e sobre as metáforas da moda.

Finalmente, a o estudo aponta para impressões e preconceitos sobre a cultura brasileira na documentação apresentada pela *National Geographic*, na qual os trajes têm sido uma ferramenta de investigação sobre as complexidades da cultura brasileira, nas quais acomodações e resistências globais e locais acontecem, tendo em vista que seu uso é uma expressão de identidades culturais. Dessa forma, o livro salienta as ambiguidades do uso das roupas no Brasil, conservando tradições e adquirindo novos valores.

Estruturada em uma zona de contato, definida por Mary Louise Pratt (2008) como um espaço em que culturas diferentes encontram umas às outras e estabelecem relações contínuas, a obra descreve espaços reais ou imaginários onde culturas diferentes se encontram, geralmente em relações assimétricas de dominação. De acordo com Elizabeth Kutesko, a intenção é apresentar uma visão mais holística de como o traje e a moda no Brasil têm sido criados e representados nos últimos cem anos. Para isso, a representação das vestes

dos brasileiros na National Geographic é relacionada à cultura, à construção de identidade e à experiência da globalização.

Nesse viés, o impacto da globalização nas práticas de vestuário dos brasileiros se torna bastante relevante, pois o desenvolvimento desses trajes revela uma longa história de contato cultural, escravidão e imigração. Segundo tal pesquisa, o Brasil absorveu e reinterpretou influências das populações indígenas, assim como da Europa, da África, da Ásia e dos EUA e esse movimento posiciona o Brasil como um participante ativo na cultura global da moda. Como consequência, os exemplos de snapshots examinados na obra revelam redes culturais de troca e influência, nos quais o Brasil é compreendido como um microcosmo do mundo como um todo.

Por meio de um estudo interdisciplinar, que abarca a história do vestuário, os estudos de moda, a história da arte, a antropologia, a crítica literária, os estudos de filmes, as teorias pós-estruturalistas e os estudos da América Latina, Elizabeth Kutesko propõe uma rica reflexão sobre o papel da revista como reveladora de conexões profundas entre diferentes lugares e pessoas, assim como as relações de poder que estão postas nesses contextos. Para essa compreensão, a escritora nos apresenta uma concepção de vestuário enquanto prática cultural incorporada, enquanto capacidades afetivas e sensoriais de representação que, no caso da National Geographic, são comunicadas ao leitor através das suas páginas.

DÉBORA AMARAL DA COSTA  
(EUROPA UNIVERSITÄT VIADRINA,  
FRANKFURT AN DER ODER / UNIVERSIDA-  
DE FEDERAL FLUMINENSE-NITERÓI)

**Heinrich-W. Krumwiede: *Soziale Ungleichheit und Sozialstruktur in Lateinamerika*. Baden-Baden: Nomos 2018. 268 páginas.**

Heinrich-W. Krumwiede has written a marvelous book about social inequality in Latin America. This late work of a social scientist occupied with the continent for years could be considered as the quintessence of his thinking on the social structures of selected countries with general conclusions for others. The topic social inequality and social structure is important because the Latin American region is one of the most unequal in the world and the book gives answers why it is so persistent. To address these topics, Krumwiede looks at social, economic and cultural variables to understand the complex reality of these countries and he is eager to blame class structures and the policies of a small and wealthy elite for this.

Four central questions are leading the book: What is the state of the art with regard to central dimensions of social inequality in Latin America? What is the role of the State to reduce social inequality? How can we understand the social structures of Latin American countries? Why is there no revolt of the underprivileged against the ongoing blatant inequalities and the class structures of these societies?

After a short introduction, the book starts with some thoughts on the traditional and renewed ethics of social inequality, today expressed through the activities and the influence of protestant fundamentalists and pentecostals which stands in stark contrast to progressive parts of the catholic church

in earlier times. What follows are four chapters on dimensions of social inequality, on State and social inequality, on models of social structures, and on the class consciousness of the underprivileged parts of the population. The conclusion then presents some of the central results of the study.

The chapter on the dimensions of social inequality shows the immense inequalities in income and wealth, harsh Gini indexes, and the quite comfortable situation of the well off in contrast to sectors of poverty and informality. Poverty and informality are identified as structural problems which are changing only slowly and not durable. Krumwiede points to the fact that formal and informal employment is intertwined and poverty a lasting burden for development. In his opinion, the problem of income inequality and poverty could be overcome through a progressive tax reform.

The chapter on the State and social inequality addresses the double character of many countries –better States– distinguishing between a país legal and a país real. Krumwiede is occupied with democratic constitutionality which serve the rich and the mighty, with displaced reforms, class justice in favor of the ruling classes, deficits in law and order or the real expulsion of people from constitutional principles as well as the ongoing deficiencies of rudimentary welfare states and the tax systems. Welfare states and tax systems have a strong conservative bias and openly reveal the class character of these institutions.

In the chapter on the social structures of the countries Krumwiede reveals the peculiarities of class structures and the

recent debates on this topic. He makes very clear that social structures simply could not be understood by transferring categories familiar in Western Europe and points to the difficulties in the coverage of an adequate understanding of what a certain social structure really means. He presents new and old models (e.g. CEPAL, Portes) suitable to come to terms with social inequalities and picks up discussions on the constitution of classes, the role of middle classes and social mobility. And he is very clear that he has to do with class societies due to the ongoing social polarization and the gap between rich and poor. Although he describes the social reality of these countries as contradictory, he concludes that these class societies function on the basis of the already mentioned ethics of inequality while slightly modernizing and democratizing themselves.

The last main chapter asks why there is no more resistance against inequality and the measures to uphold it. Therefore he looks at the interests of the lower classes, their perceived class consciousness, the capacities to organize themselves and to form coalitions, and their possible power resources. All in all, there is much heterogeneity between the lower classes, the conditions for consciousness are not really given, informality often means individualization, and neoliberalism has a good deal in destroying the articulation and enforcement of lower class interests.

The lengthy conclusion sums up the results of the study and again is very clear: the rich and the wealthy are and have ever been the well off parts of society; social inequalities are persisting despite efforts

to reduce them and are poisoning the whole society; despite all social change there is no real transformation of Latin American class structures into modern middle class societies.

The book of Krumwiede is noteworthy in many aspects: It leaves no place for the illusion of a general improvement of the social relations and the reform of class systems in Latin America. It doesn't resort to normative approaches to understand social realities in contemporary Latin America and it is brutally honest with the facts. It is very clear in the aspect who's to blame for that all. That might be the most important contribution of the book although it is not especially addressed in an own chapter – the fatal role of economic and political elites pervades the whole book and arises in one or the other way on nearly every page of this readable book. What's more, it indicates that empirical investigations of the different elites in Latin American countries are generally missing in books on social structures even though elites are considered to be the most important groups in society. Krumwiede provides a lot of evidence why that is the case and what are the consequences for societies. Hence, the new book of Heinrich Krumwiede is highly recommendable for all who want to understand how social structures in Latin America are changing and why change is not so far reaching in the end, for all who are interested in structures of power and domination, and for all who want to take a closer look behind the surface.

PETER IMBUSCH  
(BERGISCHE UNIVERSITÄT WUPPERTAL)

**Claudia Zapata Silva: *Crisis del multiculturalismo en América Latina. Conflictividad social y respuestas críticas desde el pensamiento indígena*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara (Colección CALAS, 4) 2019. 123 páginas.**

Claudia Zapata Silva empieza su ensayo con una breve incursión histórica en las luchas de los pueblos indígenas latinoamericanos afirmando el paso de una fase de exterminio (prolongada hasta el siglo XIX) a la actual, de reconocimiento institucional de la diversidad cultural por parte de los poderes locales. Si bien no tan dramática como la anterior, esta segunda fase no puede considerarse satisfactoria: en cada país sigue abierta la brecha entre los indígenas y el resto de la población tanto en recursos económicos como en autonomía organizativa, lo cual permite a la autora sustentar la tesis fundamental de su ensayo: el multiculturalismo está agotado en América Latina porque “no ha dado respuestas satisfactorias al problema de la calidad de vida de los pueblos indígenas, de la desigualdad que sigue marcando su relación con las sociedades nacionales y de la participación política a partir de esa especificidad que ha sido reconocida solo de manera parcial” (pp. 13-14). Si el resto del libro busca justificar semejante postulado, se impone previamente una definición del concepto básico de trabajo, el multiculturalismo, dado que, como sucede a menudo en las ciencias sociales, la etiqueta ha sido utilizada con sentidos diferentes y no es poco mérito enunciarla de forma precisa para dialogar sobre el tema con claridad y pertinencia: se trata de un “modelo político caracterizado por políticas de reconocimiento de la diversi-

dad cultural, inscritas en una perspectiva hegemónica que pone en sintonía a un número importante de nuestros Estados nacionales con la lógicas actuales de acumulación de capital” (p. 18).

Hoy resulta claro que este reconocimiento, limitado a lo cultural y olvidando lo económico, no ha exigido mucho de los poderes locales (por ejemplo, fue avalado por la derecha chilena con la Ley Indígena de 1993), que incluso han contado con parte del pensamiento indígena, ya sea apoyándolo de forma activa o absteniéndose de criticarlo. Por ello urge el desarrollo de un pensamiento propio, distante de un multiculturalismo que, según la autora, no hace sino seguir la lógica colonial al considerar como injusticias puntuales o como resabios del pasado lo que en realidad es una desigualdad estructural y característica de la sociedad actual.

El ensayo se vuelve especialmente incisivo al relacionar dos situaciones tan aparentemente dispares como las de Chile y Bolivia: sostiene que ambos países se basan en una explotación extraccionista de las riquezas propias y que el multiculturalismo boliviano se ha convertido en un populismo autoritario como una variante más de neocolonialismo apoyado en el capitalismo de Estado. Resaltemos lo esclarecedor de su exposición para comprender mejor los últimos años del gobierno de Evo Morales, así como su desenlace y el exilio de su presidente.

También merece particular atención el trazado histórico que Claudia Zapata nos ofrece del multiculturalismo: en el tercer capítulo del libro nos muestra su arraigo desde los primeros tiempos de la colonia e insiste en lo negativa que ha sido su supervivencia en una forma de integrismo

que pretende ver al indígena de hoy como al de los tiempos de la conquista, es decir, enmarcado en una forma de vida considerada diferente, pero diferente por haberse permanecido sin evolución, estática, “congelada”, según diría Frantz Fanon. Todo ello sin tener en cuenta la incoherencia de tal visión: esa cultura no puede seguir siendo la misma de entonces, sencillamente porque fue en buena medida diezmada durante la conquista y la inmediata colonización...

Lejos de constituir una evolución normal o inevitable de las cosas, semejante “otredad” cultural ha sido utilizada desde los distintos poderes establecidos para mejor distinguir al indígena, pero no en base a un eventual respeto sino para utilizarlo como mercancía, una estrategia que, en palabras de Bell Hooks citadas textualmente, “ha tenido mucho éxito porque se ofrece como un nuevo deleite, más intenso y satisfactorio que los modos comunes de hacer y sentir. En la cultura comercial, la etnicidad se convierte en especia, condimento que puede animar el platillo aburrido que es la cultura blanca dominante” (p. 65).

A este respecto, uno de los estereotipos más firmemente denunciados en el libro por su singular gravedad y resistencia es la habitual catalogación del indígena como habitante exclusivamente del medio rural: no por casualidad la mayoría de los estudios que le conciernen se refieren a habitantes del campo. Por el contrario, la realidad demográfica indica que el 70% de ellos radican en un espacio urbano, pero, eso sí, con una situación dramáticamente ambigua: dada la desigualdad social dominante en ese espacio y la exclusión que sufren en diferentes rubros de

su vida social, se puede decir, en términos de Fortino Domínguez retomados por Claudia Zapata, que esos habitantes están en la ciudad, pero no son de la ciudad. La desigualdad social no es vista como tal sino más bien como mera diferencia, lo que facilita hacerla poco menos que invisible. La visibilidad, en cambio, se reserva para el ámbito rural, como si fuera el natural y propio del indígena, aunque dicha visibilidad llegue a comportar cierta dosis de perversidad: nuestra autora pone como ejemplo una actividad aparentemente favorable al indígena: el etnoturismo, catalogado por ella como industria abusiva, depredadora, “que explota hasta el hartazgo los estereotipos no solo de los indígenas sino de los latinoamericanos en general, pero sobre todo de los sectores excluidos y racializados [...]. El turismo genera relaciones de dependencia en la que los sujetos se ven empujados a autoexteriorizarse, incluso pensando que esa demanda constituye una forma de reconocimiento” (p. 76).

Tal “etnoturismo de museo” parece cultivar presupuestos como la diferencia, la particularidad, la pureza de costumbres de las colectividades indígenas, su armonía con la naturaleza y, por lo tanto, tiende a validar un primitivismo más quimérico que real. A este respecto, Claudia Zapata aporta dos ilustraciones muy concretas, que nos gustaría destacar. La primera es la de la fotografía étnica con sus pretensiones de ruralismo auténtico, lo cual significa desentenderse de las condiciones de vida de los locales y de sus legítimas pretensiones de mejora. Se trata, pues, intencionalmente o no, de una verdadera trampa: la del “efecto postal”, que distorsiona la realidad y que vuelve

incluso atractiva esa distorsión. El segundo ejemplo, aún más grave, es el de la imagen de la mujer: se valora la forma de vida indígena como marcada por la paridad entre hombre y mujer, lo cual haría atractivo su peculiar modo de organizar el mundo, pero esa discriminación también existe dentro de colectividades indígenas, en las que el patriarcado puede tener un arraigo muy asentado y una vigencia perfectamente actual con la justificación de que la mujer disfruta de una función envidiable y por lo tanto no cuestionable, como es la de conservar la tradición y reproducir la propia cultura. No obstante, observa Claudia Zapata, se da el caso notorio de feministas que parecen ignorar que en toda cultura existen espacios de hegemonía interna y ocultan el desequilibrio de las relaciones intersexuales con el tal vez loable propósito de no debilitar la imagen del movimiento indígena.

A propósito del cuestionamiento de instituciones o personas de las que cabría esperar un comportamiento diferente, la parte final del libro, por una lado, cuestiona el papel desarrollado por la universidad, calificado de ambiguo en relación con los pueblos indígenas, no solo en los estudios que promueve y en los medios dedicados a la investigación sino en la escasa promoción del alumnado de este origen, con cierta frecuencia orientado hacia vías de estudio menos prestigiosas, secundarias o claramente marginales. Por otro lado, llama la atención de la izquierda latinoamericana, a la que insta a ampliar su horizonte y sus planteamientos: nuestra estudiosa viene a decirle que no basta con la solidaridad como actitud principal: “[el gesto solidario] no por bien intencionado deja de ser superficial y a la larga un obs-

táculo para el diálogo honesto y paritario” (p. 106).

Según Claudia Zapata, los puntos anteriores y otros que se podrían añadir, como un escaso interés por los pueblos afroamericanos, acentúan los límites del multiculturalismo y de su posibilidad real de expansión. Nuestra autora lo describe como modelo de pensamiento en crisis y no pertinente cara al futuro, pues deja de lado nada menos que la necesidad de traspasar el actual modelo económico-social: en efecto, la clave de todo radica en la distribución del ingreso y del poder político, y el medio pasa por la colaboración entre los pueblos indígenas y el conjunto de los sectores hoy excluidos o marginalizados. Al final de su exposición, Claudia Zapata asume el carácter utópico de sus reflexiones, “¿pero —termina preguntándonos— de qué otra cosa está hecha la historia?” (p. 112).

Los méritos del presente ensayo son múltiples y de muy diverso tipo. Baste con retener aquí los siguientes: en primer lugar, *Crisis del multiculturalismo* ya sería sin duda útil, aunque únicamente retuviéramos la visión continental que nos ofrece no solo del multiculturalismo sino, a través de él, de las condiciones de vida indígena en el conjunto de América Latina. En segundo lugar, cabe destacar el orden, el rigor y la claridad de su argumentación, oportunamente apoyada en las numerosas fuentes consultadas. En tercer lugar, el texto posee una gran densidad de contenido tal vez excesivamente compendiado por necesidades editoriales; la ventaja de este punto es que no hay aquí página ni párrafo de relleno: todo es sustancia y sano ejercicio de reflexión y de saludable cuestionamiento para las

convicciones del lector. En cuarto lugar, el libro plantea de forma valiente y precisa el agotamiento de un corpus teórico todavía en boga en buena parte de las ciencias sociales, no siempre críticas con sus diseños teóricos ni, menos aún, con sus repercusiones prácticas. Finalmente, importa subrayar que este ensayo está elaborado a partir de una perspectiva indígena (recuérdese el subtítulo del libro), una voz que tanta dificultad tiene de hacerse oír no solamente en Europa sino en la misma América Latina.

Claudia Zapata Silva termina su libro indicando que su objetivo es despertar en los lectores curiosidad por las reflexiones existentes en este campo, que no busca recetas sino debatir y problematizar de forma crítica para imaginar soluciones con futuro. Sin riesgo a equivocarnos demasiado, podemos afirmar que el objetivo ha sido ampliamente logrado en lo que concierne a la exposición de la problemática: ahora falta que el estudioso interesado lo complete leyéndolo con atención y con la suficiente apertura intelectual. Sin la menor duda, merece la pena.

JULIO PEÑATE RIVERO  
(UNIVERSITÉ DE FRIBOURG)

**Olaf Kaltmeier: *Refeudalización. Desigualdad social, economía y cultura política en América Latina en el temprano siglo XXI*. Bielefeld: University Press 2019. 152 páginas.**

El libro motivo de esta reseña está compuesto de siete apartados donde se desarrollan las ideas que se pretenden aportar, unas páginas donde se refleja la bibliografía

fía utilizada y, finalmente, información sobre el autor. Se circunscribe a la situación histórica del fin de la modernidad, esto es, las primeras décadas de siglo XXI. Al comienzo nos encontramos con la gran definición e idea central del libro, la refeudalización. Se justifica y aplica este concepto en América Latina a partir de cinco dimensiones tales como el crecimiento radical e imparable de la desigualdad social, la tendencia global a una economía dirigida por grupos estancos financieros donde a Latinoamérica se le adjudican únicamente las actividades económicas primarias relacionadas con los sectores de materias primas, el asentamiento de las normas sociales basadas en los privilegios heredados por los más potentados, la separación física de los espacios, con el asentamiento segregado según la clase social de pertenencia; y por último, la falta de autonomía propia del poder político respecto a los grandes grupos económicos ya sean nacionales o multinacionales. Es interesante destacar a su vez, la descripción crítica de las diferentes formas de abordar el concepto de refeudalización en las sociedades de principios del siglo XXI (pp. 15-17) e igualmente las reflexiones sobre el contenido del ensayo de la p. 21.

El capítulo segundo gira en torno a la desigualdad social, en él se analiza el desarrollo de la clase superrica y la falta de una clase media como elemento diferenciador de las sociedades latinoamericanas, una situación que se ha ido acentuando en las últimas décadas según el ensayista. Dicha desigualdad refleja, pues, esa refeudalización en clases sociales quasi estancas donde las riquezas y los privilegios son disfrutados por una minoría frente a una gran mayoría de la población que ocupa

el estamento socioeconómico inferior de la estructura social.

En el apartado dedicado al capítulo económico, describe como origen de los males el poder ejercido por el capitalismo financiero en la región. Latinoamérica es descrita como una región dependiente de decisiones financieras ajenas y anclada en sistemas de producción de riqueza obsoletos, basados en la fisiocracia y las materias primas. Resulta de especial interés el apunte relacionado con el cambio de sistema de producción energética y sus consecuencias en la región, tales como tendencia a la concentración de la tierra para la producción de biomasa (pp. 65-66), e igualmente ilustrativo de la deriva hasta la situación actual, resulta el apartado titulado “Los nuevos caballeros ladrones” (pp. 68 y ss.), referido a la acumulación de riqueza por métodos ilegales.

El capítulo dedicado a la organización urbana, pese a estar bien argumentado y encajar con la lógica del ensayo, el análisis de la arquitectura y de la estética colonial como reflejo físico de la refeudalización parece un poco cogido con pinzas, pues esa acusación de nostalgia que le adjudica al gusto de las clases acomodadas para relanzar dicho estilo, olvida que es el resultado de la adaptación a las condiciones climáticas y sobre todo se obvia que es un producto original y característico definitorio diferenciado y único de arquitectura frente al resto del mundo, y es eso lo que lo hace alcanzar el estatus de símbolo propio. Además, ¿en qué lugar del mundo no existe una separación social física con barrio o colonias exclusivas para ricos? En Europa al menos resulta de lo más frecuente.

“Millonarios en el poder”, como se refleja en el título, trata acerca de la in-

fluencia de las clases potentadas en las decisiones políticas, siempre a favor de su propio beneficio y desechando el interés general del país como motor principal de las decisiones políticas. Asimismo, el distanciamiento y la pérdida de compromiso de las pocas clases medias emergentes respecto de los más desfavorecidos.

Termina el ensayo con una serie de recetas, “posibles horizontes” como se definen en el texto, para superar la tendencia a la refeudalización progresiva de América Latina, algunas de estas medidas serían la imposición de gravámenes a las clases acomodadas, el desarrollo de programas de ascenso social, una reforma agraria, la expropiación de las riquezas naturales, acabar con el sistema neoliberal de desregulación o el fomento de organizaciones comunitarias. En el fondo es el deseo de un estado de filosofía igualitaria que luche sin ataduras por una democracia participativa real con consecuencias económicas que permitan un equilibrio social de progreso para todos.

A pesar de que a veces se percibe un tufillo a maniqueísmo apriorístico, a que se obvian situaciones paralelas en países más desarrollados donde no tienen la mismas consecuencias, a que no se sabe muy bien por qué a estas alturas se habla de colonia –sin desarrollar claramente cómo se define y aplica el concepto en aquel momento histórico– para la etapa anterior a la independencia y a que con demasiada facilidad y pobres argumentos se busca allí el origen de los males actuales; el ensayo proporciona una visión actual y una descripción certera de una realidad que pide a gritos cambiar, como ha empezado a suceder en el Chile de finales de 2019, ejemplo paradigmático que puede

suponer el cambio de rumbo que espera el autor de este ensayo.

FÉLIX JIMÉNEZ RAMÍREZ  
(HOCHSCHULE LUZERN T&A,  
HORW, SUIZA)

**Gonzalo Sánchez Gómez: *Memorias, subjetividades y políticas. Ensayo sobre un país que se niega a dejar la guerra*. Bogotá: Editorial Crítica 2019. 341 páginas.**

El nombre de Gonzalo Sánchez, nacido en el año de 1943, puede inscribirse al llamado “giro de la memoria” correspondiente a los estudios históricos en ciencias sociales durante la segunda mitad de la década de 2000. Este momento fue marcado por el ascenso de la guerra fomentada por distintos actores: insurgencia, contrainsurgencia, narcotráfico y violencia estatal. Fruto del interés hacia el tema, es la aparición de la víctima como problema de las ciencias sociales a la luz del conflicto colombiano, con todo su repertorio de prácticas violentas, acciones contra la sociedad civil, despojo de las tierras a campesinos, masacres, desplazamientos, asesinatos selectivos, que crecieron como una espuma sangrienta desde los años ochenta.

González ha sido profesor del Departamento de Historia de la Universidad Nacional, en el Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI). Publicó, en compañía de Donny Meertens *Bandoleros, gamonales y campesinos*, con prólogo de Eric Hobsbawm. Igualmente coordinó la Comisión investigadora acerca de la violencia (1987) convocada por el gobierno de Virgilio

Barco Vargas en compañía de otros investigadores colombianos como Carlos Miguel Ortiz, Eduardo Pizarro Leongómez, Álvaro Guzmán, Álvaro Camacho y otros intelectuales de la época. Durante el gobierno de Juan Manuel Santos, fue el primer director del Centro Nacional de Memoria Histórica creado a través de la ley de 1448 de Víctimas y Restitución de Tierras en el año 2011.

El libro ausculta distintos campos de interés para las/los investigadores, entre ellos, conversaciones con la artista visual María Elvira Escallon acerca de la imagen y el duelo; el psicoanálisis, como método explicativo de relación con toda una serie de pasados traumáticos, la relación entre testimonio, justicia y memoria, el papel del relato de víctimas y victimarios desde los testimonios de Jean Amery y Primo Levi en el caso del Holocausto judío, hasta las declaraciones de victimarios como Ramón Isaza, Ernesto Báez y Salvatore Mancuso. Todo lo anterior, gracias a la sensibilidad escritural del intelectual.

Uno de los capítulos del texto, titulado “El inacabado proceso de formación de un historiador” (pp. 317-330), permite reconocer las trayectorias autobiográficas, los contextos de origen, los encuentros con la universidad y la política, el papel desempeñado por la investigación y la docencia en la existencia del autor. Allí narra su llegada al tema de la violencia y de la memoria histórica evocando su lugar de nacimiento: las tierras del Líbano Tolima, signadas por utopías revolucionarias ejemplificadas en los relatos sobre los llamados “Bolcheviques del Líbano”, una de las regiones más afectadas por la violencia liberal-conservadora de los años cincuenta. Esto demuestra algunas de las

claves que enmarcarán la vida de un escritor a quien la disciplina histórica acogió para desarrollar su proyecto intelectual.

El capítulo en mención da cuenta de su trayectoria académica, como estudiante de Filosofía, Letras, y Derecho en la Universidad Nacional de Colombia, sus derivas en autores de una mayor proximidad a los temas latinoamericanos, como fueron los pensadores Adolfo Sánchez Vásquez, Leopoldo Zea o Augusto Salazar Bondy. De igual forma surgen evocaciones de cercanías y encuentros con el historiador económico inmolado en 1999, Jesús Antonio Bejarano, así como el novelista Rafael Humberto Moreno Durán (1945-2005) compañero suyo en las aulas de derecho. Los devaneos con la militancia en la Federación de Estudios Sociales (FES), la influencia del marxismo althusseriano o el interés por Freud. Todas esas lecturas, intereses y experiencias le acompañaron durante la elaboración de su investigación doctoral en Europa: “la violencia se apareció como objeto de investigación estando fuera del país, cuando tuve que pensar en un tema de tesis” (p. 318).

El libro incluye una serie de prólogos a sucesivos informes del Grupo de Memoria Histórica donde se evidencia el trabajo en territorio, visibilización de los colectivos de víctimas y organizaciones sociales, permitiendo ofrecer al estudio de la memoria en Colombia, la particularidad de ser un campo de lucha para la irrupción de significados que han estado ocultos entre los cuales son documentados los casos de Bahía Portete, La Rochela, Bojayá, la Comuna 13 en Medellín y San Carlos (en el Departamento de Antioquia).

Entre todos estos informes, se destaca el caso del municipio de Trujillo, en el

norte del Valle del Cauca como expresión de la violencia contra las experiencias organizativas de una comunidad campesina, a través de masacres, torturas, desapariciones forzosas que durante los años ochenta, fueron el modo operandi contra la población por parte de grupos de narcotraficantes dirigidos por Diego Montoya, alias Don Diego, y Henry Loaiza, conocido como “El Alacrán”: “En Trujillo se exhibe un repertorio de instrumentos y procedimientos de tortura y del terror, el uso de motosierras para desmembrar aún vivas a las víctimas, los hierros candentes introducidos en los cuerpos y la aplicación de sal en las heridas abiertas” (p. 193).

*Memorias, subjetividades y políticas. Ensayo sobre un país que se niega a dejar la guerra* corresponde a un testimonio vivencial, de las maneras como se han abordado las narrativas, autores, informes y escenarios del pasado violento en Colombia. Los ensayos reunidos, trazan un itinerario histórico de la memoria y las voces de las víctimas. El libro invita a reflexionar sobre el papel del intelectual colombiano, en medio de una sociedad donde la democracia y la violencia siguen riñendo y generando un espacio de profundas inestabilidades e incertidumbres.

Los trabajos de Gonzalo Sánchez han transitado por distintos momentos de los estudios sobre el conflicto, la historia, las luchas sociales, encuadrando a la víctima, en lo que podríamos definir como un problema filosófico. Para el autor “comunidades, instituciones, víctimas y actores políticos diversos” hacen parte de un campo de estudio que transita de la capacidad de escuchar a la de documentar y de la documentación a la memoria

histórica. Si alguien tiene dudas acerca de esto último, se sugiere abordar este libro debido a que expresa los retos y los riesgos que tienen organizaciones de víctimas, luchadores sociales y excombatientes en la actualidad colombiana.

El libro de Sánchez muestra el carácter político de la memoria. Como el autor lo afirma, han cambiado las condiciones de producción del relato explicativo y gestación de la paz. Para el proyecto político dominante el eje no es la paz, ni lo agrario, ni la participación política: “[...] estamos desandando caminos, y alineándonos como país con los proyectos neoconservadores del continente desde el Brasil de Jahir Bolsonaro a la América de Donald Trump” (p. 21). El libro reafirma el carácter de la memoria como un campo en disputa, la necesidad que el esfuerzo por hacer visible las voces de todos aquellos que han sido silenciados o negados históricamente por una visión excluyente de la historia, no queden encubiertos o negados por quienes tradicionalmente han impuesto su versión de la historia. Lo anterior no será ya tan fácil, pero una voz como la de Sánchez que ha sido un testigo de primera línea, es un aviso de los riesgos y los retos a los que se enfrentan las narrativas de la memoria histórica.

Finalmente, en relación a la lectura, considero que lo propuesto por Sánchez tiene una profunda relevancia en los análisis de la violencia colombiana. El frágil triunfo del no a los Acuerdos de La Habana en el año 2016, así como la llegada a la presidencia del partido que lideró la oposición a los acuerdos, propició un nuevo capítulo de revisiones a varias de las investigaciones del Centro Nacional de Memoria Histórica acerca de las raíces

del conflicto y la violencia en el país. La institución estatal de la memoria histórica lideró la defensa de la tesis sobre la responsabilidad de élites gubernamentales, Fuerzas Armadas, partidos políticos tradicionales, élites económicas, sin ocultar el papel de la violencia insurgente y contra-insurgente en toda esta prolongada historia de violencia y desigualdades, cuya víctima más evidente, es la sociedad civil. Ante el destino que tomaron estos acuerdos, la narrativa acerca de la memo-

ria histórica se ha ido transformando en un campo donde las tradicionales élites políticas, económicas y militares de la nación reclaman un estatus que supuestamente no se les ha otorgado. Pero debemos recordar, que la víctima en Colombia corresponde a quienes han vivido bajo unas condiciones de fragilidad y exclusión histórica.

ALBERTO ANTONIO BERÓN OSPINA  
(UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA)



Álvarez Barrientos, Joaquín: <i>El actor borbónico (1700-1831)</i> . (Amelina Correa Ramón)	279
Aub, Max: <i>Obras completas</i> , vol. IX-A ( <i>Jusep Torres Campalans</i> ), vol. XI-B ( <i>Vida y obra de Luis Álvarez Petreña, Juego de cartas</i> ). (Volker Jaeckel)	292
Basile, Teresa: <i>El desarme de Calibán. Debates culturales y diseños literarios en la posdictadura uruguaya</i> . (Gabriel Inzaurrealde)	317
Bravo-García, Eva María: <i>Las voces del contacto. Edición y estudio de las Relaciones geográficas de México (siglo XVI)</i> . (Rosario Navarro Gala)	359
Díaz Alonso, Diego: <i>Disputar las banderas. Los comunistas, España y las cuestiones nacionales (1921-1982)</i> . (Antonio Rivera Blanco)	348
Duke, Eric D.: <i>Building a Nation. Caribbean Federation in the Black Diaspora</i> . (Débora Amaral da Costa)	368
Eberl, Markus: <i>War Owl Falling. Innovation, Creativity, and Culture Change in Ancient Maya Society</i> . (Lasse Hölck)	357
Esteban, Ángel; Prado Alvarado, Agustín (eds.): <i>El mar no es ancho ni ajeno. Complicidades transatlánticas entre Perú y España</i> . (Fernando Rodríguez Mansilla)	302
Fossas Espadaler, Enric: <i>Companyys, ¿golpista o salvador de la República? El juicio por los hechos del 6 de octubre de 1934 en Cataluña</i> . (David Martínez Fiol)	342
González, Betina: <i>Conspiraciones de esclavos y animales fabulosos. Seis ensayos sobre literatura y crítica moral en el siglo XIX latinoamericano</i> . (Pablo Contursi)	308
Grünnagel, Christian: <i>Von Kastraten, Hermaphroditen und anderen Grenzgängern lateinamerikanischer Männlichkeit in Literatur und Film (1967-2007)</i> . (Bernhard Chappuzeau)	337
Guillamón, Guillermina: <i>Música, política, gusto. Una historia de la cultura musical en Buenos Aires (1817-1838)</i> . (Josefina Irurzun)	312
Jaffary, Nora E.; Mangan, Jane E. (eds.): <i>Women in Colonial Latin America, 1526 to 1806</i> . (Raquel Bressan)	360
Jáuregui, Gabriela (ed.): <i>Tsunami</i> . (Griselda Córdova Romero)	332
Jiménez Redondo, Juan Carlos: <i>España y Portugal en los siglos XX y XXI. Geopolítica de una vecindad conflictiva</i> . (Josep Sánchez Cervelló)	354
Kaltmeier, Olaf: <i>Refeudalización. Desigualdad social, economía y cultura política en América Latina en el temprano siglo XXI</i> . (Félix Jiménez Ramírez)	386
Krumwiede, Heinrich-W.: <i>Soziale Ungleichheit und Sozialstruktur in Lateinamerika</i> . (Peter Imbusch)	381
Kutesko, Elizabeth: <i>Fashioning Brazil. Globalization and the Representation of Brazilian Dress in National Geographic</i> . (Débora Amaral da Costa)	379

Llera, José Antonio: <i>Vanguardismo y memoria. La poesía de Miguel Labordeta.</i> (Manfred Engelbert).....	294
López D'Alesandro, Fernando: <i>Vivian Trías, el hombre que fue Ríos. La inteligencia checoslovaca y la izquierda nacional, 1956-1977.</i> (Héctor Ghiretti) .....	373
Markarian, Vania: <i>Uruguay, 1968. Student Activism from Global Counterculture to Molotov Cocktails.</i> (Christian Büschges) .....	371
Mees, Ludger; Nagel, Klaus-Jürgen; Puhle, Hans-Jürgen: <i>Una historia social del vino. Rioja, Nava-rra, Cataluña 1860-1940.</i> (Juan Pan-Montojo).....	345
Millar, Lanie: <i>Forms of Disappointment. Cuban and Angolan Narrative after the Cold War.</i> (Ineke Phaf-Rheinberger).....	323
Monte Casablanca, Antonio: <i>Paisaje/Sujeto/Nación. Turismo e inversión en Nicaragua (1892-1940).</i> (Laurin Blecha) .....	366
Montiel Rayo, Francisca (ed.): <i>Las escrituras del yo. Diarios, autobiografías, memorias y epistolarios del exilio republicano de 1939.</i> (Pablo Rojas).....	288
Navitski, Rielle: <i>Public Spectacles of Violence. Sensational Cinema and Journalism in Early Twentieth-Century Mexico and Brazil.</i> (Agustina Carrizo de Reimann).....	364
Olivier, Florence: <i>Poesía + novela = Poesía. La apuesta de Roberto Bolaño.</i> (Antonio Villarruel) .....	326
Ortega López, Teresa María; Aguado Higón, Ana; Hernández Sandoica, Elena (eds.): <i>Mujeres, Dones, Mulleres, Emakumeak. Estudios sobre la historia de las mujeres y del género.</i> (Irene Mendoza Martín) .....	351
Ortiz Cassiani, Javier: <i>Un diablo al que le llaman tren. El ferrocarril Cartagena-Calamar.</i> (Óscar Daniel Hernández Quiñones).....	362
Peña Ardid, Carmen (ed.): <i>Historia cultural de la Transición. Pensamiento crítico y ficciones en literatura, cine y televisión.</i> (Thomas Schmidtgall) .....	299
Pistacchio, Romina: <i>La aporía descolonial. Releyendo la tradición crítica de la crítica literaria latinoamericana. Los casos de Antonio Cornejo Polar y Ángel Rama.</i> (Felipe Martínez-Pinzón) .....	321
Pro, Juan: <i>La construcción del Estado en España. Una historia del siglo XIX.</i> (Carlos Larriaga) .....	340
Rivero Machina, Antonio: <i>Posguerra y poesía. Construcciones críticas y realidad histórica.</i> (José Manuel López de Abiada).....	286
Sánchez Gómez, Gonzalo: <i>Memorias, subjetividades y políticas. Ensayo sobre un país que se niega a dejar la guerra.</i> (Alberto Antonio Berón Ospina).....	388
Schwartz, Marcy: <i>Public Pages. Reading along the Latin American Streetscape.</i> (Miguel González-Abellás) .....	329
Tyvela, Kirk: <i>The Dictator Dilemma. The United States and Paraguay in the Cold War.</i> (Magdalena López) .....	376
Unanue, Hipólito: <i>Observaciones sobre el clima de Lima y sus influencias en los seres organizados, en especial el hombre.</i> (Ena Mercedes Matienzo León) .....	305
Vega Rodríguez, Pilar; Mainer Blanco, Belén (coords.): <i>Lecturas del pasado. Poética y usos culturales de la leyenda literaria.</i> (Jérôme François) .....	282
Zapata Silva, Claudia: <i>Crisis del multiculturalismo en América Latina. Conflictividad social y respuestas críticas desde el pensamiento indígena.</i> (Julio Peñate Rivero) .....	383